

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 14

1143. Llegó el jueves, víspera de la pasión y muerte del Salvador, y este día antes de salir la luz llamó el Señor a su amantísima Madre, y ella respondió postrada a sus pies, como lo tenía de costumbre, y le dijo: Hablad, Señor y Dueño mío, que vuestra sierva oye. Levantóla su Hijo santísimo del suelo donde estaba postrada y hablándola con grande amor y serenidad le dijo: Madre mía, llegada es la hora determinada por la eterna sabiduría de mi Padre para obrar la salvación y redención humana, que me encomendó su voluntad santa y agradable; razón es que se ejecute el sacrificio de la nuestra [vida], que tantas veces la habemos ofrecido. Dadme licencia para irme a padecer y morir por los hombres y tened por bien, como verdadera madre, que me entregue a mis enemigos para cumplir con la obediencia de mi eterno Padre, y por ella misma cooperad conmigo en la obra de la salvación eterna, pues recibí de vuestro virginal vientre la forma de hombre pasible y mortal, en que se ha de redimir el mundo y satisfacer a la divina justicia. Y como vuestra voluntad dio el *fiat* para mi encarnación, quiero que me deis ahora para mi pasión y muerte de cruz; y el sacrificarme de vuestra voluntad a mi Eterno Padre será el retorno de haberos hecho Madre mía, pues Él me envió para que por medio de la pasibilidad de mi carne recobrase las ovejas perdidas de su casa, que son los hijos de Adán.

1144. Estas y otras razones que dijo nuestro Salvador traspasaron el amantísimo corazón de la Madre de la vida y le pusieron de nuevo en la prensa más ajustada de dolor que jamás hasta entonces había padecido, porque llegaba ya aquella hora y no hallaba apelación su dolorosa pena, ni al tiempo, ni a otro superior tribunal, sobre el decreto eficaz del Eterno Padre, que destinaba aquel plazo para la muerte de su Hijo. Y como la

prudentísima Madre le miraba como a Dios infinito en atributos y perfecciones y como a verdadero hombre, unida su humanidad a la persona del Verbo y santificada con sus efectos y debajo de esta dignidad inefable, confería la obediencia que le había mostrado cuando Su Alteza le criaba como Madre, los favores que de su mano había recibido en tan larga compañía, y que luego carecería de ellos y de la hermosura de su rostro, de la dulzura eficaz de sus palabras, y que no sólo le faltaría junto todo esto en una hora, pero que le entregaba a los tormentos e ignominias de su pasión y al cruento sacrificio de la muerte y de la cruz y le daba en manos de tan impíos enemigos. Todas estas noticias y consideraciones, que entonces eran más vivas en la prudentísima Madre, penetraron su amoroso y tierno corazón con dolor verdaderamente inexplicable. Pero con la grandeza de Reina, venciendo a su invencible pena, se volvió a postrar a los pies de su Hijo y Maestro divino y besándolos con suma reverencia le respondió y dijo:

1145. Señor y Dios altísimo, autor de todo lo que tiene ser, esclava vuestra soy, aunque sois hijo de mis entrañas, porque vuestra dignación de inefable amor me levantó del polvo a la dignidad de Madre vuestra; razón es que este vil gusanillo sea reconocido y agradecido a vuestra liberal clemencia y obedezca a la voluntad del Eterno Padre y Vuestra. Yo me ofrezco y me resigno en su divino beneplácito, para que en mí como en Vos, Hijo y Señor mío, se cumpla y ejecute su voluntad eterna y agradable. El mayor sacrificio que puedo yo ofrecer, será el no morir con Vos y que no se truequen estas suertes, porque el padecer en vuestra imitación y compañía será grande alivio de mis penas, y todas dulces a vista de las Vuestras. Bastárame por dolor el no poderos aliviar en los tormentos que por la salvación humana habéis de padecer. Recibid, oh bien mío, el sacrificio de mis deseos y que Os vea yo morir quedando con la vida siendo Vos

cordero inocentísimo y figura de la sustancia de Vuestro Eterno Padre. Recibid también el dolor de que yo vea la inhumana crueldad de la culpa del linaje humano ejecutada por mano de vuestros crueles enemigos en vuestra dignísima persona. ¡Oh cielos y elementos con todas las criaturas que estáis en ellos, espíritus soberanos, Santos Patriarcas y Profetas, ayudadme todos a llorar la muerte de mi Amado que os dio el ser y llorad conmigo la infeliz miseria de los hombres, que serán la causa de esta muerte y perderán después la eterna vida, la cual les ha de merecer, y ellos no se aprovecharán de tan gran beneficio! ¡Oh infelices prescitos y dichosos predestinados, que se lavaron vuestras estolas en la sangre del Cordedo! (Ap 7, 14) Vosotros, que supisteis aprovecharos de este bien, alabad al Todopoderoso. Oh Hijo mío y bien infinito de mi alma, dad fortaleza y virtud a Vuestra afligida Madre y admitidla por Vuestra discípula y compañera, para que participe de Vuestra pasión y cruz y con Vuestro sacrificio reciba el Eterno Padre el mío como Madre vuestra.

1146. Con estas y otras razones, que no puedo explicar con palabras, respondía la Reina del cielo a su Hijo santísimo y se ofreció a la imitación y participación de su pasión, como cooperadora y coadjutora de nuestra Redención. Y luego le pidió licencia para proponerle otro deseo y petición, prevenida muy de lejos con la ciencia que tenía de todos los misterios que el Maestro de la vida había de obrar en el fin de ella; y dándole licencia Su Majestad añadió la purísima Madre y dijo: Amado de mi alma y lumbre de mis ojos, no soy digna, Hijo mío, de lo que anhela mi corazón a pedir, pero Vos, Señor, sois aliento de mi esperanza y en esta fe os suplico me hagáis participante, si sois servido, del inefable sacramento de vuestro sagrado cuerpo y sangre, como tenéis determinado de instituirle por prenda de Vuestra gloria, y para que volviendo a recibirlos en mi pecho se me

comuniquen los efectos de tan admirable y nuevo Sacramento. Bien conozco, Señor mío, que ninguna de las criaturas puede dignamente merecer tan excesivo beneficio, prevenido sobre Vuestras obras por sola Vuestra magnificencia, y para obligarla ahora, sólo tengo que ofreceros a Vos mismo con Vuestros merecimientos infinitos. Y si la humanidad santísima en que los vinculáis por haberla recibido de mis entrañas induce algún derecho, éste no será tanto en mí para que seáis mío en este Sacramento, como para que yo sea Vuestra con la nueva posesión de recibiros, en que puedo restituirme a Vuestra dulce compañía. Mis obras y deseos dediqué a esta dignísima y divina comunión desde la hora que Vuestra dignación me dio noticia de ella, y de la voluntad y decreto de quedaros en vuestra Iglesia Santa en especies de pan y vino consagrados. Volved, pues, Señor y bien mío, a la primera y antigua habitación de Vuestra Madre, de Vuestra amiga y Vuestra esclava, a quien para recibiros en su vientre hicisteis libre y exenta del común contagio. En mi pecho recibiré ahora la humanidad que de mi sangre os comuniqué y en él estaremos juntos con estrecho y nuevo abrazo que aliente mi corazón y encienda mis afectos, para no estar de Vos jamás ausente, que sois infinito bien y amor de mi alma.

1147. Muchas palabras de incomparable amor y reverencia dijo la gran Señora en esta ocasión, porque habló con su Hijo santísimo con admirable afecto del corazón, para pedirla la participación de su sagrado cuerpo y sangre. Y Su Majestad le respondió también con más caricia, concediéndole su petición, y la ofreció que la daría el favor y beneficio de la comunión que le pedía, en llegando la hora de celebrar su institución. Desde luego la purísima Madre con nuevo rendimiento hizo grandiosos actos de humildad, agradecimiento, reverencia y viva fe, para estar dispuesta y preparada para la deseada comunión de la eucaristía; y sucedió lo

que diré adelante (Cf. infra n. 1197).

1148. Mandó luego Cristo Salvador nuestro a los Santos Ángeles de su Madre santísima que la asistiesen desde entonces en forma visible para ella y la sirviesen y consolasen en su dolor y soledad, como en efecto lo cumplieron. Ordenóle también a la gran Señora que, en partiendo Su Majestad a Jerusalén con sus discípulos, ella le siguiese por algún breve espacio con las mujeres santas que venían acompañándolos desde Galilea y que las informase y animase, para que no desfalleciesen con el escándalo que tendrían viéndole padecer y morir con tantas ignominias y muerte de cruz afrentosísima. Y dando fin a esta conferencia el Hijo del Eterno Padre, dio su bendición a su amantísima Madre, despidiéndose para la última jornada en que había de padecer y morir. El dolor que en esta despedida penetró los corazones de Hijo y Madre excede a todo humano pensamiento, porque fue correspondiente al amor recíproco de entrambos y éste era proporcionado a la condición y dignidad de las personas. Y aunque de ello podemos declarar tan poco, no por esto quedamos excusados de ponderarlo en nuestra consideración y acompañarlos con suma compasión, conforme a nuestras fuerzas y capacidad, para no ser reprendidos como ingratos y de pesado corazón.

1149. Despedido nuestro Salvador de su amantísima Madre y dolorosa Esposa, salió de Betania para la última jornada a Jerusalén el jueves, que fue el de la cena, poco antes de mediodía, acompañado de los Apóstoles que consigo tenía. A los primeros pasos que dio Su Majestad en este viaje, que ya era el último de su peregrinación, levantó los ojos al Eterno Padre y, confesándole con alabanza y hacimiento de gracias, se ofreció de nuevo a sí mismo con lo ardentísimo de su amor y obediencia para morir y padecer por la Redención de todo el linaje

humano. Esta oración y ofrecimiento hizo nuestro Salvador y Maestro con tan inefable afecto y fuerza de su espíritu, que como éste no se puede escribir, todo lo que dijere parece desdice de la verdad y de mi deseo. Eterno Padre y Dios mío —dijo Cristo nuestro Señor— voy por vuestra voluntad y amor a padecer y morir por la libertad de los hombres mis hermanos y hechura de Vuestras manos. Voy a entregarme para su remedio y a congregar en uno los que están derramados y divisos por la culpa de Adán. Voy a disponer los tesoros con que las almas criadas a Vuestra imagen y semejanza han de ser adornadas y enriquecidas, para que sean restituidas a la dignidad de Vuestra amistad y felicidad eterna y para que Vuestro santo nombre sea conocido y engrandecido de todas las criaturas. Cuanto es de Vuestra parte y de la mía, ninguna de las almas quedará sin remedio abundantísimo, y Vuestra inviolable equidad quedará justificada en los que despreciaren esta copiosa Redención.

1150. En seguimiento del autor de la vida partió luego de Betania la beatísima Madre, acompañada de Santa María Magdalena y de las otras mujeres santas que asistían y seguían a Cristo nuestro Señor desde Galilea. Y como el divino Maestro iba informando a sus Apóstoles y previniéndolos con la doctrina y fe de su pasión, para que no desfalleciesen en ella por las ignominias que le viesan padecer, ni por las tentaciones ocultas de Satanás, así también la Reina y Señora de las virtudes iba consolando y previniendo a su congregación santa de discípulas, para que no se turbasen cuando viesan morir a su Maestro y ser azotado afrentosamente. Y aunque en la condición femenina eran estas santas mujeres de naturaleza más enferma y frágil que los Apóstoles, con todo eso fueron más fuertes que algunos de ellos en conservar la doctrina y documentos de su gran Maestra y Señora. Y quien más se adelantó en todo fue Santa María

Magdalena, como los Evangelistas enseñan (Mt 27, 56; Mc 15, 40; Lc 24, 10; Jn 19, 25), porque la llama de su amor la llevaba toda enardecida y por su misma condición natural era magnánima, esforzada y varonil, de buena ley y respetos. Y entre todos los del apostolado tomó por su cuenta acompañar a la Madre de Jesús y asistirle sin desviarse de ella todo el tiempo de la pasión, y así lo hizo como amante fidelísima.

1151. En la oración y ofrecimiento que hizo nuestro Salvador en esta ocasión, le imitó y siguió también su Madre santísima, porque todas las obras de su Hijo santísimo iba mirando en el espejo claro de aquella luz divina con que las conocía, para imitarlas, como muchas veces queda dicho (Cf. supra n. 481, 990, etc.). Y a la gran Señora iban sirviendo y acompañando los Ángeles que la guardaban, manifestándosele en forma humana visible, como el mismo Señor se lo había mandado. Con estos espíritus soberanos iba confiriendo el gran sacramento de su santísimo Hijo, que no podían percibir sus compañeras, ni todas las criaturas humanas. Ellos conocían y ponderaban dignamente el incendio de amor que sin modo ni medida ardía en el corazón purísimo y candidísimo de la Madre de Dios y la fuerza con que llevaban tras de sí los ungüentos olorosos (Cant 1, 3) del amor recíproco de Cristo, su Hijo, Esposo y Redentor. Ellos presentaban al Eterno Padre el sacrificio de alabanza y expiación que le ofrecía su Hija única y primogénita entre las criaturas. Y porque todos los mortales ignoraban de este beneficio y de la deuda en que los ponía el amor de Cristo nuestro Señor y de su Madre santísima, mandaba la Reina a los Santos Ángeles que le diesen gloria, bendición y honra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y todo lo cumplían conforme a la voluntad de su gran Princesa y Señora.

1152. Fáltanme dignas palabras y digno sentimiento y

dolor para decir lo que entendí en esta ocasión de la admiración de los Santos Ángeles, que de una parte miraban al Verbo humanado y a su Madre santísima encaminando sus pasos a la obra de la redención humana con la fuerza del ardentísimo amor que a los hombres tenían y tienen, y por otra parte miraban la vileza, ingratitud, tardanza y dureza de los mismos hombres para conocer esta deuda y obligarse del beneficio que a los demonios obligara si fueran capaces de recibirle. Esta admiración de los ángeles no era con ignorancia, sino con reprensión de nuestra intolerable ingratitud. Mujer flaca soy y menos que un gusanillo de la tierra, pero en esta luz que se me ha dado quisiera levantar la voz, que se oyera por todo el orbe, para despertar a los hijos de la vanidad y amadores de la mentira (Sal 4, 3) y acordarles esta deuda a Cristo nuestro Señor y a su santísima Madre y pedir a todos, postrada sobre mi rostro, que no seamos graves de corazón y tan crueles enemigos para nosotros mismos, y sacudamos este sueño tan olvidadizo, que nos sepulta en el peligro de la eterna muerte y aparta de la vida celestial y bienaventurada que nos mereció Cristo nuestro Redentor y Señor con muerte tan amarga de cruz.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

1153. Hija mía, de nuevo te llamo y convido, para que, ilustrada tu alma con especiales dones de la divina luz, entres en el profundo piélago de los misterios de la pasión y muerte de mi Hijo santísimo. Prepara tus potencias y estrena todas las fuerzas de tu corazón y alma, para que en alguna parte seas digna de conocer, ponderar y sentir las ignominias y dolores que el mismo Hijo del Eterno Padre se dignó de padecer, humillándose a morir en una cruz para redimir a los hombres, y todo lo que yo hice y padecí, acompañándole en su acerbísima pasión. Esta ciencia tan olvidada de los mortales quiero

que tú, hija mía, la estudies y aprendas para seguir a tu Esposo y para imitarme a mí, que soy tu Madre y Maestra. Y escribiendo y sintiendo juntamente lo que yo te enseñaré de estos sacramentos, quiero que de todo punto te desnudes de todo humano y terreno afecto y de ti misma, para que alejada de lo visible sigas pobre y desvalida nuestras pisadas. Y porque ahora con especial gracia te llamo a ti a solas para el cumplimiento de la voluntad de mi Hijo santísimo y mía y en ti queremos enseñar a otros, es necesario que de tal manera te des por obligada de esta copiosa Redención, como si fuera benefició para ti sola y como si se hubiera de perder no aprovechándote tú sola. Tanto como esto lo debes apreciar, pues con el amor con que murió y padeció mi Hijo santísimo por ti, te miró con tanto afecto como si fueras tú sola la que necesitabas de su pasión y muerte para tu remedio.

1154. Con esta regla debes medir tu obligación y tu agradecimiento. Y cuando conoces el pesado y peligroso olvido que hay en los hombres de tan excesivo beneficio, como haber muerto por ellos su mismo Dios y Criador hecho hombre, procura tú recompensarle esta injuria amándole por todos, como si el retorno de esta deuda estuviera remitido a solo tu agradecimiento y fidelidad. Y dúetele asimismo de la ciega estulticia de los hombres en despreciar su eterna felicidad y en atesorar la ira del Señor contra sí mismos, frustrándole los mayores afectos de su infinito amor para con el mundo. Para esto te doy a conocer tantos secretos y el dolor tan sin igual que yo padecí desde la hora que me despedí de mi Hijo santísimo para ir al sacrificio de su sagrada pasión y muerte. No hay términos con que significar la amargura de mi alma en aquella ocasión, pero a su vista ningún trabajo reputarás por grande, ni podrás apetecer descanso ni delectación terrena y sólo codiciarás padecer y morir con Cristo. Y compadécete conmigo, que

es debido a lo que te favorezco esta fiel correspondencia.

1155. Quiero también que adviertas cuán aborrecible es en los ojos del Señor y en los míos y de todos los Bienaventurados el desprecio y olvido de los hombres en frecuentar la Comunión Sagrada y el no llegar a ella con disposición y fervor de devoción. Para que entiendas y escribas este aviso, te he manifestado lo que yo hice (Cf. supra n. 835), disponiéndome tantos años para el día que llegase a recibir a mi santísimo Hijo sacramentado, y lo demás, que escribirás adelante (Cf. infra n. 1197; p. III n. 109, 583), para enseñanza y confusión vuestra; porque si yo, que estaba inocente y sin alguna culpa que me impidiese y con tanto lleno de todas las gracias, procuré añadir nueva disposición de ferviente amor, humildad y agradecimiento, ¿qué debes hacer tú y los demás hijos de la Iglesia, que cada día y cada hora incurrir en nuevas culpas y fealdades, para llegar a recibir la hermosura de la misma divinidad y humanidad de mi Hijo santísimo y mi Señor? ¿Qué descargo darán los hombres en el juicio, de haber tenido consigo al mismo Dios sacramentado en la iglesia, esperando que vayan a recibirle para llenarlos de la plenitud de sus dones y han despreciado este inefable amor y beneficio por emplearse y divertirse en deleites mundanos y servir a la vanidad aparente y engañosa? Y admírate, como lo hacen los Ángeles y Santos, de tal insania y guárdate de incurrir en ella.

CAPITULO 10

Celebra Cristo nuestro Salvador la última cena legal con sus discípulos y lávalos los pies; tiene su Madre santísima inteligencia y noticia de todos estos misterios.

1156. Proseguía su camino para Jerusalén nuestro Redentor, como queda dicho (Cf. supra n. 1149), el jueves

a la tarde que precedió a su pasión y muerte, y en las conferencias que tenía con sus discípulos sobre los misterios de que los iba informando, le preguntaron algunas dudas en lo que no entendían y a todas respondió como Maestro de la sabiduría y Padre amoroso con palabras llenas de dulcísima luz que penetraba los corazones de los Apóstoles, porque habiéndolos amado siempre, ya en aquellas horas últimas de su vida, como cisne divino, manifestaba con más fuerza la suavidad de su voz y la dulzura de su amor. Y no sólo no le impedía para esto lo inmediato de su pasión y la ciencia prevista de tantos tormentos, sino que, como el calor reconcentrado con la oposición del frío vuelve a salir con toda su eficacia, de este modo el incendio del divino amor, que sin límite ardía en el corazón de nuestro amoroso Jesús, salía con mayores finezas y actividad a inflamar a los mismos que le querían extinguir, comenzando a herir a los más cercanos con la eficacia de su incendio. A los demás hijos de Adán, fuera de Cristo y de su Madre santísimos, de ordinario sucede que la persecución nos impacienta, las injurias nos irritan, las penas nos destemplan y todo lo adverso nos conturba, desmaya y desazona con quien nos ofende y tenemos por grande hazaña no tomar venganza de contado; pero el amor de nuestro divino Maestro no se estragó con las injurias que miraban en su pasión, no se cansó con las ignorancias de sus discípulos y con la deslealtad que luego había de experimentar en ellos.

1157. Preguntáronle dónde quería celebrar la Pascua del cordero. Que aquella noche cenaban los judíos como fiesta muy célebre y solemne en aquel pueblo y era la figura más expresa en su ley del mismo Señor de los misterios que él mismo y por él se habían de obrar, aunque entonces no estaban los Apóstoles harto capaces para conocerlos. Respondióles el divino Maestro enviando a San Pedro y a San Juan que se adelantasen a

Jerusalén y preparasen la cena del Cordero pascual en casa de un hombre donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniese aposento para cenar con sus discípulos. Era este vecino de Jerusalén hombre rico, principal y devoto del Salvador y de los que habían creído en su doctrina y milagros, y con su piadosa devoción mereció que el autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los misterios que obró en ella, dejándola consagrada en templo santo para otros que después sucedieron. Fueron luego los dos Apóstoles y con las señas que llevaban pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la vida y tuviese por su huésped para celebrar la gran solemnidad de los Ázimos, que así se llamaba aquella Pascua.

1158. Fue ilustrado con especial gracia el corazón de aquel padre de familias y liberalmente ofreció su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella una cuadra muy grande (Lc 22, 12), colgada y adornada con mucha decencia, cual convenía —aunque él y los doce apóstoles lo ignoraban— para los misterios tan venerables que en ella quería obrar nuestro Salvador. Prevenido todo esto, llegó Su Majestad a la posada con los demás discípulos y en breve espacio fue también su Madre santísima con su congregación de las santas mujeres que la seguían. Y luego la humildísima Reina postrada en tierra adoró a su Hijo santísimo, como acostumbraba, y le pidió la bendición y que la mandase lo que debía hacer. Ordenóla Su Majestad que se retirase a un aposento de la casa —que para todo era capaz— y allí estuviese a la vista de lo que la divina Providencia había determinado hacer en aquella noche y que confortase y diese luz a las mujeres que la acompañaban de lo que convenía advertirlas. Obedeció la gran Señora y se retiró con su compañía. Ordenólas que todas perseverasen en fe y oración, y continuando

ella sus afectos fervorosos para esperar la comunión, que sabía se acercaba la hora, y atendiendo siempre con la vista interior a todas las obras que su Hijo santísimo iba ejecutando.

1159. Nuestro Salvador y Maestro Jesús, en retirándose su purísima Madre, entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce apóstoles y otros discípulos y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley (Ex 13, 3ss), sin faltar a cosa alguna de los ritos que él mismo había ordenado por medio de San Moisés, Profeta y Legislador. Y en esta cena última dio inteligencia a los Apóstoles de todas las ceremonias de aquella ley figurativa, como se las habían dado a los antiguos padres y profetas, para significar la verdad de lo que el mismo Señor iba cumpliendo y había de obrar como Reparador del mundo, y que la ley antigua de San Moisés y sus figuras quedarían evacuadas con la verdad figurada, y no podían durar más las sombras llegando en él la luz y principio de la nueva ley de gracia, en la cual sólo quedarían permanentes los preceptos de la ley natural, que era perpetua; aunque éstos quedarían más realzados y perfeccionados con otros preceptos divinos y consejos que él mismo enseñaba y con la eficacia que daría a los nuevos sacramentos de su nueva ley y todos los antiguos cesarían, como ineficaces y sólo figurativos, y que para todo esto celebraba con ellos aquella cena, con que daba fin y término a sus ritos y obligación de la ley, pues toda se había encaminado a prevenir y representar lo que Su Majestad estaba obrando, y conseguido el fin cesaba el uso de los medios.

1160. Con esta nueva doctrina entendieron los Apóstoles grandes secretos de los profundos misterios que su divino Maestro iba obrando, pero los discípulos que allí estaban no entendieron tantas cosas de las obras del Señor como

los Apóstoles. Judas Iscariotes fue quien atendió y entendió menos, o nada en ellas, porque estaba poseído de la avaricia y sólo atendía a la traición alevosa que tenía fraguada y le ocupaba el cuidado de ejecutarla con secreto. Guardábasele también el Señor, porque así convenía a su equidad y a la disposición de sus juicios altísimos. Y no quiso excluirle de la cena ni de los otros misterios, hasta que él mismo se excluyó por su mala voluntad, pero el divino Maestro siempre le trató como a su discípulo, apóstol y ministro y le guardó su honra. Enseñando con este ejemplo a los hijos de la Iglesia en cuánta veneración han de tener a los ministros de ella y a los sacerdotes y cuánto han de celar su honra, sin publicar sus pecados y flaquezas que en ellos vieren, como en hombres de frágil naturaleza. Ninguno será peor que Judas Iscariotes, y así lo debemos entender, ni ninguno tampoco será como Cristo nuestro Señor, ni tendrá tanta autoridad ni potestad, que eso lo enseña la fe. Pues no será razón que, si todos los hombres son infinitamente menos que nuestro Salvador, hagan con sus ministros, mejores que Judas Iscariotes aunque sean malos, lo que no hizo el mismo Señor con aquel pésimo discípulo y apóstol, y para esto no importa que sean prelados, que también lo era Cristo nuestro Señor, y sufrió a Judas Iscariotes y le guardó su honra.

1161. Hizo nuestro Redentor en esta ocasión un misterioso cántico en alabanza del Eterno Padre, por haberse cumplido en sí mismo las figuras de la antigua ley y por la exaltación de su nombre que, de ella redundaba, y postrado en tierra, humillándose según su humanidad santísima, confesó, adoró y alabó a la divinidad como a superior infinitamente y, hablando con el Eterno Padre, hizo interiormente una altísima oración y fervorosísima exclamación diciendo:

1162. Eterno Padre mío y Dios inmenso, vuestra divina y

eterna voluntad determinó criar mi humanidad verdadera y que en ella fuese cabeza de todos los predestinados para vuestra gloria y felicidad interminable y que por medio de mis obras se dispusieran para conseguir su verdadera bienaventuranza. Para este fin y redimir a los hijos de Adán de su caída, he vivido con ellos treinta y tres años. Ya, Señor y Padre mío, llegó la hora oportuna y aceptable de vuestra voluntad eterna, para que se manifieste a los hombres vuestro santo nombre y sea de todas las naciones conocido y exaltado por la noticia de la santa fe que manifieste a todos Vuestra divinidad incomprendible. Tiempo es que se abra el libro (Ap 5, 7) cerrado con siete sellos, que Vuestra sabiduría me entregó, y que se dé fin dichoso a las antiguas figuras (Heb 10, 1) y sacrificios de animales que han significado el que yo de mí mismo voluntariamente quiero ya ofrecer por mis hermanos los hijos de Adán, miembros de este cuerpo de quien soy cabeza y ovejas de Vuestra grey, por quien Os suplico ahora los miréis con ojos de misericordia. Y si los antiguos sacrificios y figuras que voy con la verdad ejecutando, por lo que significaban aplacaban Vuestro enojo, justo es, Padre mío, que tenga fin, pues yo me ofrezco en sacrificio con voluntad pronta para morir por los hombres en la cruz y me sacrifico como holocausto en el fuego de mi propio amor. Ea, Señor, témplese ya el rigor de Vuestra justicia y mirad al linaje humano con los ojos de Vuestra clemencia. Y demos ley saludable a los mortales con que se abran las puertas del cielo cerradas hasta ahora por su inobediencia. Hallen ya camino cierto y puerta franca para entrar conmigo a la vista de vuestra divinidad, si ellos me quisieren imitar y seguir mi ley y pisadas.

1163. Esta oración de nuestro Salvador Jesús aceptó el Eterno Padre y luego despachó de las alturas innumerables ejércitos angélicos sus cortesanos, para que en el cenáculo asistiesen a las obras maravillosas

que el Verbo humanado había de obrar en él. En el ínterin que sucedía todo esto en el cenáculo, estaba María santísima en su retiro levantada en altísima contemplación, donde lo miraba todo con la misma distinción y clara visión que si estuviera presente, y a todas las obras de su Hijo nuestro Salvador cooperaba y correspondía en la forma que su admirable sabiduría la dictaba, como coadjutora de todas ellas. Y hacía actos heroicos y divinos de todas las virtudes con que había de corresponder a las de Cristo nuestro Señor, porque todas resonaban en el pecho castísimo de la Madre, donde con misterioso y divino eco se repetían, replicando la dulcísima Señora las mismas oraciones y peticiones en su modo. Y sobre todo esto hacía nuevos cánticos y admirables alabanzas por lo que la humanidad santísima en la persona del Verbo iba obrando en cumplimiento de la voluntad divina y en correspondencia y lleno de las antiguas figuras de la ley escrita.

1164. Grande maravilla y digna de toda admiración fuera para nosotros, como lo fue para los Ángeles y lo será a todos en el cielo, si conociéramos ahora aquella divina armonía de las virtudes y obras que en el corazón de nuestra gran Reina, como en un coro, estaban ordenadas, sin confundirse ni impedirse unas a otras, cuando todas y cada una obraban en esta ocasión con mayor fuerza. Estaba llena de las inteligencias que he dicho y a un mismo tiempo conocía cómo en su Hijo santísimo se iban cumpliendo y evacuando las ceremonias y figuras legales, sustituyendo la Nueva Ley y Sacramentos más nobles y eficaces. Miraba el fruto tan abundante de la Redención en los predestinados, la ruina de los réprobos, la exaltación del nombre del mismo Dios y de la santísima humanidad de su Hijo Jesús, la noticia y fe universal que se prevenía de la divinidad para el mundo, que se abría el cielo cerrado por tantos siglos para que desde luego entrasen en él los hijos de Adán

por el estado y progreso de la nueva Iglesia evangélica y todos sus misterios y que de todo esto era su Hijo santísimo admirable y prudentísimo artífice, con alabanza y admiración de todos los cortesanos del cielo. Y por estas magníficas obras, sin omitir un ápice, bendecía al Eterno Padre y le daba gracias singularmente y en todo se gozaba y consolaba la divina Señora con admirable júbilo.

1165. Pero junto con esto miraba que todas estas obras inefables habían de costarle a su mismo Hijo los dolores, ignominias, afrentas y tormentos de su pasión y al fin muerte de cruz tan dura y amarga, y todo lo había de padecer en la humanidad que de ella había recibido; y que tanto número de los hijos de Adán, por quienes lo padecía, le serían ingratos y perderían el copioso fruto de su redención. Esta ciencia llenaba de amargura dolorosa el candidísimo corazón de la piadosa Madre, pero, como era estampa viva y proporcionada a su Hijo santísimo, todos estos movimientos y operaciones cabían a un tiempo en su magnánimo y dilatado pecho. Y no por esto se turbó ni alteró, ni faltó al consuelo y enseñanza de las mujeres santas que la asistían, sino que, sin perder la alteza de las inteligencias que recibía, descendía en lo exterior a instruir las y confortarlas con saludables consejos y palabras de vida eterna. ¡Oh admirable maestra y ejemplar más que humano a quien imitemos! Verdad es que nuestro caudal, en comparación de aquel piélago de gracia y luz, es imperceptible. Pero también es verdad que nuestras penalidades y dolores en comparación de aquellos son casi aparentes y nada, pues ella padeció sola más que todos juntos los hijos de Adán. Y con todo eso, ni por su imitación y amor, ni por nuestro bien eterno, sabemos padecer con paciencia la menor adversidad que nos sucede. Todas nos conturban, alteran y les ponemos mala cara, soltamos las pasiones, resistimos con ira y nos impacientamos con tristeza,

desamparamos la razón como indóciles y todos los movimientos malos se desconciertan y están prontos para el precipicio. También lo próspero nos deleita y destruye, nada se puede fiar de nuestra naturaleza infecta y manchada. Acordémonos de nuestra divina Maestra en estas ocasiones, para componer nuestros desórdenes.

1166. Acabada la cena legal y bien informados los apóstoles, se levantó Cristo nuestro Señor, como dice San Juan (Jn 13, 4), para lavarles los pies. Y primero hizo otra oración al Padre postrándose en su presencia, al modo que la había hecho en la cena, como queda dicho arriba (Cf. supra n. 1162). No fue vocal esta oración, sino mentalmente habló y dijo: Eterno Padre mío, Criador de todo el universo, imagen vuestra soy, engendrado por vuestro entendimiento y figura de vuestra sustancia; y habiéndome ofrecido por la disposición de vuestra santa voluntad a redimir al mundo con mi pasión y muerte, quiero, Señor, por vuestro beneplácito, entrar en estos sacramentos y misterios por medio de mi humillación hasta el polvo, para que la soberbia altiva de Lucifer sea confundida con mi humildad, que soy vuestro Unigénito. Y para dejar ejemplo de esta virtud a mis Apóstoles y a mi Iglesia, que se ha de fundar en este seguro fundamento de la humildad, quiero, Padre mío, lavar los pies de mis discípulos, hasta los del menor de todos, Judas Iscariotes, por su maldad que tiene fabricada, y postrándome ante él con humildad profunda y verdadera le ofreceré mi amistad y su remedio. Siendo el mayor enemigo que tengo entre los mortales, no le negaré mi piedad ni el perdón de su traición, para que, si no le admite, conozca el cielo y la tierra que yo le abrí los brazos de mi clemencia y él la despreció con obstinada voluntad.

1167. Esta oración hizo nuestro Salvador para lavar los pies de los discípulos. Y para declarar algo del ímpetu

con que su divino amor disponía y ejecutaba estas obras, no hay términos ni símiles adecuados en todas las criaturas, porque es tarda la actividad del fuego y pesado el corriente del mar y el movimiento de la piedra para su centro y todos cuantos quisiéremos imaginar que tienen los elementos dentro y fuera de su esfera. Pero no podemos ignorar que sólo su amor y sabiduría pudieron inventar tal linaje de humildad, que lo supremo de la divinidad y humanidad se humillasen hasta lo más ínfimo del hombre, que son los pies, y éstos del peor de los nacidos, que fue Judas Iscariotes, y allí pusiera su boca en lo más inmundo y contentible, el que era la palabra del Eterno Padre y el Santo de los Santos y por esencia la misma bondad, Señor de los señores y Rey de los reyes, se postrase ante el pésimo de los hombres para justificarle, si él entendiera y admitiera este beneficio, nunca hartó ponderado ni encarecido.

1168. Levantóse nuestro divino Maestro de la oración que hizo y con semblante hermosísimo, sereno y apacible, puesto en pie, mandó Su Majestad sentar con orden a sus discípulos, como haciéndolos a ellos grandes y ser Su Alteza ministro suyo. Luego se quitó un manto que traía sobre la túnica inconsútil, y ésta le llegaba a los pies aunque no los cubría. Y en esta ocasión tenía sandalias, porque algunas veces las dejaba para andar descalzo en la predicación y otras las usaba, desde que su Madre santísima se las calzó en Egipto, que fueron creciendo en sus hermosos pasos con la edad, como crecían los pies, y queda dicho en su lugar (Cf. supra n. 691). Despojado del manto, que son las vestiduras que dice el Evangelista (Jn 13, 4), recibió una toalla o mantel largo y con la una parte se ciñó el cuerpo, dejando pendiente el otro extremo. Y luego echó agua en una vacía (Jn 13, 5) para lavar los pies de los Apóstoles, que con admiración estaban atentos a todo lo que su divino Maestro iba ejecutando.

1169. Llegó a la cabeza de los Apóstoles, San Pedro, para lavarle; y cuando el fervoroso Apóstol vio postrado a sus pies al mismo Señor que había conocido y confesado por Hijo de Dios vivo y renovando en su interior esta fe con la nueva luz que le ilustraba y conociendo con humildad profunda su propia bajeza, turbado y admirado dijo: *¿Tú, Señor, me lavas a mí los pies?* Respondió Cristo nuestro bien, con incomparable mansedumbre: *Tú ignoras ahora lo que yo hago, pero después lo entenderás (Jn 13, 6-7).* Que fue decirle: obedece ahora primero a mi dictamen y voluntad y no antepongas el tuyo propio, con que perviertes el orden de las virtudes y las divides. Primero has de cautivar tu entendimiento y creer que conviene lo que yo hago, y después de haber creído y obedecido entenderás los misterios ocultos de mis obras, a cuya inteligencia has de entrar por la puerta de la obediencia, y sin ésta, no puede ser verdaderamente humilde sino presuntuosa. Ni tampoco tu humildad se puede anteponer a la mía; yo me humillé hasta la muerte (Flp 2, 8) y para humillarme tanto padecí, y tú, que eres mi discípulo, no sigues mi doctrina y con color de humillarte eres inobediente y pervirtiendo el orden te privas de la humildad y de la obediencia, siguiendo la presunción de tu propio juicio.

1170. No entendió San Pedro esta doctrina, encerrada en la primera respuesta de su Señor y Maestro, porque aunque estaba en su escuela no había llegado a experimentar los divinos efectos de su lavatorio y contacto, y embarazado con el indiscreto afecto de su humildad replicó al Señor y le dijo: *Jamás consentiré, Señor, que Tú me laves los pies.* Respondióle con más severidad el autor de la vida: *Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo (Jn 13, 8).* Con esta respuesta y amenaza dejó el Señor canonizada la seguridad de la obediencia, porque, al juicio de los hombres, alguna

disculpa parece que tenía San Pedro en resistir a una obra tan inaudita y que la capacidad humana la tuviera por muy desigual, como consentir un hombre terreno y pecador que a sus pies estuviera postrado el mismo Dios, a quien estaba conociendo y adorando. Pero no se le admitió esta disculpa, porque su divino Maestro no podía errar en lo que hacía; y cuando no se conoce con evidencia este engaño en el que manda, ha de ser la obediencia ciega y sin buscar otra razón para resistir a ella. Y en este misterio quería nuestro Salvador soldar la inobediencia (Rom 5, 19) de nuestros primeros padres Adán y Eva, por donde había entrado el pecado en el mundo, y por la semejanza y participación que con ella tenía la inobediencia de San Pedro, le amenazó Cristo Señor nuestro con el amago de otro semejante castigo, diciendo que si no obedecía no tendría parte en él, que fue excluirle de sus merecimientos y fruto de la redención, por la cual somos capaces y dignos de su amistad y participación de la gloria. También le amenazó con negarle la participación de su cuerpo y sangre, que luego había de sacramentar en las especies de pan y vino, donde, aunque se quería dar el Señor no por partes sino por entero y deseaba ardentísimamente comunicarse por este misterioso modo, con todo eso la inobediencia pudiera privar al Apóstol de este amoroso beneficio si en ella perseverase.

1171. Pero con la amenaza de Cristo nuestro bien quedó San Pedro tan castigado y enseñado, que con excelente rendimiento respondió luego: *Señor, no sólo doy los pies, sino las manos y la cabeza (Jn 13, 9)*, para que todo me lavéis. Que fue decir: Ofrezco mis pies para correr a la obediencia y mis manos para ejercitarla y mi cabeza para no seguir mi propio juicio contra ella. Admitió el Señor este rendimiento de San Pedro y le dijo: *Vosotros estáis limpios, aunque no todos* —porque estaba entre ellos el inmundísimo Judas Iscariotes— *y el que*

está limpio no tiene que lavarse más de los pies (Jn 13, 10). Esto dijo Cristo Señor nuestro, porque los discípulos, fuera de Judas Iscariotes, estaban justificados y limpios de pecado con su doctrina y sólo necesitaban lavar las imperfecciones y culpas leves o veniales para llegar a la comunión con mayor decencia y disposición, como se requiere para recibir sus divinos efectos y conseguir más abundante gracia y con mayor plenitud y eficacia, que para esto impiden mucho los pecados veniales, distracciones y tibieza en recibirla. Con esto se lavó San Pedro y obedecieron los demás llenos de asombro y lágrimas, porque todos iban recibiendo con este lavatorio nueva luz y dones de la gracia.

1172. Pasó el divino Maestro a lavar a Judas Iscariotes, cuya traición y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Cristo para que dejase de hacer con él mayores demostraciones que con los otros Apóstoles. Y sin manifestarles Su Majestad estas señales, se las declaró a Judas Iscariotes en dos cosas: la una, en el semblante agradable y caricia exterior con que se le puso a sus pies y se los lavó, besó y llegó al pecho; la otra, en las grandes inspiraciones con que tocó su interior, conforme a la dolencia y necesidad que tenía aquella depravada conciencia, porque estos auxilios fueron mayores en sí mismos con Judas Iscariotes que con otro de los Apóstoles. Pero como su disposición era pésima, los hábitos viciosos intensísimos, su obstinación endurecida con muchas determinaciones, el entendimiento y las potencias turbadas y debilitadas y de todo punto se había alejado de Dios y entregado al demonio y le tenía en su corazón como en trono y silla de su maldad, con esto resistió a todos los favores e inspiraciones que recibía en el lavatorio de los pies. Juntóse el temor que tuvo a los escribas y fariseos de faltarles a lo contratado con ellos. Y como a la presencia de Cristo exterior y a la fuerza interior de los auxilios

quería la luz del entendimiento moverle, levantóse en su tenebrosa conciencia una borrasca turbulenta que le llenó de confusión y amargura y le encendió en ira y le despechó y apartó de su mismo Maestro y Médico que le quería aplicar la medicina saludable, y toda la convirtió en veneno mortal y hiél amarguísima de maldad, que le tenía repleto y poseído.

1173. Resistió la maldad de Judas Iscariotes a la virtud y contacto de aquellas manos divinas, en que el eterno Padre había depositado todos los tesoros y virtud de hacer maravillas y enriquecer a todas las criaturas. Y aunque no hubiera recibido otros auxilios la pertinacia de Judas Iscariotes, sino los ordinarios que obraba en las almas la presencia y vista del autor de la vida y los que naturalmente podía causar su santísima persona, fuera la malicia de este infeliz discípulo sobre toda ponderación. Era la persona de Cristo nuestro bien en el cuerpo perfectísima y agraciada, el semblante grave y sereno de una hermosura apacible y dulcísima, el cabello nazareno uniforme, el color entre dorado y castaño, los ojos rasgados y de suma gracia y majestad, la boca, la nariz y todas las partes del rostro proporcionadas en extremo y en todo se mostraba tan agradable y amable. A los que le miraban sin malicia de intención, los atraía a su veneración y amor, y sobre esto causaba con su vista gozo interior, con admirable ilustración de las almas, engendrando en ellas divinos pensamientos y otros efectos. Esta persona de Cristo tan amable y venerable tuvo Judas Iscariotes a sus pies y con nuevas demostraciones de agrado y mayores impulsos que los ordinarios, pero tal fue su perversidad, que nada le pudo inclinar ni ablandar su endurecido corazón, antes se irritó de la suavidad del Señor y no le quiso mirar al rostro ni atender a su persona, porque desde que perdió la fe y la gracia tuvo este odio con Su Majestad y con su Madre santísima y nunca los miraba a la cara. Mayor fue en

alguna manera el terror que tuvo Lucifer de la presencia de Cristo nuestro Salvador, porque, como he dicho (Cf. supra n. 1172), estaba este enemigo asentado en el corazón de Judas Iscariotes, y no pudiendo sufrir la humildad que ejercitaba con los apóstoles el divino Maestro, pretendió Lucifer salirse de Judas Iscariotes y del Cenáculo, pero Su Majestad con la virtud de su brazo poderoso no consintió que se fuese, porque allí quedase entonces quebrantada su soberbia, aunque después le arrojaron de allí —como diré adelante (Cf. infra n. 1189)— lleno de furor y sospechas de que Cristo era Dios verdadero.

1174. Dio fin nuestro Salvador al lavatorio de los pies y volviendo a tomar su manto se asentó en medio de sus discípulos y les hizo aquel gran sermón que refiere el Evangelista San Juan, comenzando por aquellas palabras: *¿Sabéis lo que yo he hecho y obrado con vosotros? Llamáisme Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy vuestro Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también debéis vosotros lavaros unos los de los otros; porque yo os he dado este ejemplo, para que lo hagáis como yo lo acabo de hacer; pues no ha de ser el discípulo más que el Maestro, ni el siervo más que el Señor, ni el apóstol ha de ser mayor que quien le envía (Jn 13, 12-16)*. Y prosiguió Su Majestad enseñando, amonestando, y previniendo a los Apóstoles de grandes misterios y doctrina, que no me detengo a repetirla, remitiéndome a los Evangelistas. Este sermón ilustró de nuevo a los Apóstoles del misterio de la santísima Trinidad, encarnación y los previno con nueva gracia para el de la Eucaristía y los confirmó en la noticia que habían recibido de la alteza y profundidad de su predicación y milagros. Entre todos fueron más ilustrados San Pedro y San Juan, porque cada uno recibió mayor o menor ciencia, según su disposición y la voluntad divina. Y lo que refiere San Juan Evangelista

de las preguntas que a instancia de San Pedro hizo a Cristo nuestro Señor sobre quién era el traidor que le había de vender, según le dio a entender Su Majestad mismo, sucedió en la cena, donde San Juan Evangelista estuvo reclinado en el pecho de su divino Maestro. Y San Pedro lo deseó saber para vengarlo o impedirlo, con los fervores que ardían en su pecho y solía manifestar sobre todos en el amor de Cristo. Pero no se lo declaró San Juan Evangelista, aunque él lo conoció por las señas del bocado que dio Su Majestad a Judas Iscariotes, en que dijo al Evangelista le conocería, y lo conoció para sí solo y lo guardó en el secreto de su pecho, ejercitando la caridad que se le había comunicado y enseñado en la escuela de su divino Maestro.

1175. En este favor y otros muchos fue privilegiado San Juan Evangelista, cuando estuvo reclinado en el pecho de Jesús nuestro Salvador, porque allí conoció altísimos misterios de su divinidad y humanidad y de la Reina del cielo su Madre santísima. En esta ocasión se la encomendó para que cuidase de ella, y porque en la cruz no le dijo "ella será tu Madre" ni "él será tu Hijo", sino "veis ahí a tu Madre" (Jn 19, 27), porque no lo determinaba entonces, sino que fue como manifestar en público lo que antes le tenía encomendado y ordenado. De todos estos sacramentos que se obraban en el lavatorio de los pies y de las palabras y sermón del divino Maestro, tenía su purísima Madre clara noticia y visión, como otras veces he dicho, y por todo hizo cánticos de loores y gloria al Altísimo. Y cuando se iban obrando después las maravillas del Señor, las miraba no como quien conocía de nuevo lo que ignoraba, sino como quien veía ejecutar y obrar lo que antes sabía y tenía escrito en su corazón, como en las tablas de San Moisés lo estaba la ley. Y de todo lo que convenía informar a las santas discípulas que consigo tenía les daba luz y reservaba lo que ellas no eran capaces de entender.

***Doctrina que me dio la gran Señora del mundo
María santísima.***

1176. Hija mía, en ti es virtudes principales de mi Hijo y Señor, de que has hablado en este capítulo, quiero que seas extremada, para imitarle en ellas como su esposa y mi discípula carísima. Son la caridad, la humildad y la obediencia, en que Su Majestad se quiso señalar más en lo último de su vida santísima. Cierto es que por toda ella manifestó el amor que tenía a los hombres, pues por ellos y para ellos hizo todas y tan admirables obras, desde el instante que en mi vientre fue concebido por el Espíritu Santo. Pero en el fin de su vida, cuando dispuso la Ley Evangélica y Nuevo Testamento, salió con más fuerza la llama de la encendida caridad y amoroso fuego que ardía en su pecho. En esta ocasión obró con toda su eficacia la caridad de Cristo nuestro Señor con los hijos de Adán, porque concurrieron de su parte los dolores de la muerte que le cercaban (Sal 114, 3) y de parte de los hombres la adversidad al padecer y admitir el bien, la suma ingratitud y perversidad, tratando de quitar la honra y vida a quien les estaba dando la suya misma y disponiéndoles la salvación eterna. Con esta contradicción subió de punto el amor, que no se había de extinguir (Cant 8, 7), y así fue más ingenioso para conservarse en sus mismas obras y dispuso cómo quedarse entre los hombres, habiéndose de alejar de ellos, y les enseñó con ejemplo, doctrina y obras los medios ciertos y eficaces por donde participasen de los efectos de su divino amor.

1177. En este arte de amar por Dios a tus prójimos quiero que seas muy sabia e industriosa. Y esto harás, si las mismas injurias y penalidades que te dieran, te despiertan la fuerza de la caridad, advirtiéndote que entonces es segura y sin sospecha cuando de parte de la

criatura no obligan ni los beneficios ni las lisonjas. Porque amar a quien te hace bien, aunque sea debido, pero no sabes, si no lo adviertes, si le amas por Dios o por el útil que recibes, que será amar al interés o a ti misma más que a tu prójimo por Dios; y quien ama por otros fines o motivos de lisonja, éste no conoce el amor de la caridad, porque está poseído del ciego amor propio de su deleite. Pero si amas al que no te obliga por estos medios, tendrás entonces por motivo y principal objeto al mismo Señor, a quien amas en su criatura, sea ella la que fuere. Y porque tú puedes ejercitar la caridad corporal menos que la espiritual, aunque entrambas las debes abrazar conforme a tus fuerzas y las ocasiones que tuvieres, pero en la caridad y beneficios espirituales has de obrar siempre extendiéndote a grandes cosas, como el Señor lo quiere, con oraciones, peticiones, ejercicios y también con exhortaciones prudentes y santas, procurando por estos medios la salud espiritual de las almas. Acuérdate que mi Hijo y Señor a ninguno hizo beneficio temporal, que dejase de hacersele espiritual, y fuera menor perfección de sus divinas obras no hacerlas con esta plenitud. Y de esto entenderás cuánto se deben preferir los beneficios del alma a los del cuerpo, y éstos has de pedir siempre con atención y condición de ponerlos en primer lugar, aunque los hombres terrenos de ordinario piden a ciegas los bienes temporales, olvidando los eternos y los que tocan a la verdadera amistad y gracia del Altísimo.

1178. Las virtudes de la humildad y obediencia quedaron engrandecidas en mi Hijo santísimo con lo que hizo y enseñó lavando los pies de sus discípulos. Y si con la luz interior que tienes de este raro ejemplo no te humillares más que el polvo, muy duro será tu corazón y muy indócil a la ciencia del Señor. Queda, pues, entendida desde ahora, que nunca digas ni imagines te has humillado dignamente, aunque seas

despreciada y te halles a los pies de todas las criaturas, por pecadores que sean, pues ninguna será peor que Judas Iscariotes, ni tú puedes ser como tu Maestro y Señor. Con todo esto, si merecieras que te favorezca y honre con esta virtud de la humildad, será darte un género de perfección y proporción con que sea digna del título de esposa suya y participes alguna igualdad con Él mismo. Y sin esta humildad ninguna alma puede ser levantada a tal excelencia y participación, porque lo alto antes se debe abatir y lo humillado es lo que se puede y debe levantar (Mt 23, 12), y siempre es levantada el alma en correspondencia de lo que se humilla y aniquila.

1179. Porque no pierdas esta joya de la humildad cuando piensas que la guardas, te advierto que su ejercicio ni se ha de anteponer a la obediencia, ni se ha de regular entonces por el propio dictamen, sino por el superior; porque si antepones tu propio juicio al de quien te gobierna, aunque lo hagas con color de humillarte, vendrás a ser soberbia, pues no sólo no te pones en el ínfimo lugar, sino que te levantas sobre el juicio de quien es tu superior. De aquí quedarás advertida del engaño que puedes padecer encogiéndote, como San Pedro, para no admitir los favores y beneficios del Señor, con que te privas no sólo de los dones y tesoros que resistes sino de la misma humildad, que es el mayor y que tú pretendes, y del agradecimiento que debes de los altos fines que el Señor tiene siempre en estas obras y de la exaltación de su nombre. No te toca a ti entrar a la parte de sus juicios ocultos e inescrutables, ni a corregirlos por tus razones y causas, por las que te juzgas indigna de recibir tales favores o hacer tales obras. Todo esto es semilla de la soberbia de Lucifer, simulada con aparente humildad, con que pretende hacerte incapaz de la participación del Señor, de sus dones y amistad, que tanto tú deseas. Sea, pues, ley inviolable que, en aprobándote tus confesores y prelados los beneficios y

favores del Señor, los creas y admitas, los estimes y agradezcas con digna reverencia y no andes vacilando con nuevas dudas ni temores, sino obra con fervor y serás humilde, obediente y mansa.

CAPITULO 11

Celebra Cristo nuestro Salvador la cena sacramental, consagrando en la Eucaristía su sagrado y verdadero cuerpo y sangre, las oraciones y peticiones que hizo, comulgó a su Madre santísima y otros misterios que sucedieron en esta ocasión.

1180. Cobarde llevo a tratar de este misterio de misterios de la inefable Eucaristía y lo que sucedió en su institución, porque levantando los ojos del alma a recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantas maravillas y sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez, que en ella misma se me manifiesta. Túrbanse mis potencias, y no hallo ni puedo formar razones adecuadas para explicar lo que veo y manifiesta mi concepto, aunque tan inferior al objeto del entendimiento. Pero hablaré como ignorante en los términos y como inhábil en las potencias, por no faltar a la obediencia y para tejer la Historia continuando lo que en estas maravillas obró la gran Señora del mundo María santísima. Y si no hablare con la propiedad que pide la materia, discúlpeme mi condición y admiración, que no es fácil descender a las palabras exteriores y propias cuando sólo con afectos desea la voluntad suplir el defecto de su entender y gozar a solas de lo que ni puede manifestar ni conviene.

1181. La cena legal celebró Cristo nuestro bien recostado en tierra con los Apóstoles, sobre una mesa o tarima que se levantaba del suelo poco más de seis o siete dedos, porque ésta era la costumbre de los judíos. Y

acabado el lavatorio, mandó Su Majestad preparar otra mesa alta como ahora usamos para comer, dando fin con esta ceremonia a las cenas legales y cosas ínfimas y figurativas y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia; y de aquí comenzó el consagrar en mesa o altar levantado que permanece en la Iglesia Católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica y sobre ella pusieron un plato o salvilla y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme a la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenía y disponía todo. Y el dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Y después usaron de ellos los Sagrados Apóstoles para consagrar cuando pudieron y fue tiempo oportuno y conveniente. Sentóse a la mesa Cristo nuestro bien con los doce Apóstoles y algunos otros discípulos y pidió le trajesen **pan cenceño de trigo puro sin levadura y púsolo sobre el plato, y vino puro de que preparó el cáliz con lo que era menester.**

1182. Hizo luego el Maestro de la vida una plática regaladísima a sus Apóstoles, y sus palabras divinas, que siempre eran penetrantes hasta lo íntimo del corazón, en esta plática fueron como rayos encendidos del fuego de la caridad que los abrasaba en esta dulce llama. Manifestóles de nuevo altísimos misterios de su divinidad y humanidad y obras de la Redención. Encomendóles la paz y unión de la caridad y se la dejó vinculada en aquel sagrado misterio que disponía obrar. Ofrecióles que amándose unos a otros los amaría su Eterno Padre como le amaba a él. Dióles inteligencia de esta promesa y que los había escogido para fundar la nueva Iglesia y Ley de Gracia. Renovóles la luz interior que tenían de la suprema dignidad, excelencia y prerrogativas de su purísima Madre Virgen. Y de todos estos misterios fue más ilustrado San Juan Evangelista, por el oficio a que

estaba destinado. Pero la gran Señora desde su retiro y divina contemplación miraba todo lo que su Hijo santísimo iba obrando en el Cenáculo y con profunda inteligencia lo penetraba y entendía más que todos los Apóstoles y los Ángeles juntos, que asistían, como arriba queda dicho (Cf. supra n. 1163)), en figura corpórea adorando a su verdadero Señor, Rey y Criador suyo. Fueron traídos por los mismos Ángeles al Cenáculo Enoc y Elías del lugar donde estaban, disponiendo el Señor que estos dos Padres de la ley natural y escrita se hallasen presentes a la nueva maravilla y fundación de la Ley Evangélica y participasen de sus misterios admirables.

1183. Estando juntos todos los que he dicho (Cf. supra n. 979, 1099), esperando con admiración lo que hacía el Autor de la vida, apareció en el Cenáculo la persona del Eterno Padre y la del Espíritu Santo, como en el Río Jordán y en el Tabor. Y de esta visión, aunque todos los Apóstoles y discípulos sintieron algún efecto, sólo algunos la vieron, en especial el Evangelista San Juan, que siempre tuvo vista de águila penetrante y privilegiada en los divinos misterios. Trasládose todo el cielo al Cenáculo de Jerusalén, que tan magnífica fue la obra con que se fundó la Iglesia del Nuevo Testamento, se estableció la Ley de Gracia y se previno nuestra salvación eterna. Y para entender las acciones que hacía el Verbo humanado, advierto que, como tenía dos naturalezas, la divina y la humana, entrambas en una persona, que era la del Verbo, por esto las acciones de entrambas naturalezas se atribuyen y se dicen o predicán de una misma persona, como también la misma se llama Dios y hombre; y conforme a esto, cuando digo que hablaba y oraba el Verbo humanado a su Eterno Padre, no se entiende que hablaba ni oraba con la naturaleza divina, en que era igual con el Padre, sino en la humana, en que era menor, porque consta como nosotros de alma y cuerpo. En esta forma Cristo nuestro bien en el Cenáculo

confesó con alabanza y magnificencia a su Eterno Padre por su divinidad y ser infinito y pidiendo luego por el linaje humano oró y dijo:

1184. Padre mío y Dios eterno, yo te confieso, te alabo y magnifico en el ser infinito de tu divinidad incomprensible, en la cual soy una misma cosa contigo y con el Espíritu Santo, engendrado *ab aeterno* por tu entendimiento como figura de tu sustancia y tu imagen de tu misma individua naturaleza. La obra de la Redención humana, que me encomendaste en la misma naturaleza que tomé en el vientre virginal de mi Madre, quiero consumir y darle la suma perfección y plenitud de tu divino beneplácito y pasar de este mundo a tu diestra y llevar a ti a todos aquellos que me diste (Jn 17, 12), sin que se pierda alguno en cuanto a nuestra voluntad y suficiencia de su remedio. Mis delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8, 31) y en mi ausencia quedarán huérfanos y solos si los dejo sin mi asistencia no quedándome con ellos. Quiero, Padre mío, dejarles prendas ciertas y seguras de mi inextinguible amor y de los premios eternos que les tienes aparejados. Quiero dejarles memoria indefectible de lo que por ellos he obrado y padecido. Quiero que hallen en mis merecimientos remedio fácil y eficaz del pecado que participaron en la inobediencia del primer hombre y restaurar copiosamente el derecho que perdieron a la felicidad eterna para que fueron criados.

1185. Y porque serán pocos los que se conservarán en esta justicia, es necesario que les queden otros remedios con que la puedan restaurar y acrecentar, recibiendo de nuevo altísimos dones y favores de tu inefable clemencia, para justificarlos y santificarlos por diversos medios y caminos en el estado de su peligrosa peregrinación. Nuestra voluntad eterna, con que determinamos su creación de la nada para ser y tener existencia, fue para

comunicarles nuestra divinidad, perfecciones y eterna felicidad, y tu amor, que fue el que a mí me obligó a nacer pasible y humillarme por ellos hasta la muerte de cruz (Flp 2, 8), no se contenta ni satisface si no inventa nuevos modos de comunicarse a los hombres según su capacidad y nuestra sabiduría y poder. Esto ha de ser en señales visibles y sensibles, proporcionadas a la sensible condición de los hombres, y que tengan efectos invisibles, que participe su espíritu invisible e inmaterial.

1186. Para estos altísimos fines de vuestra exaltación y gloria pido, Señor y Padre mío, el *fiat* de vuestra voluntad eterna en mi nombre y de todos los pobres y afligidos hijos de Adán. Y si provocan sus culpas a vuestra justicia, su miseria y necesidad llama a vuestra infinita misericordia. Y con ella interpongo yo todas mis obras de la humanidad unida con lazo indisoluble a mi divinidad: la obediencia con que acepté ser pasible hasta morir, la humildad con que me sujeté a los hombres y a sus depravados juicios y la pobreza y trabajos de mi vida, mis afrentas y pasión, la muerte y el amor con que todo lo he admitido por tu gloria y porque seas conocido y adorado de todas las criaturas capaces de tu gracia y de tu gloria. Tú, Señor y Padre mío, me hiciste hermano de los hombres y su cabeza y de todos los electos que de nuestra divinidad han de gozar con nosotros para siempre, para que como hijos sean herederos conmigo de tus bienes eternos y como miembros participasen el influjo de la cabeza que les quiero comunicar, según el amor que como a hermano les tengo; y quiero, cuanto es de mi parte, traerlos conmigo a tu amistad y participación en que fueron formados en su cabeza natural el primer hombre.

1187. Con este inmenso amor dispongo, Señor y Padre mío, que todos los mortales desde ahora puedan ser reengendrados con el Sacramento del Bautismo en tu

amistad y gracia con plenitud y le puedan recibir luego que participen de la luz y sin propia voluntad, manifestándola por ellos otros para que renazcan en la de tu aceptación. Sean desde luego herederos de tu gloria, queden señalados por hijos de mi Iglesia con interior señal que no la pierdan, queden limpios de la mácula del pecado original, reciban los dones de las virtudes fe, esperanza y caridad, con que puedan obrar como hijos, conociéndote, esperando y amándote por ti mismo. Reciban también las virtudes con que detengan y gobiernen las pasiones desordenadas por el pecado y conozcan sin engaño el bien y el mal. Sea este sacramento la puerta de mi Iglesia y el que los haga capaces para los demás sacramentos y para nuevos favores y beneficios de nuestra gracia. Dispongo también que tras este sacramento reciban otro en que sean ratificados y confirmados en la fe santa que han profesado y han de profesar y la puedan defender con fortaleza llegando al uso de la razón. Y porque la fragilidad humana desfallecerá fácilmente en la observancia de mi ley y no sufre mi caridad dejarla sin remedio fácil y oportuno, quiero que sirva para esto el Sacramento de la Penitencia, donde reconociendo sus culpas con dolor y confesándolas se restituyan al estado de la justicia y continúen los merecimientos de la gloria que les tengo prometida y no queden triunfando Lucifer y sus secuaces de haberlos apartado luego del estado y seguridad en que los puso el Bautismo.

1188. Justificados los hombres por medio de estos Sacramentos, estarán capaces de la suma participación y amor que conmigo pueden tener en el destierro de su vida mortal, y ésta ha de ser recibíendome sacramentado en su pecho por inefable modo en especies de pan y vino, y en las del pan dejaré mi cuerpo y en las del vino dejaré mi sangre. En cada uno estaré todo real y verdaderamente, aunque así dispongo este sacramento

misterioso de la Eucaristía, porque me doy en forma de alimento proporcionado a la condición humana y al estado de los viadores, por quien obro estas maravillas y con quienes estaré por este modo hasta el fin de los siglos venideros. Y para que tengan otro Sacramento que los purifique y defienda cuando los mismos hombres lleguen al término de vida, les ordeno el Sacramento de la Unción Extrema [de los enfermos], que también será alguna prenda de su resurrección en los mismos cuerpos señalados con este Sacramento. Y porque todos se ordenan a santificar los miembros del Cuerpo Místico de mi Iglesia, en la cual se ha de guardar sumo concierto y orden dando a cada uno el grado conveniente a su ministerio, y quiero que los ministros de estos Sacramentos tengan Orden en otro que los pongo en el supremo grado de Sacerdotes, respecto de todos los otros fieles, y que sirva para esto el Sacramento de la Orden, que los señale, distinga y santifique con particular excelencia; y aunque todos la recibirán de mí, quiero que sea por medio de una cabeza que sea mi Vicario y represente mi Persona y sea el supremo Sacerdote, en cuya voluntad deposito las llaves del cielo y todos le obedezcan en la tierra. Y para más perfección de mi Iglesia ordeno el último Sacramento, de Matrimonio, que santifique el vínculo natural que se ordena a la propagación humana, y queden todos los grados de la Iglesia ricos y adornados de mis infinitos merecimientos. Esta es, Eterno Padre, mi última voluntad, en que hago herederos a todos los mortales de mis merecimientos, vinculándolos en mi nueva Iglesia, donde los dejo depositados.

1189. Esta oración hizo Cristo nuestro Redentor en presencia de los Apóstoles, pero sin demostración exterior. Pero la beatísima Madre, que desde su retiro le miraba y acompañaba en ella, se postró en tierra y ofreció al Eterno Padre como Madre las peticiones de su

Hijo. Y aunque no podía añadir intensivamente cosa meritoria a las obras de su santísimo Hijo, con todo eso, como era su coadjutora, se extendió a ella esta petición, como en otras ocasiones, fomentando de su parte a la misericordia para que el Eterno Padre no mirase a su Unigénito sólo, pero siempre en compañía de su Madre. Y así los miró a entrambos y aceptó las oraciones y peticiones respectivamente de Hijo y Madre por la salvación de los hombres. Hizo otra cosa la Reina en esta ocasión, porque se la remitió a ella su Hijo santísimo. Y para entenderla, se advierta que Lucifer estuvo presente al lavatorio de los Apóstoles, como queda dicho en el capítulo pasado, y de lo que vio hacer a Cristo nuestro bien y que no le permitió a él salir del Cenáculo, colegía su astucia que disponía el Señor alguna obra grande en beneficio de los Apóstoles; y aunque se reconocía este Dragón muy debilitado y sin fuerzas contra el mismo Redentor, con todo esto con implacable furor y soberbia quiso investigar aquellos misterios para intentar contra ellos alguna maldad. Vio la gran Señora este conato de Lucifer y que le remitía su Hijo santísimo esta causa; encendida con el celo y amor de la gloria del Muy Alto y con potestad de Reina, mandó al dragón y a todas sus cuadrillas que al punto saliesen del Cenáculo y descendiesen al profundo del infierno.

1190. Diole nueva virtud a María santísima para esta hazaña el brazo del Omnipotente, por la rebeldía de Lucifer, que ni él ni sus demonios pudieron resistir y así fueron lanzados a las cavernas infernales hasta que se les dio nuevo permiso para que saliesen y se hallasen a la pasión y muerte de nuestro Redentor, donde con ella habían de quedar del todo vencidos y desengañados de que Cristo era el Mesías y Redentor del mundo, Dios y hombre verdadero. Y de aquí se entenderá cómo Lucifer y los demonios estuvieron presentes a la cena legal y lavatorio de los pies de los Apóstoles y después a toda la

pasión, pero no estuvieron en la institución de la Sagrada Eucaristía, ni en la comunión que entonces hicieron y dio Cristo nuestro Señor. Levantóse luego la gran Reina a más alto ejercicio y contemplación de los misterios que se prevenían, y los Santos Ángeles, como a valerosa y nueva Judit, le cantaron la gloria de este gran triunfo contra el Dragón infernal. Al mismo tiempo hizo Cristo nuestro bien otro cántico, confesando y dando gracias al Eterno Padre por las peticiones que le había concedido en beneficio de los hombres.

1191. Precediendo todo lo que he dicho, tomó en sus manos venerables Cristo bien nuestro el pan que estaba en el plato y, pidiendo interiormente licencia y dignación para obligar al Altísimo a que entonces y después en la Santa Iglesia, en virtud de las palabras que había de pronunciar, se hiciese presente real y verdaderamente en la hostia como quien las obedecía, levantó los ojos al cielo con semblante de tanta majestad, que a los Apóstoles, a los Ángeles y a la misma Madre Virgen les causó nuevo temor reverencial. Y luego pronunció las palabras de la consagración sobre el pan, dejándole convertido **transubstancialmente en su verdadero cuerpo, y la consagración del vino pronunció sobre el cáliz y convirtiéndole en su verdadera sangre. Al mismo punto que acabó Cristo Señor nuestro de pronunciar las palabras, respondió el Eterno Padre: Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi agrado y le tendré hasta el fin del mundo, y estará Él con los hombres el tiempo que les durare su destierro. Esto mismo confirmó también la persona del Espíritu Santo. Y la humanidad santísima de Cristo en la persona del Verbo hizo profunda reverencia a la divinidad en el sacramento de su cuerpo y sangre. Y la Madre Virgen desde su retiro se postró en tierra y adoró a su Hijo sacramentado con incomparable reverencia. Luego le adoraron los Ángeles de su custodia y con ellos hicieron lo mismo todos los Ángeles del cielo,**

y tras los santos espíritus le adoraron Enoc y Elías en su nombre y en el de los antiguos Patriarcas y Profetas de las leyes natural y escrita, cada uno respectivamente.

1192. Todos los apóstoles y discípulos, porque tuvieron fe de este gran misterio, excepto el traidor Judas Iscariotes, le adoraron con ella con profunda humildad y veneración, cada uno según su disposición. Luego nuestro gran sacerdote Cristo levantó en alto su mismo cuerpo y sangre consagrados, para que de nuevo le adorasen todos los que asistían a esta Misa nueva, y así lo hicieron todos. Y en esta elevación fue más ilustrada su purísima Madre, y San Juan Evangelista, Enoc y Elías, para conocer por especial modo cómo en las especies del pan estaba el sagrado cuerpo y en las del vino la sangre, y en entrambas todo Cristo vivo y verdadero, por la unión inseparable de su alma santísima y su cuerpo y sangre, y cómo estaba la divinidad, y en la persona del Verbo la del Padre y del Espíritu Santo, y por estas uniones y existencias, inseparables concomitancias, quedaban en la Eucaristía todas las tres personas, con la perfecta humanidad de Cristo Señor nuestro. Esto conoció con más alteza la divina Señora y los demás en sus grados. Conocieron también la eficacia de las palabras de la consagración y cómo tenían ya virtud divina para que, pronunciadas con la intención de Cristo por cualquiera de los sacerdotes presentes y futuros en la debida materia, convirtiesen la sustancia del pan [de trigo puro] en su cuerpo y la del vino [de vid puro] en su sangre, dejando a los accidentes sin sujeto y con nuevo modo de subsistir sin perderse; y esto con tal certeza y tan infalible, que antes faltará el cielo y la tierra, que falte la eficacia de esta forma de consagrar, debidamente pronunciada por el ministro y sacerdote de Cristo.

1193. Conoció también por especial visión nuestra divina Reina cómo estaba el Sagrado Cuerpo de Cristo

nuestro Señor escondido debajo de los accidentes del pan y vino, sin alterarlos, ni ellos a él, porque ni el cuerpo puede ser sujeto suyo, ni ellos pueden ser formas del cuerpo. Ellos están con la misma extensión y calidades antes y después, ocupando el mismo lugar, como se conoce en la hostia consagrada; y el cuerpo sagrado está con modo indivisible, aunque tiene toda su grandeza, sin confundirse una parte con otra, y está todo en toda la hostia y todo en cualquiera parte, sin que la hostia le ensanche ni limite, ni el cuerpo a la hostia; porque ni la extensión propia del cuerpo tiene respecto a la de las especies accidentales, ni la de las especies pende del cuerpo santísimo, y así tienen diferente modo de existencia, y el cuerpo se penetra con la cantidad de los accidentes sin que le impidan. Y aunque naturalmente con su extensión pedía diferente lugar y espacio la cabeza de las manos y éstas del pecho y así las demás, pero con el poder divino se pone el cuerpo consagrado con esta grandeza en un mismo lugar, porque entonces no tiene respecto al espacio extendido que naturalmente ocupa, y de todos estos respectos se absuelve, porque sin ellos puede ser cuerpo cuantitativo. Y tampoco está en un lugar sólo ni en una hostia, sino en muchas juntamente, aunque sean sin número las hostias consagradas.

1194. Entendió asimismo que el sagrado cuerpo, aunque no tenía dependencia natural de los accidentes en el modo que he dicho, pero con todo eso no se conservaría en ellos sacramentado más del tiempo que durasen sin corromperse los accidentes del pan y del vino, porque así lo ordenó la voluntad santísima de Cristo, autor de estas maravillas. Y ésta fue como una dependencia voluntaria y moral de la existencia milagrosa de su cuerpo y sangre con la existencia incorrupta de los accidentes. Y cuando ellos se corrompen y destruyen por las causas naturales que

pueden alterarlos, como sucede después de recibido el sacramento, que el calor del estómago los altera y corrompe, o por otras causas que pueden hacer lo mismo, entonces cría Dios de nuevo otra sustancia en el último instante en que las especies están dispuestas para recibir la última transmutación, y con aquella nueva sustancia, faltando ya la existencia del cuerpo sagrado, se hace la nutrición del cuerpo que se alimenta y se introduce la forma humana que es el alma. Y esta maravilla de criar nueva sustancia que reciba los accidentes alterados y corruptos, es consiguiente a la determinación de la voluntad divina de no permanecer el cuerpo con la corrupción de los accidentes, y también al orden de la naturaleza, porque la sustancia del hombre que se alimenta, no puede acrecentarse sino con otra sustancia que se le añade de nuevo, y los accidentes no pueden continuarse en esta sustancia.

1195. Todos estos y otros milagros recopiló la diestra del Omnipotente en este Augustísimo Sacramento de la Eucaristía, y todos los entendió la Señora del cielo y tierra y los penetró profundamente, y en su modo San Juan Evangelista y los Padres que allí estaban de la ley antigua y los Apóstoles entendieron muchos de ellos. Conociendo este beneficio común y tan grande la purísima Madre, conoció también la ingratitud que los mortales habían de tener de tan inefable misterio, fabricado para su remedio, y tomó por su cuenta desde entonces recompensar y suplir con todas sus fuerzas nuestra grosería y desagradecimiento, dando ella las gracias al Eterno Padre y a su Hijo santísimo por tan rara maravilla y favor del linaje humano. Y esta atención le duró toda la vida y muchas veces lo hacía derramando lágrimas de sangre de su ardentísimo corazón para satisfacer nuestro reprehensible y torpe olvido.

1196. Mayor admiración me causa lo que sucedió

al mismo Jesús nuestro bien, que habiendo levantado el santísimo sacramento para que le adorasen los discípulos, como he dicho (Cf. supra n. 1192), le dividió con sus sagradas manos y se comulgó a sí mismo el primero, como primero y sumo sacerdote. Y reconociéndose, en cuanto hombre, inferior a la divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilló, encogió y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debía recibir su sagrado cuerpo; la otra, el dolor que sentía de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían a recibir y tratar este altísimo y eminente Sacramento. Los efectos que hizo la comunión en el Cuerpo de Cristo nuestro bien fueron divinos y admirables, porque por un breve espacio redundaron en Él los dotes de gloria de su alma santísima como en el Tabor, pero esta maravilla sólo fue manifiesta a su purísima Madre y algo conocieron San Juan, Enoc y Elías. Y con este favor se despidió la humanidad santísima de recibir descanso y gozo hasta la muerte en la parte inferior. También vio la Virgen Madre con especial visión cómo se recibía Cristo su Hijo santísimo a sí mismo sacramentado y cómo estuvo en su divino pecho el mismo que se recibía. Y todo esto hizo grandiosos efectos en nuestra Reina y Señora.

1197. Hizo Cristo nuestro bien en comulgándose un cántico de alabanzas al Eterno Padre y se ofreció a sí mismo sacramentado por la salvación humana, y luego partió otra partícula del pan consagrado y la entregó al Arcángel San Gabriel, para que la llevase y comulgase a María santísima. Quedaron los Santos Ángeles con este favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad Sacerdotal tan excelente les tocase a los hombres y no a ellos, y sólo el haber tenido en sus manos en forma humana el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y nuevo gozo a todos.

Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada comunión, cuando llegó San Gabriel con otros innumerables Ángeles, y de la mano del santo príncipe la recibió la primera después de su Hijo santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el santísimo Sacramento en el pecho de María santísima y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera Misa, como diré adelante (Cf. infra p. III n. 112); porque ordenó el todopoderoso Señor esta maravilla así, para consuelo de la gran Reina y también para cumplir de antemano por este modo la promesa hecha después a su Iglesia, que estaría con los hombres hasta el fin del siglo (Mt 28, 20), porque después de su muerte no podía estar su humanidad santísima en la Iglesia por otro modo, mientras no se consagraba su cuerpo y sangre. Y en María purísima estuvo depositado este maná verdadero como en arca viva, con toda la ley evangélica, como antes las figuras en el arca de Moisés. Y en todo el tiempo que pasó hasta la nueva consagración no se consumieron ni alteraron las especies sacramentales en el pecho de esta Señora y Reina del cielo. Dio gracias al Eterno Padre y a su Hijo santísimo con nuevos cánticos a imitación de lo que el Verbo divino encarnado había hecho.

1198. Después de comulgada la divina Princesa, dio nuestro Salvador el pan sacramentado a los Apóstoles y les mandó que entre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo recibieron, y les dio en estas palabras la dignidad sacerdotal, que comenzaron a ejercer comulgándose cada uno a sí mismo con suma reverencia, derramando copiosas lágrimas y dando culto al cuerpo y sangre de nuestro Redentor que habían

recibido. Quedaron con preeminencia de antigüedad en la potestad de Sacerdotes, como fundadores que habían de ser de la Iglesia evangélica. **Luego San Pedro, por mandado de Cristo nuestro Señor, tomó otras partículas consagradas y comulgó a los dos padres antiguos Enoc y Elías. Y con el gozo y efectos de esta comunión quedaron estos dos Santos confortados de nuevo para esperar la visión beatífica, que tantos siglos se les dilataba por la voluntad divina, y esperar hasta el fin del mundo.** Dieron los dos Patriarcas fervientes alabanzas y humildes gracias al Todopoderoso por este beneficio y fueron restituidos a su lugar por ministerio de los Santos Ángeles. Esta maravilla ordenó el Señor, para dar prendas y participación de su encarnación, redención y resurrección general a las leyes antiguas, natural y escrita, porque todos estos misterios encierra en sí el Sacramento de la Eucaristía, y dándoseles a los dos **varones santos Enoc y Elías, que estaban vivos en carne mortal,** se extendió esta participación a los dos estados de la ley natural y escrita, porque los demás que le recibieron pertenecían a la nueva ley de gracia, cuyos padres eran los Apóstoles. Así lo conocieron los dos santos Enoc y Elías y en nombre de los demás santos de sus leyes dieron gracias a su Redentor y nuestro por este oculto beneficio.

1199. Otro milagro muy secreto sucedió en la comunión de los Apóstoles, y esto fue que el pérfido y traidor Judas Iscariotes, viendo lo que su divino Maestro disponía mandándoles comulgar, determinó como infiel no hacerlo, sino reservar el sagrado cuerpo, si pudiese ocultamente, para llevarle a los pontífices y fariseos y decirles que quién era su Maestro, pues decía que aquel pan era su mismo cuerpo y ellos lo acriminasen por gran delito, y si no pudiese conseguir esto, intentaba hacer algún otro vituperio del divino Sacramento. La Señora y Reina del cielo, que por visión clarísima estaba mirando

todo lo que pasaba y la disposición con que interior y exteriormente recibían los Apóstoles la Sagrada Comunión y sus efectos y afectos, vio también los execrables intentos del obstinado Judas Iscariotes. Encendióse toda en el celo de la gloria de su Señor, como Madre, como Esposa y como Hija y, conociendo era voluntad suya que usase en aquella ocasión de la potestad de Madre y Reina, mandó a sus Ángeles que sucesivamente sacasen a Judas Iscariotes de la boca el pan y vino consagrado y lo restituyesen a donde estaba lo demás sacramentado, porque en aquella ocasión le tocaba defender la honra de su Hijo santísimo, para que Judas Iscariotes no le injuriase como intentaba con aquella nueva ignominia que maquinaba. Obedecieron los Ángeles y cuando llegó a comulgar el pésimo de los vivientes Judas Iscariotes le sacaron las especies sacramentales, una tras de otra, de la boca y, purificándolas de lo que habían recibido en aquel inmundísimo lugar, las redujeron a su primera disposición y las colocaron ocultamente entre las demás, celando siempre el Señor la honra de su enemigo y obstinado apóstol. Después recibieron estas especies los que fueron comulgando tras de Judas Iscariotes por sus antigüedades, porque ni él fue el primero ni el último que comulgó, y los Ángeles Santos lo ejecutaron en brevísimo espacio. Hizo nuestro Salvador gracias al Eterno Padre y con esto dio fin a los misterios de la cena legal y sacramental y principio a los de su pasión, que diré en los capítulos siguientes. La Reina de los cielos continuaba en la atención, admiración de todos y en los cánticos de alabanza y magnificencia al altísimo Señor.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1200. ¡Oh hija mía, si los profesores de la santa fe católica abriesen los corazones endurecidos y pesados, para recibir la verdadera inteligencia del sagrado

misterio y beneficio de la Eucaristía! ¡Oh, si desahogados y abstraídos de los afectos terrenos y moderando sus pasiones, aplicasen la fe viva para entender en la divina luz su felicidad, en tener consigo a Dios eterno sacramentado y poderle recibir y frecuentar, participando los efectos de este divino maná del cielo, si dignamente conociesen esta gran dádiva, si estimasen este tesoro, si gustasen su dulzura, si participasen en ella la virtud oculta de su Dios omnipotente, nada les quedaba que desear ni que temer en su destierro! No deben querellarse los mortales en el dichoso siglo de la ley de gracia, que les afligen su fragilidad y sus pasiones, pues en este pan del cielo tienen a la mano la salud y la fortaleza; no de que son tentados y perseguidos del demonio, pues con el buen uso de este Sacramento inefable le vencerán gloriosamente, si para esto dignamente le frecuentan. Culpa es de los fieles no atender a este misterio y valerse de su virtud infinita para todas sus necesidades y trabajos, que para su remedio le ordenó mi Hijo santísimo. Y de verdad te digo, carísima, que tienen Lucifer y sus demonios tal temor a la presencia de la Eucaristía, que el acercarse a ella les causa mayores tormentos que estar en el infierno. Y aunque entran en los templos para tentar a las almas, esto hacen como violentándose a padecer crueles penas, a trueque de derribar una alma y atraerla a que cometa un pecado, y más en los lugares sagrados y presencia de la Eucaristía. Y por alcanzar este triunfo los compele su indignación, que tienen contra Dios y contra las almas, para que se expongan a padecer aquel nuevo tormento de estar cerca de Cristo mi Hijo santísimo sacramentado.

1201. Y cuando le llevan en procesión por las calles, de ordinario huyen y se alejan a toda prisa, y no se atrevieran a acercarse a los que le van acompañando, si no fuera por la confianza que tienen, con tan larga experiencia, de que vencerán a algunos, para que

pierdan la reverencia al Señor. Y por esto trabajan mucho en tentar en los Templos, porque saben cuánta injuria se hace en esto al mismo Señor que está sacramentado por amor, para aguardar a santificar los hombres y a que le den el retorno de su amor dulcísimo y demostrativo con tantas finezas. Por esto entenderás el poder que tiene quien dignamente recibe este pan sagrado de los ángeles contra los demonios y cómo temerían a los hombres si le frecuentasen con devoción y pureza, procurándose conservar en ella hasta otra comunión. Pero son muy pocos los que viven con este cuidado y el enemigo está alerta acechando y procurando que luego se olviden, entibien y distraigan, para que no se valgan contra ellos de armas tan poderosas. Escribe esta doctrina en tu corazón, y porque, sin merecerlo tú, ha ordenado el Altísimo, por medio de la obediencia, que cada día participes de este sagrado Sacramento recibéndole, trabaja por conservarte en el estado que te pones para una comunión hasta que hagas otra, porque la voluntad de mi Señor y la mía es que con este cuchillo pelees las guerras del Altísimo en nombre de la Santa Iglesia contra los enemigos invisibles, que hoy tienen afligida y triste a la Señora de las gentes (Lam 1, 1), sin haber quien la consuele ni dignamente lo considere. Lloro por esta causa y divídase tu corazón de dolor, porque **estando el omnipotente y justo Juez tan indignado contra los católicos, por haber irritado su justicia con los pecados tan desmedidos y repetidos debajo de la santa fe que profesan, no hay quien considere, pese y tema tan grande daño, ni se disponga al remedio que pudieran solicitar con el buen uso del divino sacramento de la Eucaristía y llegando a él con corazones contritos y humillados y con mi intercesión.**

1202. En esta culpa, que en todos los hijos de la Iglesia es gravísima, son más reprobables los indignos y malos sacerdotes, porque de la irreverencia con que ellos

tratan al santísimo sacramento del altar han tomado ocasión los demás católicos para despreciarle. Y si el pueblo viera que los sacerdotes se llegaban a los divinos misterios con temor y temblor reverencial, conocieran que con el mismo habían de tratar todos y recibir a su Dios sacramentado. Y los que así lo hacen, resplandecen en el cielo como el sol entre las estrellas, porque de la gloria de mi Hijo santísimo en su humanidad, a los que le trataron y recibieron con toda reverencia, les redunda especial luz y resplandor de gloria, el cual no tienen los que no han frecuentado con devoción la Sagrada Eucaristía. Y a más de esto tendrán después sus cuerpos gloriosos unas señales o divisas en el pecho, donde le recibieron, muy brillantes y hermosísimas, en testimonio de que fueron dignos tabernáculos del santísimo sacramento cuando lo recibieron. Esto será de gran gozo accidental para ellos y júbilo de alabanza para los ángeles y admiración para todos. Recibirán también otro premio accidental, porque entenderán y verán con especial inteligencia el modo con que está mi Hijo santísimo en la Eucaristía y todos los milagros que en ella se encierran, y será tan grande el gozo, que sólo él bastará para recrearlos eternamente cuando no tuvieran otro en el cielo. Pero la gloria esencial de los que con digna devoción y pureza recibieron la Eucaristía igualará y en muchos excederá a la que tienen algunos Mártires que no le recibieron.

1203. Quiero también, hija mía, que de mi boca oigas lo que yo juzgaba de mí, cuando en la vida mortal había de recibir a mi Hijo y Señor sacramentado. Y para que mejor lo entiendas renueva en tu memoria todo lo que has entendido y conocido de mis dones, gracia, obras y merecimientos de mi vida, como te la he manifestado (Cf. supra p. I n. 229, 237 y passim) para que lo escribas. Fui preservada en mi concepción de la culpa original y en aquel instante tuve la noticia y visión de la divinidad que

muchas veces has repetido, tuve mayor ciencia que todos los santos, excedí en amor a los supremos serafines, nunca cometí culpa actual, siempre ejercité todas las virtudes heroicamente y la menor de ellas fue más que lo supremo de los otros muy santos en lo último de su santidad, los fines de todas mis obras fueron altísimos, los hábitos y dones sin medida y tasa, imité a mi Hijo santísimo con suma perfección, trabajé fielmente, padecí animosa y cooperé con todas las obras del Redentor en el grado que me tocaba y jamás cesé de amarle y merecer aumentos de gracia y gloria en grado eminentísimo. Pues todos estos méritos juzgué que se me habían pagado dignamente con sola una vez que recibí su Sagrado Cuerpo en la Eucaristía, y aun no me juzgaba digna de tan alto beneficio. Considera tú ahora, hija mía, lo que tú y los demás hijos de Adán debéis pensar llegando a recibir este admirable Sacramento. Y si para el mayor de los santos fuera premio superabundante sola una comunión, ¿qué deben sentir y hacer los Sacerdotes y los fieles que la frecuentan? Abre tú los ojos entre las densas tinieblas y ceguedad de los hombres y levántalos a la divina luz, para conocer estos misterios. Juzga tus obras por desiguales y párvulas, tus méritos por muy limitados, tus trabajos por levísimos y tu agradecimiento por muy inferior y corto para tan raro beneficio como tener la Iglesia Santa a Cristo mi Hijo santísimo sacramentado y deseoso de que todos le reciban para enriquecerlos. Y si no tienes digna retribución que ofrecerle por este bien y los que recibes, por lo menos humíllate hasta el polvo y pégate con él y confiésate indigna con toda la verdad del corazón, magnifica al Altísimo, bendícele y alábale, estando siempre preparada para recibirle con fervientes afectos y padecer muchos martirios por alcanzar tan grande bien.

CAPITULO 12

La oración que hizo nuestro Salvador en el huerto y sus misterios y lo que de todos conoció su Madre santísima.

1204. Con las maravillas y misterios que nuestro Salvador Jesús obró en el Cenáculo dejaba dispuesto y ordenado el reino que el Eterno Padre con su voluntad inmutable le había dado. Y entrada ya la noche que sucedió al jueves de la cena, determinó salir a la penosa batalla de su pasión y muerte, en que se había de consumir la redención humana. Salió Su Majestad del aposento donde había celebrado tantos misterios milagrosos y al mismo tiempo salió también su Madre santísima de su retiro para encontrarse con Él. Llegaron a carearse el Príncipe de las eternidades y la Reina, traspasando el corazón de entrambos la penetrante espada de dolor que a un tiempo les hirió penetrantemente sobre todo pensamiento humano y angélico. La dolorosa Madre se postró en tierra, adorándole como a su verdadero Dios y Redentor. Y mirándola Su Divina Majestad con semblante majestuoso y agradable de Hijo suyo, le habló y la dijo solas estas palabras: Madre mía, con Vos estaré en la tribulación, hagamos la voluntad de mi Eterno Padre y la salvación de los hombres. La gran Reina se ofreció con entero corazón al sacrificio y pidió la bendición. Y habiéndola recibido se volvió a su retiro, de donde le concedió el Señor que estuviese a la vista de todo lo que pasaba y lo que su Hijo santísimo iba obrando, para acompañarle y cooperar en todo en la forma que a ella le tocaba. El dueño de la casa, que estaba presente a esta despedida, con impulso divino ofreció luego la misma casa que tenía y lo que en ella había a la Señora del cielo, para que se sirviese de ello mientras estuviesen en Jerusalén, y la Reina lo admitió con humilde agradecimiento. Y con Su Alteza quedaron los mil Ángeles de Guarda, que la asistían siempre en forma visible para ella, y también la acompañaron algunas de

las piadosas mujeres que consigo había traído.

1205. Nuestro Redentor y Maestro salió de la casa del Cenáculo en compañía de todos los hombres que le habían asistido en las cenas y celebración de sus misterios, y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes calles, para acudir cada uno a sus ocupaciones. Y Su Majestad, siguiéndole solos los doce Apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olívete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalén a la parte oriental. Y como la alevosía de Judas Iscariotes le tenía tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba a trasnochar en la oración, como lo tenía de costumbre. Parecióle aquella ocasión muy oportuna para ponerle en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Y con esta infeliz resolución se fue deteniendo y dejando alargar el paso a su divino Maestro y a los demás Apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces, y al punto que los perdió de vista partió a toda prisa a su precipicio y destrucción. Llevaba gran sobresalto, turbación y zozobra, testigos de la maldad que iba a cometer, y con este inquieto orgullo, como mal seguro de conciencia, llegó corriendo y azorado a casa de los pontífices. Sucedió en el camino que, viendo Lucifer la prisa que se daba Judas Iscariotes en procurar la muerte de Cristo nuestro bien y sospechando este Dragón que era el verdadero Mesías, como queda dicho en el capítulo 10, le salió al encuentro en figura de un hombre muy malo y amigo del mismo Judas Iscariotes, con quien él había comunicado su traición. En esta figura le habló Lucifer a Judas Iscariotes sin ser conocido por él y le dijo que aquel intento de vender a su Maestro, aunque al principio le había parecido bien por las maldades que de él le había dicho, pero que pensando sobre ello había tomado mejor acierto en su dictamen y acuerdo para él y le parecía no le entregase a los pontífices y fariseos, porque no era tan malo como el mismo Judas Iscariotes

pensaba, ni merecía la muerte, y que sería posible que hiciese algunos milagros con que se libraría y después le podría suceder a él gran trabajo.

1206. Este enredo hizo Lucifer, retractando con nuevo temor las sugerencias que primero había enviado al corazón pérfido del traidor discípulo contra el autor de la vida. Pero salióle en vano su nueva malicia, porque Judas Iscariotes, que había perdido la fe voluntariamente y no temía las violentas sospechas del demonio, quiso aventurar antes la muerte de su Maestro que aguardar la indignación de los fariseos si le dejaba con vida. Y con este miedo y su abominable codicia no hizo caso del consejo de Lucifer, aunque le juzgó por el hombre que representaba. Y como estaba desamparado de la gracia divina, ni quiso ni pudo persuadirse por la instancia del demonio para retroceder en su maldad. Y como el Autor de la vida estaba en Jerusalén, y también los pontífices consultaban cuando llegó Judas Iscariotes cómo les cumpliría lo prometido de entregársele en sus manos, en esta ocasión entró el traidor y les dio cuenta cómo dejaba a su Maestro con los demás discípulos en el monte Olívete, que le parecía la mejor ocasión para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabía. Alegráronse mucho los sacrílegos pontífices y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del inocentísimo Cordero.

1207. Estaba en el ínterin Su Majestad divina con los once Apóstoles tratando de nuestra salvación eterna y de los mismos que le maquinaban la muerte. Inaudita y admirable porfía de la suma malicia humana y de la inmensa bondad y caridad divina, que si desde el primer hombre se comenzó esta contienda del bien y del mal en el mundo, en la muerte de nuestro Reparador llegaron los

dos extremos a lo sumo que pudieron subir; pues a un mismo tiempo obró cada uno a vista del otro lo más que le fue posible: la malicia humana quitando la vida y honra a su mismo Hacedor y Reparador, y Su Majestad dándola por ellos con inmensa caridad. Fue como necesario en esta ocasión —a nuestro modo de entender— que el alma santísima de Cristo nuestro bien atendiese a su Madre purísima, y lo mismo su divinidad, para que tuviese algún agrado entre las criaturas en que descansase su amor y se detuviese la justicia. Porque en sola aquella pura criatura miraba lograda dignísimamente la pasión y muerte que se le prevenía por los hombres, y en aquella santidad sin medida hallaba la justicia divina alguna recompensa de la malicia humana, y en la humildad y caridad fidelísima de esta gran Señora quedaban depositados los tesoros de sus merecimientos, para que después como de cenizas encendidas renaciese la Iglesia, como nueva fénix, en virtud de los mismos merecimientos de Cristo nuestro Señor y de su muerte. Este agrado que recibía la humanidad de nuestro Redentor con la vista de la santidad de su digna Madre, le daba esfuerzo y como aliento para vencer la malicia de los mortales y reconocía por bien empleada su paciencia en sufrir tales penas, porque tenía entre los hombres a su amantísima Madre.

1208. Todo lo que iba sucediendo conocía la gran Señora desde su recogimiento, y vio los pensamientos del obstinado Judas Iscariotes y el modo como se desvió del Colegio Apostólico y cómo le habló Lucifer en forma de aquel hombre su conocido y todo lo que pasó con él cuando llegó a los príncipes de los sacerdotes y lo que trataban y prevenían para prender al Señor con tanta presteza. El dolor que con esta ciencia penetraba el castísimo corazón de la Madre virgen, los actos de virtudes que ejercitaba a la vista de tales maldades y

cómo procedía en todos estos sucesos, no cabe en nuestra capacidad el explicarlo; basta decir que todo fue con plenitud de sabiduría, santidad y agrado de la beatísima Trinidad. Compadecióse de Judas Iscariotes y lloró la pérdida de aquel perverso discípulo. Recompensó su maldad adorando, confesando, amando y alabando al mismo Señor que él vendía con tan injuriosa y desleal traición. Estaba preparada y dispuesta a morir por él, si fuera necesario. Pidió por los que estaban fraguando la prisión y muerte de su divino Cordero, como prendas que se habían de comprar y estimar con el valor infinito de tan preciosa sangre y vida, que así los miraba, estimaba y valoreaba la prudentísima Señora.

1209. Prosiguió nuestro Salvador su camino, pasando el torrente Cedrón para el monte Olívete, y entró en el huerto de Getsemaní y hablando con todos los Apóstoles que le seguían les dijo: *Esperadme y asentaos aquí, mientras yo me alejo un poco a la oración (Mt 26, 36); y orad también vosotros para que no entréis en tentación (Lc 22, 40)*. Dioles este aviso el divino Maestro, para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones, que en la cena los había prevenido que todos serían escandalizados aquella noche por lo que le verían padecer, y que Satanás los embestiría para ventilarlos y turbarlos con falsas sugerencias, porque el Pastor, como estaba profetizado (Zac 13, 7), había de ser maltratado y herido y las ovejas serían derramadas. Luego el Maestro de la vida, dejando a los ocho Apóstoles juntos, llamó a San Pedro, a San Juan y a Santiago, y con los tres se retiró de los demás a otro puesto donde no podía ser visto ni oído de ellos. Y estando con los tres Apóstoles levantó los ojos al Eterno Padre y le confesó y alabó como acostumbraba, y en su interior hizo una oración y petición en cumplimiento de la profecía de San Zacarías [Día 6 de septiembre: In Palaestina sancti Zachariae Prophetae, qui, de Chaldaea senex in pátriam revérsus, ibíque

defunctus, juxta Aggaeum Prophétam cónditus jacet.] (Zac 13, 7), dando licencia a la muerte para que llegase al inocentísimo y sin pecado, y mandando a la espada de la justicia divina que despertase sobre el pastor y sobre el varón que estaba unido con el mismo Dios y ejecutase en él todo su rigor y le hiriese hasta quitarle la vida. Para esto se ofreció Cristo nuestro bien de nuevo al Padre en satisfacción de su justicia por el rescate de todo el linaje humano y dio consentimiento a los tormentos de la pasión y muerte, para que en él se ejecutase en la parte que su humanidad santísima era pasible, y suspendió y detuvo desde entonces el consuelo y alivio que de la parte impasible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus pasiones y dolores al sumo grado de padecer; y el Eterno Padre lo concedió y aprobó, según la voluntad de la humanidad santísima del Verbo.

1210. Esta oración fue como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasión y amargura, para que con ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo, como lo había dicho por Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 2). Y así comenzó luego a congojarse y sentir grandes angustias y con ellas dijo a los tres Apóstoles: *Triste está mi alma hasta la muerte (Mc 14, 34)*. Y porque estas palabras y tristeza de nuestro Salvador encierran tantos misterios para nuestra enseñanza, diré algo de lo que se me ha declarado, como yo lo entiendo. Dio lugar Su Majestad para que esta tristeza llegase a lo sumo natural y milagrosamente, según toda la condición pasible de su humanidad santísima. Y no sólo se entristeció por el natural apetito de la vida en la porción inferior de ella, sino también según la parte superior, con que miraba la reprobación de tantos por quienes había de morir y la conocía en los juicios y decretos inescrutables de la divina justicia. Y esta fue la causa de su mayor tristeza, como adelante

veremos (Cf. infra n. 1395). Y no dijo que estaba triste por la muerte, sino hasta la muerte, porque fue menor la tristeza del apetito natural de la vida, por la muerte que le amenazaba de cerca. Y a más de la necesidad de ella para la redención, estaba pronta su voluntad santísima para vencer este natural apetito para nuestra enseñanza, por haber gozado, por la parte que era viador, de la gloria del cuerpo en su transfiguración. Porque con este gozo se juzgaba como obligado a padecer, para dar el retorno de aquella gloria que recibió la parte de viador, para que hubiese correspondencia en el recibo y en la paga, y quedásemos enseñados de esta doctrina en los tres Apóstoles, que fueron testigos de aquella gloria y de esta tristeza y congojas; que por esto fueron escogidos para el uno y otro misterio, y así lo entendieron en esta ocasión con luz particular que para esto se les dio.

1211. Fue también como necesario; para satisfacer al inmenso amor con que nos amó nuestro Salvador Jesús, dar licencia a esta tristeza misteriosa para que con tanta profundidad le anegase, porque si no padeciera en ella lo sumo a que pudo llegar, no quedara saciada su caridad, ni se conociera tan claramente que era inextinguible por las muchas aguas de tribulaciones (Cant 8, 7). Y en el mismo padecer la ejercitó esta caridad con los tres Apóstoles que estaban presentes y turbados con saber que ya se llegaba la hora en que el divino Maestro había de padecer y morir, como él mismo se lo había declarado por muchos modos y prevenciones. Y esta turbación y cobardía que padecieron, los confundía y avergonzaba en sí mismos, sin atreverse a manifestarla. Pero el amantísimo Señor los alentó manifestándoles su misma tristeza, que padecería hasta la muerte, para que, viéndole a él afligido y congojado, no se confundiesen de sentir ellos sus penas y temores en que estaban. Y tuvo juntamente otro misterio esta tristeza del Señor para los tres Apóstoles Pedro, Juan y Diego (Diego, o sea

Santiago), porque entre todos los demás ellos tres habían hecho más alto concepto de la divinidad y excelencia de su Maestro, así por la grandeza de su doctrina, santidad de sus obras y potencia de sus milagros, que en todo esto estaban más admirados y más atentos al dominio que tenían sobre las criaturas. Y para confirmarlos en la fe de que era hombre verdadero y pasible, fue conveniente que de su presencia conociesen y viesen estaba triste y afligido como hombre verdadero, y en el testimonio de estos tres Apóstoles, privilegiados con tales favores, quedase la Iglesia Santa informada contra los errores que el demonio pretendería sembrar en ella sobre la verdad de la humanidad de Cristo nuestro Salvador, y también los demás fieles tuviésemos este consuelo, cuando nos aflijan los trabajos y nos posea la tristeza.

1212. Ilustrados interiormente los tres Apóstoles con esta doctrina, añadió el autor de la vida y les dijo: *Esperadme aquí, y velad y orad conmigo (Mt 26, 38)*. Que fue enseñarles la práctica de todo lo que les había prevenido y advertido y que estuviesen con él constantes en su doctrina y fe y no se desviasen a la parte del enemigo, y para conocerle y resistirle estuviesen atentos y vigilantes, esperando que después de las ignominias de la pasión verían la exaltación de su nombre. Con esto se apartó el Señor de los tres Apóstoles algún espacio del lugar de donde los dejó. Y postrado en tierra sobre su divino rostro oró al Padre Eterno, y le dijo: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz (Mt 26, 39)*. Esta oración hizo Cristo nuestro bien después que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres, después que despreciando la confusión de su pasión (Heb 12, 2) la abrazó de voluntad y no admitió el gozo de su humanidad, después que con ardentísimo amor corrió a la muerte, a las afrentas, dolores y aflicciones, después que hizo tanto aprecio de los hombres que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su

divina y humana sabiduría y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que sólo él pudo dar motivo a esta petición. Así lo he conocido en la luz que se me ha dado de los ocultos misterios que tuvo esta oración de nuestro Salvador.

1213. Y para manifestar lo que yo entiendo, advierto que en esta ocasión entre nuestro Redentor Jesús y el Eterno Padre se trataba del negocio más arduo que tenía por su cuenta, que era la Redención humana y el fruto de su pasión y muerte de cruz, para la oculta predestinación de los santos. Y en esta oración propuso Cristo nuestro bien sus tormentos, su sangre preciosísima y su muerte al Eterno Padre, ofreciéndola de su parte por todos los mortales, como precio superabundantísimo para todos y para cada uno de los nacidos y de los que después habían de nacer hasta el fin del mundo. Y de parte del linaje humano presentó todos los pecados, infidelidades, ingraticudes y desprecios que los malos habían de hacer para malograr su afrentosa muerte y pasión, por ellos admitida y padecida, y los que con efecto se habían de condenar a pena eterna, por no haberse aprovechado de su clemencia. Y aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador, pero morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso, porque de parte de ellos no había razón final para sufrir el Señor la muerte. A este dolor llamó Su Majestad cáliz, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos del Zebedeo, cuando les dijo si podrían beber el cáliz como Su Majestad le había de beber (Mt 20, 22). Y este cáliz fue tanto más amargo para Cristo nuestro bien, cuanto conoció que su pasión y muerte para los réprobos no sólo sería sin fruto, sino que sería ocasión de escándalo (1 Cor 1, 23) y redundaría en mayor pena y castigo para ellos, por haberla

despreciado y malogrado.

1214. Entendí, pues, que la oración de Cristo nuestro Señor fue pedir al Padre pasase de él aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos, y que siendo ya inexcusable la muerte, ninguno, si era posible, se perdiese, pues la redención que ofrecía era superabundante para todos y cuanto era de su voluntad a todos la aplicaba para que a todos aprovechase, si era posible, eficazmente y, si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su Eterno Padre. Esta oración repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos orando prolijamente con agonía, como dice San Lucas (Lc 22, 43), según lo pedía la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y, a nuestro modo de entender, en ella intervino una como altercación y contienda entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad. Porque la humanidad, con íntimo amor que tenía a los hombres de su misma naturaleza, deseaba que todos por su pasión consiguieran la salvación eterna, y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijo el número de los predestinados y, conforme a la equidad de su justicia, no se debía conceder el beneficio a quien tanto le despreciaba y de su voluntad libre se hacían indignos de la vida de las almas, resistiendo a quien se la procuraba y ofrecía. Y de este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oración que hizo, alegando el poder de su Eterno Padre, y que todas las cosas le eran posible a su infinita majestad y grandeza.

1215. Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad y con la resistencia que conocía de parte de los hombres para lograr en todos su pasión y muerte, y entonces llegó a sudar sangre, con tanta abundancia de gotas muy gruesas que corría hasta llegar al suelo. Y aunque su oración y petición fue condicionada y no se le concedió lo que debajo de condición pedía,

porque faltó por los réprobos, pero alcanzó en ella que los auxilios fuesen grandes y frecuentes para todos los mortales y que se fuesen multiplicando en aquellos que los admitiesen y no pusieren óbice y que los justos y santos participasen en el fruto de la Redención y con grande abundancia y les aplicasen muchos dones y gracias de que los precitos y réprobos se harían indignos. **Y conformándose la voluntad humana de Cristo con la divina aceptó la pasión por todos respectivamente: para los precitos y réprobos como suficiente y para que se les diesen auxilios suficientes, si ellos querían aprovecharlos, y para los predestinados como eficaz, porque ellos cooperarían a la gracia.** Y así quedó dispuesta y como efectuada la salud del cuerpo místico de la Santa Iglesia, debajo de su cabeza y de su artífice Cristo nuestro bien.

1216. Y para el lleno de este divino decreto, estando Su Majestad en la agonía de su oración, tercera vez envió el Eterno Padre al Santo Arcángel Miguel, que le respondiese y confortase por medio de los sentidos corporales, declarándole en ellos lo mismo que el mismo Señor sabía por la ciencia de su santísima alma, porque nada le pudo decir el Ángel que el Señor no supiera ni tampoco podía obrar en su interior otro efecto para este intento. Pero, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 1209), tenía Cristo nuestro bien suspendido el alivio que de su ciencia y amor podía redundar en su humanidad santísima, dejándola, en cuanto pasible, a todo padecer en sumo grado, como después lo dijo en la cruz (Cf. infra n. 1395); y en lugar de este alivio y confortación recibió alguna con la embajada del Santo Arcángel por parte de los sentidos, al modo que obra la ciencia o noticia experimental de lo que antes se sabía por otra ciencia, porque la experiencia es nueva y mueve los sentidos y potencias naturales. Y lo que le dijo San Miguel de parte del Padre Eterno fue representarle e intimarle en el

sentido que **no era posible, como Su Majestad sabía, salvarse los que no querían ser salvos**, porque en la aceptación divina valía mucho el número de los predestinados, aunque fuese menor que el de los réprobos, y que entre aquéllos estaba su Madre santísima, que era digno fruto de su Redención, y que se lograría en los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Vírgenes y Confesores, que serían muy señalados en su amor, y obrarían cosas admirables para ensalzar el santo nombre del Altísimo; y entre ellos le nombró el ángel algunos, después de los apóstoles, como fueron los patriarcas fundadores de las religiones, con las condiciones de cada uno. Otros grandes y ocultos sacramentos manifestó o refirió el ángel, que ni es necesario declararlos, ni tengo orden para hacerlo, porque basta lo dicho para seguir el discurso de esta Historia.

1217. En los intervalos de esta oración que hizo nuestro Salvador, dicen los Evangelistas (Mt 26, 41; Mc 14, 38; Lc 22, 42) que volvió a visitar a los Apóstoles y a exhortarlos que velasen y orasen y no entrasen en tentación. Esto hizo el vigilantísimo pastor, para dar forma a los Prelados de su Iglesia del cuidado y gobierno que han de tener de sus ovejas, porque si para cuidar de ellas dejó Cristo Señor nuestro la oración, que tanto importaba, dicho está lo que deben hacer los Prelados, posponiendo otros negocios e intereses a la salvación de sus súbditos. Y para entender la necesidad que tenían los Apóstoles, advierto que el Dragón infernal, después que arrojado del cenáculo, como se dijo arriba (Cf. supra n. 1189), estuvo algún tiempo oprimido en las cavernas del profundo, dio el Señor permiso para que saliese por lo que había de servir su malicia a la ejecución de los decretos del Señor. Y de golpe fueron muchos a embestir a Judas Iscariotes para impedir la venta, en la forma que se ha declarado (Cf. supra n. 1205). Y como no le

podieron disuadir, se convirtieron contra los demás Apóstoles, sospechando que en el cenáculo habían recibido algún favor grande de su Maestro, y lo deseaba rastrear Lucifer, para conocerlo y destruirlo si pudiera. Esta crueldad y furor del príncipe de las tinieblas y de sus ministros vio nuestro Salvador, y como Padre amantísimo y Prelado vigilante acudió a prevenir los hijos pequeñuelos y súbditos principiantes, que eran sus Apóstoles, y los despertó y mandó que orasen y velasen contra sus enemigos, para que no entrasen en la tentación que ocultamente los amenazaba y ellos no prevenían ni advertían.

1218. Volvió, pues, a donde estaban los tres Apóstoles, que por más favorecidos tenían más razones que los obligasen a estar en vela y a imitar a su divino Maestro, pero hallólos durmiendo, a que se dejaron vencer del tedio y tristeza que padecían y con ella vinieron a caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Y antes de hablarles ni despertarles estuvo Su Majestad mirándolos y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos de aquella sombra de la muerte, en ocasión que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro y le dijo: *Simón, ¿así duermes y no pudiste velar una hora conmigo?* Y luego replicó a él y a los demás y les dijo: *Velad y orad, para que no entréis en tentación; (Mc 14, 37-38)* que mis enemigos y los vuestros no se duermen como vosotros. La razón porque reprendió a San Pedro no sólo fue porque él era cabeza y elegido para Prelado de todos y porque entre ellos se había señalado en las protestas y esfuerzos de que moriría por el Señor y no le negaría, cuando todos los demás escandalizados le dejasen y negasen, sino que también le reprendió, porque con aquellos propósitos y ofrecimientos, que entonces hizo de corazón, mereció ser reprendido y advertido entre todos; porque sin duda el

Señor a los que ama corrige y los buenos propósitos siempre le agradan, aunque después en la ejecución desfallezcamos, como le sucedió al más fervoroso de los Apóstoles, San Pedro, la tercera vez que volvió Cristo nuestro Redentor a despertar a todos los Apóstoles, cuando ya Judas Iscariotes venía cerca a entregarle a sus enemigos, como diré en el capítulo siguiente (Cf. infra n. 1225, 1231).

1219. Volvamos al cenáculo, donde estaba la Señora de los cielos retirada con las mujeres santas que le acompañaban y mirando con suma claridad en la divina luz todas las obras y misterios de su Hijo santísimo en el huerto, sin ocultársele cosa alguna. Al mismo tiempo que se retiró el Señor con los tres Apóstoles, Pedro, Juan y Santiago, se retiró la divina Reina de la compañía de las mujeres a otro aposento y, dejando a las demás y exhortándolas a que orasen y velasen para no caer en tentación, llevó consigo a las tres Marías, señalando a Santa María Magdalena como por superiora de las otras. Y estando con las tres, como más familiares suyas, suplicó al Eterno Padre que se suspendiese en ella todo el alivio y consuelo que podía impedir, en la parte sensitiva y en el alma, el sumo padecer con su Hijo santísimo y a su imitación, y que en su virginal cuerpo participase y sintiese los dolores de las llagas y tormentos que el mismo Jesús había de padecer. Esta petición aprobó la Beatísima Trinidad, y sintió la Madre los dolores de su Hijo santísimo respectivamente, como adelante diré (Cf. infra n. 1236). Y aunque fueron tales que con ellos pudiera morir muchas veces si la diestra del Altísimo con milagro no la preservara, pero por otra parte estos dolores dados por la mano del Señor fueron como fiadores y alivio de su vida, porque en su ardiente amor tan sin medida fuera más violenta la pena de ver padecer y morir a su Hijo benditísimo y no padecer con él las mismas penas respectivamente.

1220. A las tres Marías señaló la Reina para que en la pasión la acompañasen y asistiesen, y para esto fueron ilustradas con mayor gracia y luz de los misterios de Cristo que las otras mujeres. Y en retirándose con las tres comenzó la purísima Madre a sentir nueva tristeza y congojas y hablando con ellas las dijo: Mi alma está triste, porque ha de padecer y morir mi amado Hijo y Señor y no he de morir yo con él y sus tormentos. Orad, amigas mías, para que no os comprenda la tentación.—Y dichas estas razones, se alejó de ellas un poco y, acompañando la oración que hacía nuestro Salvador en el huerto, hizo la misma súplica, como a ella le tocaba y conforme a lo que conocía de la voluntad humana de su Hijo santísimo, y volviendo por los mismos intervalos a exhortar a las tres mujeres, porque también conoció la indignación del Dragón contra ellas, continuó la oración y petición y sintió otra agonía como la del Salvador. **Lloró la reprobación de los prescitos, porque se le manifestaron grandes sacramentos de la eterna predestinación y reprobación [Hay predestinación a la gloria, pero no hay predestinación previa y antecedente al infierno. Los que se condenan lo hacen por su propia culpa].** Y para imitar en todo al Redentor del mundo y cooperar con él, tuvo la gran Señora otro sudor de sangre semejante al de Cristo nuestro Señor, y por disposición de la Beatísima Trinidad le fue enviado el Arcángel San Gabriel que la confortase, como San Miguel a nuestro Salvador Jesús. Y el santo príncipe la propuso y declaró la voluntad del Altísimo, con las mismas razones que San Miguel habló a su Hijo santísimo, porque en entrambos era una misma la petición y la causa del dolor y tristeza que padecieron; y así fueron semejantes en el obrar y conocer, con la proporción que convenía. Entendí en esta ocasión, que la prudentísima Señora estaba prevenida de algunos paños para lo que en la pasión de su amantísimo Hijo le había de suceder y entonces envió algunos de sus

Ángeles con una toalla al huerto, donde el Señor estaba sudando sangre, para que le enjugasen y limpiasen su venerable rostro, y así lo hicieron los ministros del Altísimo, que por el amor de Madre y por su mayor merecimiento condescendió Su Majestad a este piadoso y tierno afecto. Cuando llegó la hora de prender a nuestro Salvador, se lo declaró la dolorosa Madre a las tres Marías y todas se lamentaban con amarguísimo llanto, señalándose la Magdalena como más inflamada en el amor y piedad fervorosa.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1221. Hija mía, todo lo que en este capítulo has entendido y escrito es un despertador y aviso para ti y para todos los mortales de suma importancia, si en él cargas la consideración. Atiende, pues, y confiere en tus pensamientos, cuánto pesa el negocio de la predestinación o reprobación eterna de las almas, pues le trató mi Hijo santísimo con tanta ponderación, y la dificultad o imposibilidad de que todos los hombres fuesen salvos y bienaventurados le hizo tan amarga la pasión y muerte que para remedio de todos admitía y padecía. Y en este conflicto manifestó la importancia y gravedad de esta empresa y por esto multiplicó las peticiones y oraciones a su Eterno Padre, obligándole el amor de los hombres a sudar copiosamente su sangre de inestimable precio, porque no se podía lograr en todos su muerte, supuesta la malicia con que los precitos y réprobos se hacen indignos de su participación. Justificada tiene su causa mi Hijo y mi Señor, con haber procurado la salvación de todos sin tasa ni medida de su amor y merecimientos, y justificada la tiene el Eterno Padre con haber dado al mundo este remedio y haberle puesto en manos de cada uno, para que la extienda a la muerte o a la vida, al agua o al fuego (Eclo 17, 18), conociendo la distancia que hay de lo uno y de lo otro.

1222. Pero ¿qué descargo o qué disculpa pretenderán los hombres, de haber olvidado su propia y eterna salvación, cuando mi Hijo y yo con Su Majestad se la deseamos y procuramos con tanto desvelo y afecto de que la admitiesen? Y si ninguno de los mortales tiene excusa de su tardanza y estulticia, mucho menos la tendrán en el juicio los hijos de la Santa Iglesia, que han recibido la fe de estos admirables sacramentos, y se diferencian poco en la vida de los infieles y paganos. No entiendas, hija mía, que está escrito en vano: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos (Mt 20, 16)*. Teme esta sentencia y renueva en tu corazón el cuidado y celo de tu salvación, conforme a la obligación que en ti ha crecido con la ciencia de tan altos misterios. Y cuando no interesaras en esto la vida eterna y tu felicidad, debías corresponder a la caricia con que yo te manifiesto tantos y divinos secretos y, dándote el nombre de hija mía y esposa de mi Señor, debes entender que tu oficio ha de ser amar y padecer, sin otra atención a cosa alguna visible, pues yo te llamo para mi imitación, que siempre ocupé mis potencias en estas dos cosas con suma perfección; y para que tú la alcances, quiero que tu oración sea continua sin intermisión y que veles una hora conmigo, que es todo el tiempo de la vida mortal; porque comparada con la eternidad menos es que una hora y un punto. Y con esta disposición quiero que prosigas los misterios de la pasión, que los escribas y sientas e imprimas en tu corazón.

CAPITULO 13

La entrega y prendimiento de nuestro Salvador por la traición de Judas Iscariotes y lo que en esta ocasión hizo María santísima y algunos misterios de este paso.

1223. Al mismo tiempo que nuestro Salvador Jesús

estaba en el monte Olivete orando a su Eterno Padre y solicitando la salud espiritual de todo el linaje humano, el pérfido discípulo Judas Iscariotes apresuraba su prisión y entrega a los pontífices y fariseos. Y como Lucifer y sus demonios no pudieron disuadir aquellas perversas voluntades de Judas Iscariotes y los demás del intento de quitar la vida a su Hacedor y Maestro, mudó el ingenio su antigua soberbia, añadiendo nueva malicia, y administró impías sugerencias a los judíos para que con mayor crueldad y torpísimas injurias atormentasen a Cristo. Estaba ya el Dragón infernal muy lleno de sospechas, como hasta ahora he dicho (Cf. supra n. 999, 1129), que aquel hombre tan nuevo era el Mesías y Dios verdadero, y quería hacer nuevas pruebas y experiencias de esta sospecha por medio de las atrocísimas injurias que puso en la imaginación de los judíos y sus ministros contra el Señor, comunicándoles también su formidable envidia y soberbia, como lo dejó escrito Salomón en la Sabiduría (Sap 2, 17) y se cumplió a la letra en esta ocasión. Porque le pareció al demonio que si Cristo no era Dios, sino puro hombre, desfallecería en la persecución y tormentos y así le vencería, y si lo era, lo manifestaría librándose de ellos y obrando nuevas maravillas.

1224. Con esta impía temeridad se movió también la envidia de los pontífices y escribas y con la instancia de Judas Iscariotes juntaron con presteza mucha gente, para que llevándole por caudillo, él y los soldados gentiles, un tribuno y otros muchos judíos fuesen a prender al inocentísimo Cordero que estaba esperando el suceso y mirando los pensamientos y estudio de los sacrílegos pontífices, como lo había profetizado San Jeremías [Día 1 de mayo: *In Aegypto sancti Jeremiae Prophetae, qui, a populo lapidibus obrutus, apud Taphnas occubuit, ibique sepultus est; ad cujus sepulcrum fideles (ut refert sanctus Epiphanius) supplicare consueverunt, indeque sumpto pulvere, aspidum morsibus medentur*] (Jer 11, 19)

expresamente. Salieron todos estos ministros de maldad de la ciudad hacia el monte Olívete, armados y prevenidos de sogas y de cadenas, con hachas encendidas y linternas, como el autor de la traición lo había prevenido, temiendo como alevoso y pérfido que su mansísimo Maestro, a quien juzgaba por hechicero y mago, no hiciese algún milagro con que escapársele. Como si contra su divina omnipotencia valieran las armas y prevenciones de los hombres si quisiera usar de ella como pudiera y como lo había hecho en otras ocasiones, antes que llegara aquella hora determinada para entregarse de su voluntad a la pasión, afrentas y muerte de cruz.

1225. En el ínterin que llegaban, volvió Su Majestad tercera vez a sus discípulos y hallándolos dormidos les dijo: Bien podéis dormir y descansar, que ya llegó la hora en que veréis al Hijo del Hombre entregado en manos de los pecadores. Pero basta; levantaos, y vamos, que ya está cerca el que me ha de entregar, porque me tiene ya vendido (Mc 14, 41-42). Estas razones dijo el Maestro de la santidad a los tres Apóstoles más privilegiados, sin reprenderlos con más rigor, sino con suma paciencia, mansedumbre y suavidad. Y hallándose confusos, dice el texto que no sabían qué responder al Señor (Mc 14, 40). Levantáronse luego y volvió con los tres a juntarse con los otros ocho donde los había dejado y también los halló durmiendo, vencidos y oprimidos del sueño por la gran tristeza que padecían. Y ordenó el divino Maestro que todos juntos debajo de su cabeza, en forma de congregación y de un cuerpo místico, saliesen al encuentro de los enemigos; enseñándoles en esto la virtud de una comunidad perfecta para vencer al demonio y sus secuaces y no ser vencida de él, porque el cordel tresdoblado, como dice el Eclesiastés (Ecl 4, 12), difícil es de romper, y al que contra uno es poderoso dos le podrán resistir, que éste es el emolumento de vivir en

compañía de otros. Amonestó de nuevo el Señor a todos los Apóstoles juntos y prevínolos para el suceso, y luego se descubrió el estrépito de los soldados y ministros que venían a prenderle. Y Su Majestad adelantó el paso para salirles al encuentro y en su interior, con incomparable afecto, valor majestuoso y deidad suprema, habló y dijo: Pasión deseada de mi alma, dolores, llagas, afrentas, penalidades, aflicciones y muerte ignominiosa, Llegad, llegad presto, que el incendio del amor que tengo a la salvación de los mortales os aguarda; Llegad al inocente entre las criaturas, que conoce vuestro valor y os ha buscado, deseado y solicitado y os recibe de su propia voluntad con alegría; os he comprado con mis ansias de poseeros y os aprecio por lo que merecéis. Quiero remediar y acreditar vuestro desprecio, levantándoos al lugar y dignidad muy eminente. Venga la muerte, para que admitiéndola sin merecerla, alcance de ella el triunfo y merecer la vida de los que la recibieron por castigo del pecado. Permito que me desamparen mis amigos, porque yo solo quiero y puedo entrar en la batalla, para ganarles a todos el triunfo y la victoria.

1226. Entre estas y otras razones que decía el Autor de la vida, se adelantó Judas Iscariotes para dar a sus ministros la seña con que los dejaba prevenidos, que su Maestro era aquel a quien él se llegase a saludarle, dándole el ósculo fingido de paz que acostumbraba, que le prendiesen luego y no a otro por yerro. Hizo todas estas prevenciones el infeliz discípulo, no sólo por la avaricia del dinero y por el odio que contra su divino Maestro había concebido, sino también por el temor que tuvo. Porque le pareció al desdichado, que si Cristo nuestro bien no muriera en aquella ocasión, era inexcusable volver a su presencia y ponerse en ella; y temiendo esta confusión más que la muerte del alma y que la de su divino Maestro, deseaba, para no verse en aquella vergüenza, apresurar el fin de su traición y que el

Autor de la vida muriese a manos de sus enemigos. Llegó, pues, el traidor al mansísimo Señor y como insigne artífice de la hipocresía, disimulándose enemigo, le dio paz en el rostro y le dijo: *Dios te salve, Maestro;* (Mc 14, 45) y en esta acción tan alevosa se acabó de sustanciar el proceso de la perdición de Judas Iscariotes y se justificó últimamente la causa de parte de Dios, para que desde entonces más le desamparase la gracia y sus auxilios. De parte del pérfido discípulo llegó la desmesura y temeridad contra Dios a lo sumo de la malicia, porque, negando interiormente o descreyendo la sabiduría increada y creada que Cristo nuestro Señor tenía para conocer su traición y el poder para aniquilarle, pretendió ocultar su maldad con fingida amistad de discípulo verdadero, y esto para entregar a tan afrentosa muerte y crueldades a su Criador y Maestro, de quien se hallaba tan obligado y beneficiado. Y en una traición encerró tantos pecados y tan formidables, que no hay ponderación igual a su malicia, porque fue infiel, homicida, sacrílego, ingrato, inhumano, inobediente, falso, mentiroso, codicioso, impío y maestro de todos los hipócritas, y todo lo ejecutó con la persona del mismo Dios humanado.

1227. De parte del Señor se justificó también su inefable misericordia y equidad de su justicia, con que cumplió con eminencia aquellas palabras del Santo Rey y Profeta David (Sal 119, 7): *Con los que aborrecieron la paz, era yo pacífico; y cuando les hablaba, me impugnaban de balde y sin causa.* Y esto lo cumplió Su Majestad tan altamente, que al contacto de Judas Iscariotes y con aquella dulcísima respuesta que le dijo: *Amigo, ¿a qué veniste? (Mt 26, 50)*, por intercesión de su Madre santísima envió al corazón del traidor discípulo nueva y clarísima luz, con que conoció la maldad atrozísima de su traición y las penas que por ella le esperaban, si no se retractaba con verdadera penitencia

y que, si la quería hacer, hallaría misericordia y perdón en la divina clemencia. Y lo que en estas palabras de Cristo nuestro bien entendió Judas Iscariotes fue como si le pusiera éstas en el corazón: Amigo, advierte que te pierdes y malogras mi liberal mansedumbre con esta traición. Si quieres mi amistad, no te la negaré por esto, como [si] te duelas de tu pecado. Pondera tu temeridad, entregándome con fingida paz y ósculo de reverencia y amistad. Acuérdate de los beneficios que de mi amor has recibido y que soy Hijo de la Virgen, de quien también has sido muy regalado y favorecido en mi apostolado con amonestaciones y consejos de amorosa madre. Por ella sola debías no cometer tal traición como venderle y entregar a su Hijo, pues nunca te desobligó, ni lo merece su dulcísima caridad y mansedumbre, ni que le hagas tan desmedida ofensa. Pero aunque la has cometido no desprecies su intercesión, que sola ella será poderosa conmigo, y por ella te ofrezco el perdón y la vida que para ti muchas veces me ha pedido. Asegúrate que te amamos, porque estás aún en lugar de esperanza y no te negaremos nuestra amistad si tú la quieres. Y si no, merecerás nuestro aborrecimiento y tu eterna pena y castigo **[en el infierno]**.—No prendió esta semilla tan divina en el corazón de este desdichado e infeliz discípulo, más duro que un diamante y más inhumano que de fiera, y resistiendo a la divina clemencia llegó a la desesperación que diré en el capítulo siguiente.

1228. Dada la señal del ósculo por Judas Iscariotes, llegaron a carearse el Autor de la vida y sus discípulos con la tropa de los soldados que venían a prenderle, y se presentaron cara a cara, como dos escuadrones los más opuestos y encontrados que jamás hubo en el mundo. Porque de la una parte estaba Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, como capitán y cabeza de todos los justos, acompañado de once Apóstoles, que eran y

habían de ser los mejores hombres y más esforzados de su Iglesia, y con ellos le asistían innumerables ejércitos de espíritus angélicos que admirados del espectáculo le bendecían y adoraban. De la otra parte venía Judas Iscariotes como autor de la traición, armado de la hipocresía y de toda maldad, con muchos ministros judíos y gentiles, para ejecutarla con mucha crueldad. Y entre este escuadrón venía Lucifer con gran número de demonios, incitando y adiestrando a Judas Iscariotes y a sus aliados, para que intrépidos echasen sus manos sacrílegas en su Criador. Habló con los soldados Su Majestad y con increíble afecto al padecer y grande esfuerzo y autoridad les dijo: *¿A quién buscáis?* Respondieron ellos: *A Jesús Nazareno.* Replicó el Señor, y dijo: *Yo soy (Jn 18, 4-5).* En esta palabra de incomparable precio y felicidad para el linaje humano se declaró Cristo por nuestro Salvador y Reparador, dándonos prendas ciertas de nuestro remedio y esperanzas de salvación eterna, que sólo estaba librada en que fuese Su Majestad quien se ofrecía de voluntad a redimirnos con su pasión y muerte.

1229. No pudieron entender este misterio los enemigos, ni percibir el sentido legítimo de aquella palabra: **Yo soy;** pero entendióle su beatísima Madre, los ángeles y también entendieron mucho los Apóstoles. Y fue como decir: Yo soy el que soy, y lo dije a mi profeta Moisés (Ex 3, 14), porque soy por mí mismo y todas las criaturas tienen por mí su ser y existencia; soy eterno, inmenso, infinito, una sustancia y atributos, y me hice hombre ocultando mi gloria, para que, por medio de la pasión y muerte que me queréis dar, redimiese al mundo. Y como el Señor dijo aquella palabra en virtud de su divinidad, no la pudieron resistir los enemigos, y al entrar en sus oídos cayeron todos en tierra de cerebro y hacia atrás. Y no sólo fueron derribados los soldados, pero los perros que llevaban y algunos caballos en que iban,

todos cayeron en tierra, quedando inmóviles como piedras. Y Lucifer con sus demonios también fueron derribados y aterrados entre los demás, padeciendo nueva confusión y tormento. Y de esta manera estuvieron casi medio cuarto de hora, sin movimiento de vida más que si fueran muertos. ¡Oh palabra misteriosa en la doctrina y más que invencible en el poder! No se gloríe en tu presencia el sabio en su sabiduría y astucia, no el poderoso en su valentía (Jer 9, 23), humíllese la vanidad y arrogancia de los hijos de Babilonia, pues una sola palabra de la boca del Señor, dicha con tanta mansedumbre y humildad, confunde, aniquila y destruye todo el poder y arrogancia de los hombres y del infierno. Entendamos también los hijos de la Iglesia que las victorias de Cristo se alcanzan confesando la verdad, dando lugar a la ira, profesando su mansedumbre y humildad de corazón, venciendo, siendo vencidos, con sinceridad de palomas, con pacificación y rendimiento de ovejas, sin resistencia de lobos iracundos y carniceros.

1230. Estuvo nuestro Salvador con los once Apóstoles mirando el efecto de su divina palabra en la ruina de aquellos ministros de maldad. Y Su Majestad divina, con semblante doloroso contempló en ellos el retrato del castigo de los réprobos y oyó la intercesión de su Madre santísima para dejarlos levantar, que por este medio lo tenía dispuesto su divina voluntad. Y cuando fue tiempo de que volviesen en sí, oró al Eterno Padre y dijo: Padre mío y Dios eterno, en mis manos pusiste todas las cosas y en mi voluntad la redención humana que tu justicia pide. Yo quiero con plenitud de toda mi voluntad satisfacerla y entregarme a la muerte, para merecerles a mis hermanos la participación de tus tesoros y eterna felicidad que les tienes preparada.—Con esta voluntad eficaz dio permiso el Muy Alto para que toda aquella canalla de hombres, demonios y los demás animales, se levantasen restituidos al primer estado que tenían antes que cayeran en tierra.

Y nuestro Salvador les dijo segunda vez: *¿A quién buscáis?* Respondieron ellos otra vez: *A Jesús Nazareno.* Replicó Su Majestad mansísimamente: *Ya os he dicho que yo soy; y si me buscáis a mí, dejad ir libres a éstos que están conmigo (Jn 18, 7-8).* Y con estas palabras dio licencia a los ministros y soldados para que le prendiesen y ejecutasen su determinación, que sin entenderlo ellos era cargar en su persona divina todos nuestros dolores y enfermedades (Is 53, 4).

1231. El primero que se adelantó descomedidamente a echar mano del Autor de la vida para prenderlo, fue un criado de los pontífices llamado Malco. Y aunque todos los Apóstoles estaban turbados y afligidos del temor, con todo eso San Pedro se encendió más que los otros en el celo de la honra y defensa de su divino Maestro. Y sacando un terciado [espada] que tenía le tiró un golpe a Malco y le cercenó una oreja derribándosela del todo. Y el golpe fue encaminado a mayor herida, si la Providencia Divina del Maestro de la paciencia y mansedumbre no le divirtiera. Pero no permitió Su Majestad que en aquella ocasión interviniese muerte de otro alguno más que la suya y sus llagas, sangre y dolores, cuando a todos, si la admitieran, venía a dar la vida eterna y rescatar el linaje humano. Ni tampoco era según su voluntad y doctrina que su persona fuese defendida con armas ofensivas, ni quedase este ejemplar en su Iglesia, como de principal intento para defenderla. Y para confirmar esta doctrina, como la había enseñado, tomó la oreja cortada y se la restituyó al siervo Malco, dejándosela en su lugar con perfecta sanidad mejor que antes. Y primero se volvió a reprender a San Pedro y le dijo: *Vuelve la espada a su lugar, porque todos los que la tomaron para matar, con ella perecerán. ¿No quieres que beba yo el cáliz que me dio mi Padre? ¿Y piensas tú que no le puedo yo pedir muchas legiones de ángeles en mi defensa, y me los daría luego? Pero ¿cómo se cumplirán*

las Escrituras y profecías? (Jn 18, 11; Mt 26, 52-54)

1232. Con esta amorosa corrección quedó advertido e ilustrado San Pedro, como cabeza de la Iglesia, que sus armas para establecerla y defenderla habían de ser de potestad espiritual y que la Ley del Evangelio no enseñaba a pelear ni vencer con espadas materiales, sino con la humildad, paciencia, mansedumbre y caridad perfecta, venciendo al demonio, al mundo y a la carne; que mediante estas victorias triunfa la virtud divina de sus enemigos y de la potencia y astucia de este mundo; y que el ofender y defenderse con armas no es para los seguidores de Cristo nuestro Señor, sino para los príncipes de la tierra, por las posesiones terrenas, y el cuchillo de la Santa Iglesia ha de ser espiritual, que toque a las almas antes que a los cuerpos. Luego se volvió Cristo nuestro Señor a sus enemigos y ministros de los judíos y les habló con grandeza de majestad y les dijo: *Como si fuera ladrón venís con armas y con lanzas a prenderme, y nunca lo habéis hecho cuando estaba cada día con vosotros, enseñando y predicando en el templo; pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (Mt 26, 55; Mc 14, 48; Lc 22, 53)*. Todas las palabras de nuestro Salvador eran profundísimas en los misterios que encerraban, y no es posible comprenderlos todos ni declararlos, en especial las que habló en la ocasión de su pasión y muerte.

1233. Bien pudieran aquellos ministros del pecado ablandarse y confundirse con esta reprensión del divino Maestro, pero no lo hicieron, porque eran tierra maldita y estéril, desamparada del rocío de las virtudes y piedad verdadera. Pero con todo eso, quiso el autor de la vida reprenderles y enseñarles la verdad hasta aquel punto, para que su maldad fuese menos excusable y porque en la presencia de la suma santidad y justicia no quedasen sin reprensión y doctrina aquel pecado y pecados que

cometían y que no volviesen sin medicina para ellos, si la querían admitir, y para que junto con esto se conociera que Él sabía todo lo que había de suceder y se entregaba de su voluntad a la muerte y en manos de los que se la procuraban. Para todo esto y otros fines altísimos dijo Su Majestad aquellas palabras, hablandoles al corazón, como quien le penetraba y conocía su malicia y el odio que contra Él habían concebido y la causa de su envidia, que era haberles reprendido los vicios a los sacerdotes y fariseos y haber enseñado al pueblo la verdad y el camino de la vida eterna, y porque con su doctrina, ejemplo y milagros se llevaba la voluntad de todos los humildes y piadosos y reducía a muchos pecadores a su amistad y gracia; y quien tenía potencia para obrar estas cosas en lo público, claro estaba que la tuviera para que sin su voluntad no le pudieran prender en el campo, pues no le habían preso en el templo ni en la ciudad donde predicaba, porque Él mismo no quería ser preso entonces, hasta que llegase la hora determinada por su voluntad para dar este permiso a los hombres y a los demonios. Y porque entonces se le había dado para ser abatido, afligido, maltratado y preso, por eso les dijo: Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Como si les dijera: Hasta ahora ha sido necesario que estuviera con vosotros como maestro para vuestra enseñanza y por eso no he consentido que me quitéis la vida. Pero ya quiero consumir con mi muerte la obra de la Redención humana que me ha encomendado mi Padre Eterno, y así os permito que me llevéis preso y ejecutéis en mí vuestra voluntad. Con esto le prendieron, embistiendo como tigres inhumanos al mansísimo Cordero y le ataron y aprisionaron con sogas y cadenas, y así le llevaron a casa del pontífice, como adelante diré (Cf. infra n. 1257).

1234. A todo lo que sucedía en la prisión de Cristo nuestro bien estaba atentísima su purísima Madre con la visión clara que se le manifestaba, más que si estuviera

presente con el cuerpo, que con la inteligencia penetraba todos los sacramentos que encerraban las palabras y obras que su Hijo santísimo ejecutaba. Y cuando vio que partía de casa del pontífice aquel escuadrón de soldados y ministros, previno la prudentísima Señora las irreverencias y desacatos con que tratarían a su Criador y Redentor, y para recompensarlas en la forma que su piedad alcanzó, convidó a sus Santos Ángeles y a otros muchos para que todos juntos con ella diesen culto de adoración y alabanza al Señor de las criaturas, en vez de las injurias y denuestos con que había de ser tratado de aquellos malos ministros de tinieblas. El mismo aviso dio a las mujeres santas que con ella estaban orando, y las manifestó cómo en aquella hora su Hijo santísimo había dado permiso a sus enemigos para que le prendiesen y maltratasen, y que se iba ejecutando con lamentable impiedad y crueldad de los pecadores. Y con la asistencia de los Santos Ángeles y mujeres piadosas hizo la religiosa Reina admirables actos de fe, amor y religión interior y exteriormente, confesando, adorando, alabando y magnificando la divinidad infinita y la humanidad santísima de su Hijo y su Criador. Las mujeres santas la imitaban en las genuflexiones y postraciones que hacía, y los príncipes la respondían a los cánticos con que magnificaba y confesaba el ser divino y humano de su amantísimo Hijo. Y al paso que los hijos de la maldad le iban ofendiendo con injurias e irreverencias, lo iba ella recompensando con loores y veneración. Y de camino aplacaba a la divina justicia para que no se indignase contra los perseguidores de Cristo y los destruyese, porque sólo María santísima pudo detener el castigo de aquellas ofensas.

1235. Y no sólo pudo aplacar la gran Señora el enojo del justo Juez, pero pudo alcanzar favores y beneficios para los mismos que le irritaban y que la divina

clemencia les diese bien por mal, cuando ellos daban a Cristo nuestro Señor mal por bien en retribución de su doctrina y beneficios. Esta misericordia llegó a lo sumo en el desleal y obstinado Judas Iscariotes; porque viendo la piadosa Madre que le entregaba con el ósculo de fingida amistad y que en aquella inmutadísima boca había estado poco antes el mismo Señor sacramentado y entonces se le daba consentimiento para que con ella llegase a tocar inmediatamente el venerable rostro de su Hijo santísimo, traspasada de dolor y vencida de la caridad, le pidió al mismo Señor diese nuevos auxilios a Judas Iscariotes, para que, si él los admitiese, no se perdiese quien había llegado a tal felicidad como tocar en aquel modo la cara en que desean mirarse los mismos ángeles. Y por esta petición de María santísima envió su Hijo y Señor aquellos grandes auxilios que recibió el traidor Judas Iscariotes, como queda dicho (Cf. supra n. 1227), en lo último de su traición y entrega. Y si el desdichado los admitiera y comenzara a responder a ellos, esta Madre de misericordia muchos más le alcanzara y finalmente el perdón de su maldad, como lo hace con otros grandes pecadores que a ella le quieren dar esta gloria y para sí granjean la eterna. Pero Judas Iscariotes no alcanzó esta ciencia y lo perdió todo, como diré en el capítulo siguiente.

1236. Cuando vio también la gran Señora que en virtud de la divina palabra cayeron en tierra todos los ministros y soldados que le venían a prender, hizo con los Ángeles otro cántico misterioso, engrandeciendo el poder infinito y la virtud de la humanidad santísima, y renovando en él la victoria que tuvo el nombre del Altísimo, anegando en el mar Rubro a Faraón y sus tropas y alabando a su Hijo y Dios verdadero, porque siendo Señor de los ejércitos y victorias, se quería entregar a la pasión y muerte, para rescatar por más admirable modo al linaje humano de la cautividad de Lucifer. Y luego pidió al Señor que dejase

levantar y volver en sí mismos a todos aquellos que estaban derribados y aterrados. Y se movió a esta petición, por su liberalísima piedad y fervorosa compasión que tuvo de aquellos hombres criados por la mano del Señor a imagen y semejanza suya; lo otro, por cumplir con eminencia la ley de la caridad en perdonar a los enemigos y hacer bien a los que nos persiguen, que era la doctrina enseñada (Mt 5, 44) y practicada por su mismo Hijo y Maestro; y finalmente, porque sabía que se habían de cumplir las profecías y Escrituras en el misterio de la Redención humana. Y aunque todo esto era infalible, no por eso implica que no lo pidiese María santísima y que por sus ruegos no se moviese el Altísimo para estos beneficios, porque en la sabiduría infinita y decretos de su voluntad eterna todo estaba previsto y ordenado por estos medios o peticiones, y este modo era el más conveniente a la razón y Providencia del Señor, en cuya declaración no es necesario detenerme ahora. Al punto que prendieron y ataron a nuestro Salvador, sintió la purísima Madre en sus manos los dolores de las sogas y cadenas, como si con ellas fuera atada y constreñida, y lo mismo sucedió de los golpes y tormentos que iba recibiendo el Señor, porque se le concedió a su Madre este favor, como arriba queda dicho (Cf. supra n. 1219), y veremos en el discurso de la pasión (Cf. infra n. 1264, 1274, 1287, 1341). Y esta pena en lo sensitivo fue algún alivio en la del alma, que le diera el amor si no padeciera con su Hijo santísimo por aquel modo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1237. Hija mía, en todo lo que vas escribiendo y entendiendo por mi doctrina, vas fulminando el proceso contra ti y todos los mortales, si tú no salieres de su parvulez y vencieres su ingratitud y grosería, meditando de día y de noche en la pasión, dolores y muerte de Jesús crucificado. Esta es la ciencia de los santos que ignoran

los mundanos, es el pan de la vida y entendimiento que sacia a los pequeños y les da sabiduría, dejando vacíos y hambrientos a los soberbios amadores del siglo. Y en esta ciencia te quiero estudiosa y sabia, que con ella te vendrán todos los bienes (Sab 7, 11). Y mi Hijo y mi Señor enseñó el orden de esta sabiduría oculta, cuando dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, si no es por Mí* (Jn 14, 6). Pues, dime, carísima, si mi Señor y Maestro se hizo camino y vida de los hombres por medio de la pasión y muerte que padeció por ellos, ¿no es forzoso que para andar este camino y profesar esta verdad han de pasar por Cristo crucificado, afligido, azotado y afrentado? Atiende, pues, ahora la ignorancia de los mortales que quieren llegar al Padre sin pasar por Cristo, porque sin haber padecido ni haberse compadecido con Él, quieren reinar con Su Majestad; sin haberse acordado de su pasión y muerte, ni para gustarla en algo ni agradecerla de veras, quieren que les valga para que en la vida presente y en la eterna gocen ellos de deleites y de gloria, habiendo padecido su Criador acerbísimos dolores y pasión para entrar en ella y dejarles este ejemplo y abrirles el camino de la luz.

1238. No es compatible el descanso con la confusión de no haber trabajado quien le debía adquirir por este camino. No es verdadero hijo el que no imita a su padre, ni fiel siervo el que no acompaña a su señor, ni discípulo el que no sigue a su maestro, ni yo reputo por mi devoto al que no se compadece con mi Hijo y conmigo de lo que padecemos. Pero el amor con que procuramos la salvación eterna de los hombres nos obliga, viéndolos tan olvidados de esta verdad y tan adversos a padecer, a enviarles trabajos y penalidades, para que si no los aman de voluntad a lo menos los admitan y sufran forzosamente y por este modo entren en el camino cierto del descanso eterno que desean. Y con todo esto no basta, porque la inclinación y amor ciego a las cosas

visibles y terrenas los detiene y embaraza y los hace tardos y pesados de corazón y les roba toda la memoria, atención y afectos para no levantarse sobre sí mismos y sobre lo transitorio. Y de aquí nace que en las tribulaciones no hallan alegría, ni en los trabajos alivio, ni en las penas consuelo, ni en las adversidades gozo ni quietud alguna; porque todo esto aborrecen y nada desean que sea penoso para ellos, como lo deseaban los santos y por eso se gloriaban en las tribulaciones, como quien llegaba a la posesión de sus deseos. Y en muchos fieles pasa esta ignorancia más adelante, porque algunos piden ser abrasados en amor de Dios, otros que se les perdonen muchas culpas, otros que se les concedan grandes beneficios, y nada se les puede dar porque no lo piden en nombre de Cristo mi Señor, imitándole y acompañándole en su pasión.

1239. Abraza, pues, hija mía, la cruz, y sin ella no admitas consolación alguna en tu vida mortal. Por la pasión sentida y meditada subirás a lo alto de la perfección y granjearás el amor de esposa. Imítame en esto según tienes la luz y la obligación en que te pongo. Bendice y magnifica a mi Hijo santísimo por el amor con que se entregó a la pasión por la salvación humana. Poco reparan los mortales en este misterio, pero yo como testigo de vista te advierto que en la estimación de mi Hijo santísimo, después de subir a la diestra del Eterno Padre, ninguna cosa fue más estimable ni deseada de todo su corazón que ofrecerse a padecer y morir y entregarse para esto a sus enemigos. Y también quiero que te laments con íntimo dolor que Judas Iscariotes tenga en sus maldades y alevosías más seguidores que Cristo. Muchos son los infieles, muchos los malos católicos, muchos los hipócritas que con nombre de cristianos le venden y entregan y de nuevo le quieren crucificar. Lloro por todos estos males que entiendes y conoces, para que también en esto me imites y sigas.

CAPITULO 14

La fuga y división de los Apóstoles con la prisión de su Maestro, la noticia que tuvo su Madre santísima y lo que hizo en esta ocasión, la condenación de Judas Iscariotes y turbación de los demonios con lo que iban conociendo.

1240. Ejecutada la prisión de nuestro Salvador Jesús como queda dicho, se cumplió el aviso que a los Apóstoles había dado en la cena, que aquella noche padecerían todos grande escándalo sobre su persona (Mt 26, 31) y que Satanás los acometería para zarandearlos como al trigo (Lc 22, 31). Porque cuando vieron prender y atar a su divino Maestro y que ni su mansedumbre y palabras tan dulces y poderosas, ni sus milagros y doctrina sobre tan inculpable conversación de vida no habían podido aplacar la ira de los ministros, ni templar la envidia de los pontífices y fariseos, quedaron muy turbados los afligidos Apóstoles. Y con el natural temor se acobardaron, perdiendo el ánimo y el consejo de su Maestro, y comenzando a vacilar en la fe cada uno de ellos imaginaba cómo se pondría en salvo del peligro que los amenazaba, viendo lo que con su Maestro y Capitán iba sucediendo. Y como todo aquel escuadrón de soldados y ministros acometió a prender y encadenar al mansísimo Cordero Jesús, con quien todos estaban irritados y ocupados, entonces los Apóstoles, aprovechando la ocasión, huyeron sin ser vistos ni atendidos de los judíos; que cuanto era de su parte, si lo permitiera el Autor de la vida, sin duda prendieran a todo el apostolado y más viéndolos huir como cobardes o reos, pero no convenía que entonces fueran presos y padecieran. Y esta voluntad manifestó nuestro Salvador cuando dijo que si buscaban a Su Majestad dejaran ir libres a los que le acompañaban (Jn 18, 8), y así lo

dispuso con la fuerza de su Divina Providencia. Pero el odio de los pontífices y fariseos también se extendía contra los apóstoles, para acabar con todos ellos si pudieran, y por eso le preguntó el pontífice Anás al Divino Maestro por sus discípulos y doctrina (Jn 18, 19).

1241. Anduvo también Lucifer en esta fuga de los Apóstoles, ya alucinado y perplejo, ya redoblando la malicia con varios fines. Por una parte deseaba extinguir la doctrina del Salvador del mundo y a todos sus discípulos, para que no quedara memoria de ellos, y para esto era conforme a su deseo que fuesen presos y muertos por los judíos. Y este acuerdo no le pareció fácil de conseguir al demonio y reconociendo la dificultad procuró incitar a los Apóstoles y turbarlos con sugerencias, para que huyesen y no vieses la paciencia de su Maestro en la pasión, ni fuesen testigos de lo que en ella sucediese. Temió el astuto Dragón que con la nueva doctrina y ejemplo quedarían los Apóstoles más confirmados y constantes en la fe y resistirían a las tentaciones que contra ella les arrojaba, y le pareció que si entonces comenzasen a titubear los derribaría después con nuevas persecuciones que les levantaría por medio de los judíos, que siempre estarían prontos para ofenderles por la enemistad contra su Maestro. Con este mal consejo se engañó a sí mismo el demonio, y cuando conoció que los Apóstoles estaban tímidos, cobardes y muy caídos de corazón con la tristeza, juzgó este enemigo que aquella era la peor disposición de la criatura y para sí la mejor ocasión de tentarlos y les acometió con rabioso furor proponiéndoles grandes dudas y recelos contra el Maestro de la vida y que le desamparasen y huyesen. Y en cuanto a la fuga no resistieron como en muchas de las sugerencias falsas contra la fe, aunque también desfallecieron en ella unos más y otros menos, porque en esto no fueron todos igualmente turbados ni escandalizados.

1242. Dividiéronse unos de otros huyendo a diferentes partes, porque todos juntos era dificultoso ocultarse, que era lo que entonces pretendían. Solos San Pedro y San Juan Evangelista se juntaron para seguir de lejos a su Dios y Maestro hasta ver el fin de su pasión. Pero en el interior de cada uno de los once Apóstoles pasaba una contienda de sumo dolor y tribulación, que les prensaba el corazón sin dejarles consuelo ni descanso alguno. Peleaban de una parte la razón, la gracia, la fe, el amor y la verdad; de otra las tentaciones, sospechas, temor y natural cobardía y tristeza. La razón y la luz de la verdad les reprendían su inconstancia y deslealtad en haber desamparado a su Maestro, huyendo como cobardes del peligro, después de estar avisados y haberse ofrecido ellos tan poco antes a morir con Él si fuera necesario. Acordábanse de su negligente inobediencia y descuido en orar y prevenirse contra las tentaciones, como su mansísimo Maestro se lo había mandado. El amor que le tenían por su amable conversación y dulce trato, por su doctrina y maravillas, y el acordarse que era Dios verdadero, les animaba y movía para que volviesen a buscarle y se ofreciesen al peligro y a la muerte como fieles siervos y discípulos. A esto se juntaba acordarse de su Madre santísima y considerar su dolor incomparable y la necesidad que tendría de consuelo, y deseaban ir a buscarle y asistirle en su trabajo. Por otra parte pugnaban en ellos la cobardía y el temor para entregarse a la crueldad de los judíos y a la muerte, a la confusión y persecución. Para ponerse en presencia de la dolorosa Madre, les afligía y turbaba que los obligaría a volver donde estaba su Maestro, y si con ella estarían menos seguros porque los podían buscar en su casa. Sobre todo esto eran las sugestiones de los demonios impías y terribles. Porque les arrojaba el Dragón en el pensamiento terribles imaginaciones de que no fuesen homicidas de sí mismos entregándose a la muerte, y que

su Maestro no se podía librar a sí y menos podría sacarlos a ellos de las manos de los pontífices, y que en aquella ocasión le quitarían la vida y con eso se acabaría toda la dependencia que de él tenían, pues no le verían más, y que no obstante que su vida parecía inculpable, con todo eso enseñaba algunas doctrinas muy duras y algo ásperas hasta entonces nunca vistas y que por ellas le aborrecían los sabios de la ley y los pontífices y todo el pueblo estaba indignado contra él, y que era fuerte cosa seguir a un hombre que había de ser condenado a muerte infame y afrentosa.

1243. Esta contienda y lucha interior pasaba en el corazón de los fugitivos Apóstoles, y entre unas y otras razones pretendía Satanás que dudasen de la doctrina de Cristo y de las profecías que hablaban de sus misterios y pasión. Y como en el dolor de este conflicto no hallaban esperanza de que su Maestro saliese con vida del poder de los pontífices, llegó el temor a pasar en una tristeza y melancolía profunda, con que eligieron el huir del peligro y salvar sus vidas. Y esto era con tal pusilanimidad y cobardía, que en ningún lugar se juzgaban aquella noche por seguros y cualquiera sombra o ruido los sobresaltaba. Y añadióles mayor temor la deslealtad de Judas Iscariotes, porque temían irritaría también contra ellos la ira de los pontífices, por no volver a verse con ninguno de los once, después de perpetrada su alevosía y traición. San Pedro y San Juan Evangelista, como más fervientes en el amor de Cristo, resistieron al temor y al demonio más que los otros y quedándose los dos juntos determinaron seguir a su Maestro con algún retiro. Y para tomar esta resolución les ayudó mucho el conocimiento que tenía San Juan Evangelista con el pontífice Anás, entre el cual y Caifás andaba el pontificado, alternando los dos; y aquel año lo era Caifás, que había dado el consejo profético en el concilio, de que importaba muriese un hombre para que todo el mundo no

pereciere (Jn 11, 49). Este conocimiento de San Juan Evangelista se fundaba en que el Apóstol era tenido por nombre principal, y en su linaje noble, en su persona afable y cortés, y de condiciones muy amables. Con esta confianza fueron los dos Apóstoles siguiendo a Cristo nuestro Señor con menos temor. A la gran Reina del cielo tenían en su corazón los dos Apóstoles, lastimados de su amargura y deseosos de su presencia para aliviarla y consolarla cuanto fuera posible, y particularmente se señaló en este afecto devoto el Evangelista San Juan.

1244. La divina Princesa desde el cenáculo en esta ocasión estaba mirando por inteligencia clarísima no sólo a su Hijo santísimo en su prisión y tormentos, sino junto con esto conocía y sabía todo cuanto pasaba por los Apóstoles interior y exteriormente. Porque miraba su tribulación y tentaciones, sus pensamientos y determinaciones, y dónde estaba cada uno de ellos y lo que hacía. Pero aunque todo le fue patente a la candidísima paloma, no sólo no se indignó con los Apóstoles, ni jamás les dio en rostro con la deslealtad que habían cometido, antes bien ella fue el principio y el instrumento de su remedio, como adelante diré (Cf. infra n. 1457, 1458). Y desde entonces comenzó a pedir por ellos, y con dulcísima caridad y compasión de madre dijo en su interior: Ovejas sencillas y escogidas, ¿por qué dejáis a vuestro amantísimo Pastor que cuidaba de Vosotros y Os daba pasto y alimento de vida eterna? ¿Por qué, siendo discípulos de tan verdadera doctrina, desamparáis a Vuestro Bienhechor y Maestro? ¿Cómo olvidáis aquel trato tan dulce y amoroso que atraía a sí Vuestros corazones? ¿Por qué escucháis al maestro de la mentira, al lobo carnicero que pretende vuestra ruina? ¡Oh amor mío dulcísimo y pacientísimo, qué manso, qué benigno y misericordioso os hace el amor de los hombres! Alargad vuestra piedad a esta pequeña grey a quien el furor de la serpiente ha turbado y derramado. No

entreguéis a las bestias las almas que os han confesado (Sal 73, 19). Grande espera tenéis con los que elegís para vuestros siervos y grandes obras habéis hecho con vuestros discípulos. No se malogre tanta gracia, ni reprobéis a los que escogió Vuestra voluntad para fundamentos de Vuestra Iglesia. No se gloríe Lucifer de que triunfó a Vuestra vista de lo mejor de Vuestra casa y familia. Hijo y Señor mío, mirad a Vuestro amado discípulo Juan, a Pedro y Jacobo (Jacobó=Santiago: Beati Iacobi Apostoli) favorecidos de vuestro singular amor y voluntad. A todos los demás también volved los ojos de vuestra clemencia y quebrantad la soberbia del Dragón, que con implacable crueldad los ha turbado.

1245. A toda capacidad humana y angélica excede la grandeza de María santísima en esta ocasión y las obras que hizo y plenitud de santidad que manifestó en los ojos y beneplácito del Altísimo. Porque sobre los dolores sensibles y espirituales que padeció de los tormentos de su Hijo santísimo y de las injurias afrentosas que padeció su divina persona, cuya veneración y ponderación estaba en lo sumo en la prudentísima Madre, sobre todo esto se le juntó el dolor de la caída de los Apóstoles, que sola Su Majestad sabía ponderarla. Y miraba su fragilidad y el olvido que habían mostrado de los favores, doctrina, avisos y amonestaciones de su Maestro, y esto en tan breve tiempo, después de la cena, del sermón que en ella hizo y de la comunión que les había dado, con la dignidad de Sacerdotes en que los dejaba tan levantados y obligados. Conocía también su peligro de caer en mayores pecados, por la sagacidad con que Lucifer y sus ministros de tinieblas trabajaban por derribarlos y la inadvertencia con que el temor tenía poseídos los corazones de todos los Apóstoles más o menos. Y por todo esto multiplicó y acrecentó las peticiones hasta merecerles el remedio y que su Hijo santísimo los perdonase y acelerase sus auxilios, para que luego

volviesen a la fe y amistad de su gracia, que de todo esto fue María el instrumento eficaz y poderoso. En el ínterin recopiló esta gran Señora en su pecho toda la fe, la santidad, el culto y veneración de toda la Iglesia, que estuvo toda en ella como en arca incorruptible, conservando y encerrando la Ley Evangélica, el sacrificio, el templo y el santuario. Y sola María santísima era entonces toda la Iglesia, y sola ella creía, amaba, esperaba, veneraba y adoraba al objeto de la fe por sí, por los apóstoles y por todo el linaje humano. Y esto de manera que recompensaba, cuanto era posible a una pura criatura, las menguas y falta de fe de todo lo restante de los miembros místicos de la Iglesia. Hacía heroicos actos de fe, esperanza, amor, veneración y culto de la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero y con genuflexiones y postraciones le adoraba y con admirables cánticos le bendecía, sin que el dolor íntimo y amargura de su alma destemplasen el instrumento de sus potencias, concertado y templado con la mano poderosa del Altísimo. No se entendía de esta gran Señora lo que dijo el Eclesiástico (Eclo 22, 6), que la música en el dolor es importuna, porque sola María santísima pudo y supo en medio de sus penas aumentar la dulce consonancia de las virtudes.

1246. Dejando a los once apóstoles en el estado que se ha dicho, vuelvo a contar el infelicísimo término del traidor Judas, anticipando algo este suceso para dejarle en su lamentable y desdichada suerte y volver al discurso de la pasión. Llegó, pues, el sacrílego discípulo, con el escuadrón que llevaba preso a nuestro Salvador Jesús, a casa de los pontífices, Anás primero y después a Caifás; donde le esperaban con los escribas, y fariseos. Y como el divino Maestro a vista de su pérfido discípulo era tan maltratado y atormentado con blasfemias y con heridas y todo lo sufría con silencio, mansedumbre y paciencia tan admirable, comenzó Judas Iscariotes a discurrir sobre su

propia alevosía, conociendo que sola ella era la causa de que un hombre tan inculpable y bienhechor suyo fuese tratado con tan injusta crueldad sin merecerlo. Acordóse de los milagros que había visto, de la doctrina que le oyó, de los beneficios que le hizo y también se le representó la piedad y mansedumbre de María santísima y la caridad con que había solicitado su remedio y la maldad obstinada con que ofendió a Hijo y Madre por un vilísimo interés, y todos los pecados juntos que había cometido se le pusieron delante como un caos impenetrable y un monte inhabitable y grave.

1247. Estaba Judas Iscariotes, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1226), desamparado de la divina gracia después de la entrega que hizo con el ósculo y contacto de Cristo nuestro Salvador. Y por ocultos juicios del Altísimo, aunque estaba entregado en manos de su consejo, hizo aquellos discursos, permitiéndolo la justicia y equidad divina en la razón natural y con muchas sugerencias de Lucifer que le asistía. Y aunque discurría Judas Iscariotes y hacía juicio verdadero en lo que se ha dicho, pero, como estas verdades eran administradas por el padre de la mentira, juntaba a ellas otras proposiciones falsas y mentirosas, para que viniese a inferir, no su remedio y confianza de conseguirle, sino que aprehendiese la imposibilidad y desesperase de él, como sucedió. Despertóle Lucifer íntimo dolor de sus pecados, pero no por buen fin ni motivos de haber ofendido a la Verdad divina, sino por la deshonra que padecería con los hombres y por el daño que su Maestro, como poderoso en milagros, le podía hacer y que no era posible escaparse de él en todo el mundo, donde la sangre del Justo clamaría contra él. Con estos y otros pensamientos que le arrojó el demonio, quedó lleno de confusión, tinieblas y despechos muy rabiosos contra sí mismo. Y retirándose de todos, estuvo para arrojarse de muy alto en casa de los pontífices y no lo pudo hacer. Salióse fuera y como

una fiera, indignado contra sí mismo, se mordía de los brazos y manos y se daba desatinados golpes en la cabeza, tirándose del pelo, y hablando desentonadamente se echaba muchas maldiciones y execraciones, como infelícísimo y desdichado entre los hombres.

1248. Viéndole tan rendido Lucifer, le propuso que fuese a los sacerdotes y confesando su pecado les volviese su dinero. Hízolo Judas Iscariotes con presteza y a voces les dijo aquellas palabras: *Pequé entregando la sangre del Justo (Mt 27, 4)*. Pero ellos no menos endurecidos le respondieron que lo hubiera mirado primero. El intento del demonio era, si pudiera impedir la muerte de Cristo nuestro Señor, por las razones que dejo dichas (Cf. supra n. 1130ss) y diré más adelante. Con esta repulsa que le dieron los príncipes de los sacerdotes, tan llena de impiísima crueldad, acabó Judas Iscariotes de desconfiar, persuadiéndose que no sería posible excusar la muerte de su Maestro. Lo mismo juzgó el demonio, aunque hizo más diligencias por medio de Poncio Pilatos. Pero como Judas Iscariotes no le podía servir ya para su intento, le aumentó la tristeza y despechos y le persuadió que para no esperar más duras penas se quitase la vida. Admitió Judas Iscariotes este formidable engaño y saliéndose de la ciudad se colgó de un árbol seco, haciéndose homicida de sí mismo el qué se había hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte de Judas Iscariotes el mismo día del viernes a las doce, que es al mediodía, antes que muriera nuestro Salvador, porque no convino que su muerte y nuestra consumada Redención cayese luego sobre la execrable muerte del traidor discípulo que con suma malicia le había despreciado.

1249. Recibieron luego los demonios el alma de Judas Iscariotes y la llevaron al infierno, pero su cuerpo quedó colgado y reventadas sus entrañas con admiración y

asombro de todos, viendo el castigo tan estupendo de la traición de aquel pésimo y pérfido discípulo. Perseveró el cuerpo ahorcado tres días en lo público, y en este tiempo intentaron los judíos quitarle del árbol y ocultamente enterrarle, porque de aquel espectáculo redundaba grande confusión contra los sacerdotes y fariseos que no podían contradecir aquel testimonio de su maldad. Pero no pudieron con industria alguna derribar ni quitar el cuerpo de Judas Iscariotes de donde se había colgado, **hasta que pasados tres días, por dispensación de la justicia divina, los mismos demonios le quitaron de la horca y le llevaron con su alma, para que en lo profundo del infierno pagase en cuerpo y alma eternamente su pecado.** Y porque es digno de admiración temerosa lo que he conocido del castigo y penas que se le dieron a Judas Iscariotes, lo diré como se me ha mostrado y mandado. Entre las oscuras cavernas de los calabozos infernales estaba desocupada una muy grande y de mayores tormentos que las otras, porque los demonios no habían podido arrojar en aquel lago a ningún alma, aunque la crueldad de estos enemigos lo había procurado desde Caín hasta aquel día. Esta imposibilidad admiraba al infierno, ignorante del secreto, hasta que llegó el alma de Judas Iscariotes, a quien fácilmente arrojaron y sumergieron en aquel calabozo nunca antes ocupado de otro alguno de los condenados. Y la razón era, porque desde la creación del mundo quedó señalada aquella caverna de mayores tormentos y fuego que lo restante del infierno para los cristianos que recibido el bautismo se condenasen por no haberse aprovechado de los sacramentos, doctrina, pasión y muerte del Redentor y la intercesión de su Madre santísima. **Y como Judas Iscariotes fue el primero que había participado de estos beneficios con tanta abundancia para su remedio y formidablemente los despreció, por esto fue también el que primero estrenó aquel lugar y tormentos aparejados para él y los que le imitaren y siguieren.**

1250. Este misterio se me ha mandado escribir con particularidad para aviso y escarmiento de todos los cristianos, y en especial de los sacerdotes, prelados y religiosos, que tratan con más frecuencia el Sagrado Cuerpo y Sangre de Jesucristo Señor nuestro y por oficio y estado son más familiares suyos, que por no ser reprendida quisiera hallar términos y razones con que darle la ponderación y sentido que pide nuestra insensible dureza, para que en este ejemplo todos tomáramos escarmiento y temiéramos el castigo que nos aguarda a los malos cristianos según el estado de cada uno. Los demonios atormentaron a Judas Iscariotes con inexplicable crueldad, porque no había desistido de vender a su Maestro, con cuya pasión y muerte ellos quedarían vencidos y desposeídos del mundo; y la indignación que por esto cobraron de nuevo contra nuestro Salvador y contra su Madre santísima, la ejecutan en el modo que se les permite contra todos los que imitan al traidor discípulo y cooperan con él en despreciar la Doctrina Evangélica, los Sacramentos de la Ley de Gracia y fruto de la Redención. Y es justa razón que estos malignos espíritus tomen venganza en los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, porque no se unieron con su cabeza Cristo y porque voluntariamente se apartaron de ella y se entregaron a ellos, que con implacable soberbia la aborrecen y maldicen y como instrumentos de la justicia divina castigan las ingratitudes que tienen los redimidos contra su Redentor. Y los hijos de la Santa Iglesia consideren esta verdad atentamente, que si la tuvieran presente no es posible dejase de moverles el corazón y les diese juicio para desviarse de tan lamentable peligro.

1251. Entre los sucesos de todo el discurso de la pasión andaba Lucifer con sus ministros de maldad muy desvelado y atento para acabarse de asegurar si Cristo

nuestro Señor era el Mesías y Redentor del mundo. Porque unas veces le persuadían los milagros, y otras le disuadían las acciones y padecer de la flaqueza humana que tomó por nosotros nuestro Salvador; pero donde más crecieron las sospechas del Dragón fue en el huerto, donde sintió la fuerza de aquella palabra que dijo el Señor: *Yo soy (Jn 18, 5)*, y fue arruinado el mismo demonio, cayendo con todos en la presencia de Cristo nuestro Señor. Había poco rato entonces que salió del infierno acompañado de sus legiones, después que habían sido arrojados desde el cenáculo a lo profundo. Y aunque fue María santísima la que de allí los derribó, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1198), con todo eso confirió Lucifer consigo y con sus ministros que aquella virtud y fuerza de Hijo y Madre eran nuevas y nunca vistas contra ellos. Y en dándole permiso que se levantase en el huerto, habló con los demás y les dijo: No es posible que sea este poder de hombre solo, sin duda éste es Dios juntamente con ser hombre. Y si muere, como lo disponemos, por este camino hará la Redención y satisfará a Dios, y queda perdido nuestro imperio y frustrado nuestro deseo. Mal hemos procedido procurándole la muerte. Y si no podemos impedir que muera, probemos hasta dónde llega su paciencia y procuremos con sus mortales enemigos que le atormenten con crueldad impía. Irritémosles contra él, arrojémosles sugerencias de desprecios, afrentas, ignominias y tormentos que ejecuten en su persona, compelémoslos a que empleen su ira en irritarle y atendamos a los efectos que hacen todas estas cosas en él. Todo lo intentaron los demonios como lo propusieron, aunque no todo lo consiguieron, como en el discurso de la pasión se manifiesta, por los ocultos misterios que diré (Cf. infra n. 1290, 1338, 1342) y he referido arriba. Provocaron a los sayones para que intentasen atormentar a Cristo nuestro bien con algunos tormentos menos decentes a su real y divina persona de los que le dieron,

porque no consintió Su Majestad otros más de los que quiso y convino padecer, dejándoles ejecutar en estos toda su inhumana sevicia y furor.

1252. Intervino también en impedir la malicia insolente de Lucifer la gran Señora del cielo María santísima, porque le fueron patentes todos los conatos de este infernal Dragón. Y unas veces con imperio de Reina le impedía muchos intentos, para que no se los propusiese a los ministros de la pasión; otras veces en los que les proponía pedía la divina Princesa a Dios no se los dejase ejecutar y por medio de sus Santos Ángeles concurría a desvanecerlos y estorbarlos. Y en los que su gran sabiduría conocía era voluntad de su Hijo santísimo padecerlos, cesaba en estas diligencias, y en todo se ejecutaba la permisión de la divina voluntad. **Conoció asimismo todo lo que sucedió en la infeliz muerte y tormentos de Judas Iscariotes y el lugar que le daban en el infierno, el asiento de fuego que ha de tener por toda la eternidad,** como maestro de la hipocresía y precursor de todos los que habían de negar a Cristo nuestro Redentor con la mente y con las obras, desamparando, como dice San Jeremías (Jer 17, 13), las venas de las aguas vivas, que son el mismo Señor, para ser escritos y sellados en la tierra y alejados del cielo, donde están escritos los predestinados. Todo esto conoció la Madre de Misericordia y lloró sobre ellos amargamente y oró al Señor por la salvación de los hombres y suplicándole los apartase de tan gran ceguera, precipicio y ruina, pero conformándose con los ocultos y justos juicios de su Providencia Divina.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1253. Hija mía, admirada estás, y no sin causa, de lo que has entendido y escrito de la infeliz suerte de Judas Iscariotes y de la caída de los Apóstoles, estando todos

en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo, criados a los pechos de su doctrina, vida, ejemplo y milagros, y favorecidos de su dulcísima mansedumbre y trato, de mi intercesión y consejos y otros beneficios que recibían por mi medio. Pero de verdad te digo que, si todos los hijos de la Iglesia tuvieran la atención y admiración que este raro ejemplo les puede causar, en él hallaran saludable aviso y escarmiento para temer el estado peligroso de la vida mortal, por más favores y beneficios que reciban las almas de la mano del Señor, pues todo parecerá menos que verle, oírle, tratarle y tenerle por dechado vivo de santidad. Y lo mismo te digo de mí, pues a los Apóstoles di amonestaciones, y fueron testigos de mi santa e inculpable conversación, y de mi piedad recibieron grandes beneficios, les comuniqué la caridad que de estar en Dios se dimanaba de Su Majestad a mí. Y si en la tentación, a vista de su mismo Señor y Maestro, olvidaron tantos favores y la obligación de corresponder a ellos, ¿quién será tan presuntuoso en la vida mortal, que no tema el peligro de la ruina por más beneficios que haya recibido? Aquellos eran Apóstoles escogidos por su divino Maestro, que era Dios verdadero, y con todo eso el uno llegó a caer más infelizmente que todos los hombres y los otros a desfallecer en la fe, que es el fundamento de toda la virtud, y fue conforme a la justicia y juicios inescrutables del Altísimo. Pues ¿por qué no temerán los que ni son Apóstoles, ni han obrado tanto como ellos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo y su Maestro y no merecen tanto mi intercesión?

1254. De la ruina y perdición de Judas Iscariotes y de su justísimo castigo, dejas escrito lo que basta para que se entienda a cuál estado pueden llegar y llevar los vicios y la mala voluntad a un hombre que se entrega a ellos y al demonio y desprecia los llamamientos y auxilios de la gracia. Y lo que te advierto sobre lo que has escrito es que, no sólo los tormentos que padece el traidor discípulo

Judas Iscariotes, sino también el de muchos cristianos que con él se condenan y bajan al mismo lugar de las penas, que para ellos fue señalado desde el principio del mundo, excede a los tormentos de muchos demonios.

Porque mi Hijo santísimo no murió por los ángeles malos sino por los hombres, ni a los demonios les tocó el fruto y efectos de la redención, los cuales reciben los hijos de la Iglesia con efecto en los Sacramentos, y despreciar este incomparable beneficio no es culpa del demonio tanto como de los fieles y así les corresponde nueva y diferente pena por este desprecio. Y el engaño que Lucifer y sus ministros padecieron, no conociendo a Cristo por verdadero Dios y Redentor hasta la muerte, siempre atormenta y penetra las potencias de aquellos malignos espíritus, y de este dolor les resulta nueva indignación contra los redimidos, y mayor contra los cristianos, a quienes más se les aplica la redención y sangre del Cordero. Y por esto se desvelan tanto los demonios en hacer que los fieles olviden la obra de la redención y la malogren, y después en el infierno se muestran más airados y rabiosos contra los malos cristianos, y sin piedad alguna les darían mayores tormentos si la justicia divina no dispusiese con equidad que las penas fuesen ajustadas a las culpas, no dejando esto a la voluntad de los demonios, sino tasándolo con su poder y sabiduría infinita, que aun hasta aquel lugar alcanza la bondad del Señor.

1255. En la caída de los demás Apóstoles quiero, carísima, que adviertas el peligro de la fragilidad humana, que aun en los mismos beneficios y favores que recibe del Señor fácilmente se acostumbra a ser grosera, tarda y desagradecida, como les sucedió a los once Apóstoles, cuando huyeron de su Maestro celestial y le dejaron con la incredulidad. Este peligro se origina en los hombres de ser tan sensibles e inclinados a todo lo sensitivo y terreno y haber quedado estas inclinaciones

depravadas por el pecado y acostumbrarse a vivir y obrar según lo terreno, carnal y sensible más que según el espíritu. Y de aquí nace que aun a los mismos beneficios y dones del Señor los tratan y aman sensiblemente y cuando les faltan por este modo luego se divierten a otros objetos sensibles y se mueven por ellos y pierden el tino de la vida espiritual, porque la trataban y recibían como sensible, con baja estimación del espíritu. Por esta inadvertencia o grosería cayeron los Apóstoles, aunque estaban tan favorecidos de mi Hijo santísimo y de mí, porque los milagros, la doctrina y ejemplos que tenían presentes eran sensibles; y como ellos, aunque perfectos o justos, eran terrenos y aficionados a solo aquello sensitivo que recibían, en faltándoles esto se turbaron con la tentación y cayeron en ella, como quien había penetrado poco los misterios y espíritu de lo que habían visto y oído en la escuela de su Maestro. Con este ejemplo y doctrina quedarás, hija mía, enseñada a ser mi discípula espiritual y no terrena y a no acostumbrarte a lo sensible, aunque sean los favores del Señor y míos. Y cuando los recibieres, no detenerte en lo material y sensible, sino levantar tu mente a lo alto y espiritual, que se percibe con la luz y ciencia interior y no con el sentido animal (1 Cor 2, 14). Y si lo sensible puede embarazar a la vida espiritual, ¿qué será lo que pertenece a la vida terrena, animal y carnal? Claro está que de ti quiero olvides y borres de tus potencias toda imagen y especies de criaturas, para que estés idónea y capaz de mi imitación y doctrina saludable.

CAPITULO 15

Llevan a nuestro Salvador Jesús atado y preso a casa del pontífice Anás; lo que sucedió en este paso y lo que padeció en él su beatísima Madre.

1256. Digna cosa fuera hablar de la pasión, afrentas y

tormentos de nuestro Salvador Jesús con palabras tan vivas y eficaces, que pudieran penetrar más que la espada de dos filos, hasta dividir con íntimo dolor lo más oculto de nuestros corazones (Heb 4, 12). No fueron comunes las penas que padeció, no se hallará dolor semejante como su dolor (Lam 1, 12), no era su persona como las demás de los hijos de los hombres, no padeció Su Majestad por sí mismo ni por sus culpas, sino por nosotros y por las nuestras; pues razón es que las palabras y términos con que tratamos de sus tormentos y dolores no sean comunes y ordinarios, sino con otros vivos y eficaces se la propongamos a nuestros sentidos. Pero ¡ay de mí, que ni puedo dar fuerza a mis palabras, ni hallo las que mi alma desea para manifestar este secreto! Diré lo que alcanzare, hablaré como pudiere y se me administrare, aunque la cortedad de mi talento coarte y limite la grandeza de la inteligencia y los improporcionados términos no alcancen a declarar el concepto escondido del corazón. Supla el defecto de las razones la fuerza y viveza de la fe que profesamos los hijos de la Iglesia. Y si las palabras son comunes, sea extraordinario el dolor y el sentimiento, el dictamen altísimo, la comprensión vehemente, la ponderación profunda, el agradecimiento cordial y el amor fervoroso, pues todo será menos que la verdad del objeto y de lo que nosotros debemos corresponder como siervos, como amigos y como hijos adoptados por medio de su pasión y muerte santísima.

1257. Atado y preso el mansísimo cordero Jesús, fue llevado desde el huerto a casa de los pontífices, y primero a la de Anás. Iba prevenido aquel turbulento escuadrón de soldados y ministros con las advertencias del traidor discípulo, que no se fiasen de su Maestro si no le llevaban muy amarrado y atado, porque era hechicero y se les podría salir de entre las manos. Lucifer y sus príncipes de tinieblas ocultamente los irritaban y

provocaban, para que impía y sacrílegamente trataran al Señor sin humanidad ni decoro. Y como todos eran instrumentos obedientes a la voluntad de Lucifer, nada que se les permitió dejaron de ejecutar contra la persona de su mismo Criador. Atáronle con una cadena de grandes eslabones de hierro con tal artificio, que rodeándosela a la cintura y al cuello sobran los dos extremos, y en ellos había unas argollas o esposas con que encadenaron también las manos del Señor que fabricó los cielos y los ángeles y todo el universo, y así argolladas y presas se las pusieron no al pecho sino a las espaldas. Esta cadena llevaron de la casa de Anás el Pontífice, donde servía de levantar la puerta de un calabozo que era levadiza, y para el intento de aprisionar a nuestro divino Maestro la quitaron y la acomodaron con aquellas argollas y cerraduras, como candados, con llaves de golpe. Y con este modo de prisión nunca oída no quedaron satisfechos ni seguros, porque luego sobre la pesada cadena le ataron dos sogas harto largas: la una echaron sobre la garganta de Cristo nuestro Señor y cruzándola por el pecho le rodearon el cuerpo, atándole con fuertes nudos, y dejaron dos extremos largos de la soga para que dos de los ministros o soldados fuesen tirando de ellos y arrastrando al Señor. La segunda soga sirvió para atarle los brazos, rodeándola también por la cintura y dejaron pendientes otros dos cabos largos a las espaldas donde llevaba las manos, para que otros dos tirasen de ellos.

1258. Con esta forma de ataduras se dejó aprisionar y rendir el Omnipotente y Santo, como si fuera el más facineroso de los hombres y el más flaco de los nacidos, porque había puesto sobre sí las iniquidades de todos nosotros (Is 53, 6) y la flaqueza o impotencia para el bien en que por ellas incurrimos. Atáronle en el huerto, atormentándole no sólo con las manos, con las sogas y cadenas, sino con las lenguas, porque como serpientes

venenosas arrojaron la sacrílega ponzoña que tenían, con blasfemias, contumelias y nunca oídos oprobios contra la persona que adoraban los ángeles y los hombres y le magnifican en el cielo y en la tierra. Partieron todos del monte Olívete con gran tumulto y vocería, llevando en medio al Salvador del mundo, tirando unos de las sogas de adelante y otros de las que llevaba a las espaldas asidas de las muñecas, y con esta violencia nunca imaginada unas veces le hacían caminar aprisa atropellándole, otras le volvían atrás y le detenían, otras le arrastraban a un lado y a otro, a donde la fuerza diabólica los movía. Muchas veces le derribaban en tierra y, como llevaba las manos atadas, daba en ella con su venerable rostro, lastimándose y recibiendo en él heridas y mucho polvo. Y en estas caídas arremetían a él, dándole de puntillazos y coces, atropellando y pisándole, pasando sobre su real persona y hollándole la cara y la cabeza y, celebrando estas injurias con algazara y mofa, le hartaban de oprobios, como lo lloró antes San Jeremías (Lam 3, 30).

1259. En medio del furor tan impío que Lucifer encendía en aquellos sus ministros, estaba muy atento a las obras y acciones de nuestro Salvador, cuya paciencia pretendía irritar y conocer si era puro hombre, porque esta duda y perplejidad atormentaba su pésima soberbia sobre todas sus grandes penas. Y como reconoció la mansedumbre, tolerancia y suavidad que mostraba Cristo entre tantas injurias y tormentos y que los recibía con semblante sereno y de majestad, sin turbación ni mudanza alguna, con esto se enfureció más el infernal dragón y, como si fuera un hombre furioso y desatinado, pretendió tomar una vez las sogas que llevaban los sayones para tirar él y otros demonios con mayor violencia que lo hacían ellos, para provocar con más crueldad la mansedumbre del Señor. Este intento impidió María santísima, que desde el lugar donde estaba retirada miraba por

visión clara todo lo que se iba ejecutando con la persona de su Hijo santísimo, y cuando vio el atrevimiento de Lucifer, usando de la autoridad y poder de Reina, le mandó no llegase a ofender a Cristo nuestro Salvador como intentaba. Y al punto desfallecieron las fuerzas de este enemigo y no pudo ejecutar su deseo, porque no era conveniente que su maldad se interpusiese por aquel modo en la pasión y muerte del Redentor. Pero diósele permiso para que provocase a sus demonios contra el Señor y todos ellos a los judíos fautores de la muerte del Salvador, porque tenían libre albedrío para consentir o disentir en ella. Así lo hizo Lucifer, que volviéndose a sus demonios les dijo: **¿Qué hombre es éste que ha nacido en el mundo, que con su paciencia y sus obras así nos atormenta y destruye? Ninguno hasta ahora tuvo tal igualdad y sufrimiento en los trabajos desde Adán acá. Nunca vimos entre los mortales semejante humildad y mansedumbre. ¿Cómo sosegamos viendo en el mundo un ejemplo tan raro y poderoso para llevarle tras sí? Si éste es el Mesías, sin duda abrirá el cielo y cerrará el camino por donde llevamos a los hombres a nuestros eternos tormentos y quedaremos vencidos y frustrados nuestros intentos. Y cuando no sea más que puro hombre, no puedo sufrir que deje a los demás tan fuerte ejemplo de paciencia. Venid, pues, ministros de mi altiva grandeza y persigámosle por medio de sus enemigos, que como obedientes a mi imperio han admitido contra él la furiosa envidia que les he comunicado.**

1260. A toda la desapiadada indignación que Lucifer despertó y fomentó en aquel escuadrón de los judíos se sujetó el autor de nuestra salud, ocultando el poder con que los pudiera aniquilar o reprimir, para que nuestra redención fuese más copiosa. Y llevándolo atado y maltratado, llegaron a casa del Pontífice Anás, ante quien le presentaron como malhechor y digno de muerte. Era costumbre de los judíos presentar así atados a los

delincuentes que merecían castigo capital, y aquellas prisiones eran como testigos del delito que merecía la muerte, y así le llevaban como intimándole la sentencia antes que se la diese el juez. Salió el sacrílego sacerdote Anas a una gran sala, donde se asentó en el estrado o tribunal que tenía, muy lleno de soberbia y arrogancia. Y luego se puso a su lado el príncipe de las tinieblas Lucifer, rodeándole gran multitud de demonios, de los ministros y soldados. Le presentaron a Jesús atado y preso y le dijeron: Ya, señor, traemos aquí este mal hombre que con sus hechizos y maldades ha inquietado a toda Jerusalén y Judea, y esta vez no le ha valido su arte mágica para escaparse de nuestras manos y poder.

1261. Estaba nuestro Salvador Jesús asistido de innumerables Ángeles que le adoraban y confesaban, admirados de los incomprensibles juicios de su sabiduría, porque Su Majestad consentía ser presentado como reo y pecador, y el inicuo sacerdote se manifestaba como justo y celoso de la honra del Señor, a quien sacrílegamente pretendía quitarla con la vida. Callaba el amantísimo Cordero sin abrir su boca, como lo había dicho Isaías (Is 53, 7), y el Pontífice con imperiosa autoridad le preguntó por sus discípulos y qué doctrina era la que predicaba y enseñaba. Esta pregunta hizo para calumniar la respuesta, si decía alguna palabra que motivase acusarle. Pero el Maestro de la santidad, que encamina y enmienda a los más sabios (Sab 7, 15), ofreció al Eterno Padre aquella humillación de ser presentado como reo ante el Pontífice y preguntado por él como criminoso y autor de falsa doctrina. Y respondió nuestro Redentor con humilde y alegre semblante a la pregunta de su doctrina: *Yo siempre he hablado en público, enseñando y predicando en el templo y sinagoga, donde concurren los judíos, y nada he dicho en oculto. ¿Qué me preguntas a mí? Pues ellos te dirán, si les preguntas, lo que yo les he enseñado* (Jn 18, 20-21).

Porque la doctrina de Cristo nuestro Señor era de su Eterno Padre, respondió por ella y por su crédito, remitiéndose a sus oyentes, así porque a Su Majestad no le darían crédito, antes bien le calumniarían su testimonio, como también porque la verdad y la virtud ella misma se acredita y abona entre los mayores enemigos.

1262. No respondió por los Apóstoles, porque no era entonces necesario, ni ellos estaban en disposición que podían ser alabados de su Maestro. Y con haber sido esta respuesta tan llena de sabiduría y tan conveniente a la pregunta, con todo eso uno de los ministros que asistían al Pontífice fue con formidable audacia, levantó la mano y dio una bofetada en el sagrado y venerable rostro del Salvador, y junto con herirle le reprendió diciendo: *¿Así respondes al pontífice? (Jn 18, 22)* Recibió el Señor esta desmedida injuria, rogando al Padre por quien así le había ofendido y estando preparado y con disposición de volver a ofrecer la otra mejilla, si fuera necesario, para recibir otra bofetada, cumpliendo en todo esto con la doctrina que Él mismo había enseñado (Mt 5, 39). Y para que el necio y atrevido ministro no quedase ufano y sin confusión por tan inaudita maldad, le replicó el Señor con grande serenidad y mansedumbre: *Sí yo he hablado mal, da testimonio y di en qué está el mal que me atribuyes; y si hablé como debía, ¿por qué me has herido? (Jn 18, 23)* ¡Oh espectáculo de nueva admiración para los espíritus soberanos! ¡Cómo de solo oírte pueden y deben temblar las columnas del cielo y todo el firmamento estremecerse! (Job 26, 11) Este Señor es aquel de quien dijo Job (Job 9, 4ss) que es sabio de corazón y tan robusto y fuerte que nadie le puede resistir y con esto tendrá paz, que trasiega los montes con su furor antes que puedan ellos entenderlo, el que mueve la tierra en su lugar y sacude una con otra sus columnas, el que manda al sol que no nazca y cubre las estrellas con signáculo, el que

hace cosas grandes e incomprensibles, el que a su ira nadie puede resistir y ante quien doblan la rodilla los que sustentan todo el orbe, y este mismo es el que por amor de los mismos hombres sufre de un impío ministro ser herido en el rostro de una bofetada.

1263. Con la respuesta humilde y eficaz que dio Su Majestad al sacrílego siervo, quedó confuso en su maldad, pero ni esta confusión, ni la que pudo recibir el Pontífice de que en su presencia se cometiese tal crimen y desacato, le movió a él ni a los judíos para reprimirse en algo contra el autor de la vida. Y en el ínterin que se continuaban sus oprobios, llegaron a casa de Anás San Pedro y el otro discípulo, que era San Juan Evangelista. Y éste como muy conocido en ella entró fácilmente, quedando fuera San Pedro, hasta que la portera, que era una criada del Pontífice, a petición de San Juan le dejó entrar, para ver lo que sucedía con el Redentor. Entraron los dos Apóstoles en el zaguán de la casa antes de la sala del Pontífice, y San Pedro se llegó al fuego que allí tenían los soldados, porque hacía la noche fría. Y la portera miró y reconoció a San Pedro con algún cuidado como discípulo de Cristo y llegándose a él le dijo: *¿No eres tú también de los discípulos de este Hombre? (Jn 18, 17)* Esta pregunta de la criada fue con algún desprecio y baldón, de que San Pedro se avergonzó con gran flaqueza y pusilanimidad. Y poseído del temor respondió y dijo: *Yo no soy discípulo suyo.* Y con esta respuesta se deslizó de la conversación y salió fuera de la casa de Anás, aunque luego siguiendo a su Maestro fue a la de Caifás, donde le negó otras dos veces, como adelante diré (Cf.infra n. 1278).

1264. Mayor fue para el divino Maestro el dolor de la negación de San Pedro que el de la bofetada, porque a su inmensa caridad la culpa era contraria y aborrecible y las penas eran amables y dulces por vencer con ellas

nuestros pecados. Hecha la primera negación, oró Cristo al Eterno Padre por su Apóstol y dispuso que por medio de la intercesión de María santísima se le previniese la gracia y el perdón para después de las tres negaciones. Estaba la gran Señora a la vista desde su oratorio a todo lo que iba sucediendo, como queda dicho (Cf. supra 1204). Y como en su pecho tenía el propiciatorio y el sacrificio, a su mismo Hijo y Señor sacramentado, convertíase a Él para sus peticiones y afectos amorosos, donde ejercitaba heroicos actos de compasión, agradecimiento, culto y adoración. Cuando la piadosísima Reina conoció la negación de San Pedro, lloró con amargura y nunca cesó en este llanto hasta que entendió no le negaría el Altísimo sus auxilios y que le levantaría de su caída. Sintió asimismo la purísima Madre todos los dolores de las heridas y tormentos de su Hijo, y en las mismas partes de su virginal cuerpo, donde el Señor era lastimado. Y cuando Su Majestad fue atado con las sogas y cadenas sintió ella en las muñecas tantos dolores, que saltó la sangre por las uñas en sus virginales manos, como si fueran atadas y apretadas, y lo mismo sucedió en las demás heridas. Y como a esta pena se juntaba la del corazón, de ver padecer a Cristo nuestro Señor, vino la amantísima Madre a llorar sangre viva, siendo el brazo del Señor el artífice de esta maravilla. Sintió también el golpe de la bofetada de su Hijo santísimo, como si a un mismo tiempo aquella mano sacrílega hubiera herido a Hijo y Madre juntos. Y en esta injuriosa contumelia y en las blasfemias y desacatos llamó a los Santos Ángeles para que con ella engrandecieran y adoraran a su Criador en recompensa de los oprobios que recibía de los pecadores, y con prudentísimas razones, pero muy lamentables y dolorosas, confería con los mismos Ángeles la causa de su amarga compasión y llanto.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

1265. Hija mía, a grandes cosas te llama y te convida la divina luz que recibes de los misterios de mi Hijo santísimo y míos, en lo que padecemos por el linaje humano y en el mal retorno que nos da desagradecido e ingrato a tantos beneficios. Tú vives en carne mortal y sujeta a estas ignorancias y flaquezas y, con la fuerza de la verdad que entiendes, se engendran en ti y despiertan muchos movimientos de admiración, de dolor, aflicción y compasión por el olvido, poca aplicación y atención de los mortales a tan grandes sacramentos y por los bienes que pierden en su flojedad y tibieza. Pues ¿cuál será la ponderación que de esto harán los Ángeles y Santos y la que yo tendré a la vista del Señor, de ver al mundo y el estado de los fieles en tan peligroso estado y formidable descuido, después que mi Hijo santísimo murió y padeció y después que me tienen por Madre, por intercesora y su vida purísima y mía por ejemplo? **De verdad te digo, carísima, que sola mi intercesión y los méritos que represento al Eterno Padre de su Hijo y mío pueden suspender el castigo y aplacar su justa indignación, para que no destruya al mundo y azote rigurosamente a los hijos de la Iglesia que saben la voluntad del Señor y no la cumplen (Lc 12, 47). Pero yo estoy muy desobligada de hallar tan pocos que se contristen conmigo y consuelen a mi Hijo en sus penas, como dijo el Santo Rey y Profeta David (Sal 68, 21). Esta dureza será el cargo de mayor confusión contra los malos cristianos el día del juicio, porque conocerán entonces con irreparable dolor que no sólo fueron ingratos sino inhumanos y crueles con mi Hijo santísimo, conmigo y consigo mismos.**

1266. Considera, pues, carísima, tu obligación y levántate sobre todo lo terreno y sobre ti misma, porque yo te llamo y te elijo para que me imites y acompañes en lo que me dejan tan sola las criaturas, a quien mi Hijo santísimo y yo tenemos tan beneficiadas y obligadas.

Pondera con todas tus fuerzas lo mucho que le costó a mi Señor el reconciliar con su Padre a los hombres y merecerles su amistad. Llorá y aflígete de que tantos vivan en este olvido y que tantos trabajen con todo su conato por destruir y perder lo que costó sangre y muerte del mismo Dios y lo que yo desde mi concepción les procuré y procuro solicitar y granjear para su remedio. **Despierta en tu corazón lastimoso llanto de que en la Iglesia Santa tengan muchos sucesores los Pontífices hipócritas y sacrílegos que con título fingido de piedad condenaron a Cristo: estando la soberbia y fausto con otras graves culpas autorizada y entronizada, y la humildad, la verdad, la justicia y las virtudes tan oprimidas y abatidas, sólo prevalecen la codicia y la vanidad. La pobreza de Cristo pocos la conocen y menos son los que la abrazan; la santa fe está impedida y no se dilata, por la desmedida ambición de los poderosos del mundo, y en los católicos está muerta y ociosa, y todo lo que ha de tener vida está muerto y se dispone para la perdición; los Consejos del Evangelio están olvidados, los preceptos quebrantados, la caridad casi extinguida. Mi Hijo y Dios verdadero dio sus mejillas con paciencia y mansedumbre para ser herido (Lam 3, 30). ¿Quién perdona una injuria por imitarle? Al contrario ha hecho leyes el mundo, y no sólo los infieles sino los mismos hijos de la fe y de la luz.**

1267. En la noticia de estos pecados, quiero que imites lo que hice en la pasión y toda mi vida, que por todos ejercitaba los actos de las virtudes contrarias: por las blasfemias le bendecía, por los juramentos le alababa, por las infidelidades le creía y lo mismo por todas las demás ofensas. Esto quiero que tú hagas en el mundo que vives y conoces. Huye también de los peligros de las criaturas con el ejemplo de San Pedro, que no eres tú más fuerte que el Apóstol y discípulo de Cristo, y si alguna vez cayeres como flaca llora luego con él y busca

mi intercesión. Recompensa tus faltas y culpas ordinarias con la paciencia en las adversidades, recíbelas con alegre semblante sin turbación y sin diferencia, sean las que fueren, así de enfermedades como de molestias de criaturas, y también las que siente el espíritu por la contradicción de las pasiones y por la lucha de los enemigos invisibles y espirituales. En todo esto puedes padecer y lo debes tolerar con fe, esperanza y magnanimidad de corazón y ánimo, y te advierto que no hay ejercicio más provechoso y útil para el alma que el del padecer, porque da luz, desengaña, aparta el corazón humano de las cosas terrenas y le lleva al Señor, y Su Majestad le sale al encuentro, porque está con el atribulado y le libra y ampara (Sal 90, 12).

CAPITULO 16

Fue llevado Cristo nuestro Salvador a casa del Pontífice Caifás, donde fue acusado y preguntado si era Hijo de Dios; y San Pedro le negó otras dos veces; lo que María santísima hizo en este paso y otros misterios ocultos.

1268. Luego que nuestro Salvador Jesús recibió en casa de Anás las contumelias y bofetada, le remitió este pontífice, atado y preso como estaba, al Pontífice Caifás, que era su suegro y aquel año hacía el oficio de Príncipe y Sumo Sacerdote; y con él estaban congregados los escribas y señores del pueblo, para sustanciar la causa del inocentísimo Cordero. Con la invencible paciencia y mansedumbre que mostraba el Señor de las virtudes (Sal 23, 10) en las injurias que recibía, estaban como atónitos los demonios y llenos de confusión y furor grande, que no se puede explicar con palabras; y como no penetraban las obras interiores de la santísima humanidad, y en las exteriores, por donde en los demás hombres rastrean el corazón, no hallaban movimiento alguno desigual, ni el

mansísimo Señor se quejaba, ni suspiraba, ni daba este pequeño alivio a su humanidad, de toda esta grandeza de ánimo se admiraba y atormentaba el dragón como de cosa nueva y nunca vista entre los hombres de condición pasible y flaca. Y con este furor irritaba el enemigo a todos los príncipes, escribas y ministros de los sacerdotes, para que ofendiesen y maltratasen al Señor con abominables oprobios, y en todo lo que el demonio les administraba estaban prontos para ejecutarlo, si la divina voluntad lo permitía.

1269. Partió de casa de Anás toda aquella canalla de ministros infernales y de hombres inhumanos, y llevaron por las calles a nuestro Salvador a casa de Caifás, tratándole con su implacable crueldad ignominiosamente. Y entrando con escandaloso tumulto en casa del Sumo Sacerdote, él y todo el concilio recibieron al Criador y Señor de todo el universo con grande risa y mofa de verle sujeto y rendido a su poder y jurisdicción, de quien les parecía que ya no se podría defender. ¡Oh secreto de la altísima sabiduría del cielo! ¡Oh estulticia de la ignorancia diabólica y cieguísima torpeza de los mortales! ¡Qué distancia tan inmensa veo entre vosotros y las obras del Altísimo! Cuando el Rey de la gloria poderoso en las batallas (Sal 28) está venciendo a los vicios, a la muerte y al pecado con las virtudes de paciencia, humildad y caridad, como Señor de todas ellas, entonces piensa el mundo que le tiene vencido y sujeto con su arrogante soberbia y presunción. ¡Qué distancia de pensamientos eran los que tenía Cristo nuestro Señor, de los que poseían aquellos ministros operarios de la maldad! Ofrecía el autor de la vida a su Eterno Padre aquel triunfo que su mansedumbre y humildad ganaba del pecado, rogaba por los sacerdotes, escribas y ministros que le perseguían, presentando su misma paciencia y dolores y la ignorancia de los ofensores. Y la misma petición y oración hizo en aquel

mismo punto su beatísima Madre, rogando por sus enemigos y de su Hijo santísimo, acompañándole e imitándole en todo lo que Su Majestad iba obrando, porque le era patente, como muchas veces he repetido (Cf. supra n. 481, 990, etc.). Y entre Hijo y Madre había una dulcísima y admirable consonancia y correspondencia agradable a los ojos del Eterno Padre.

1270. El pontífice Caifás estaba en su cátedra o silla sacerdotal encendido en mortal envidia y furor contra el Maestro de la vida. Asistíale Lucifer con todos los demonios que vinieron a casa de Anás. Y los escribas y fariseos estaban como sangrientos lobos con la presa del manso corderillo, y todos juntos se alegraban como lo hace el envidioso cuando ve deshecho y confundido a quien se le adelanta. Y de común acuerdo buscaron testigos que sobornados con dádivas y promesas dijese algún falso testimonio contra Jesús nuestro Salvador. Vinieron los que estaban prevenidos, y los testimonios que dijeron ni convenían entre sí mismos, ni menos podían ajustarse con el que por naturaleza era la misma inocencia y santidad. Y para no hallarse confusos trajeron otros dos testigos falsos que depusieron contra Jesús, testificando haberle oído decir que era poderoso para destruir aquel Templo de Dios hecho por manos de hombres y edificar otro en tres días (Mc 14, 58) que no fuese fabricado por ellas. Y tampoco pareció conveniente este falso testimonio, aunque por él pretendían hacer cargo a nuestro Salvador que usurpaba el poder divino y se lo apropiaba a sí mismo. Pero cuando esto fuera así, era verdad infalible y nunca podía ser falso ni presuntuoso, pues Su Majestad era Dios verdadero. Pero el testimonio era falso, porque no había dicho el Señor las palabras como los testigos las referían, entendiéndolas del templo material de Dios; y lo que había dicho en cierta ocasión que expelió del templo a los compradores y vendedores, preguntándole ellos en

qué virtud lo hacía, respondió (Jn 2, 19) y fue decirles que desatasen aquel templo, entendiendo el de su santísima humanidad, y que al tercero día resucitaría, como lo hizo en testimonio de su poder divino.

1271. No respondió nuestro Salvador Jesús palabra alguna a todas las calumnias y falsedades que contra su inocencia testificaban. Y viendo Caifás el silencio y paciencia del Señor se levantó de la silla y le dijo: *¿Cómo no respondes a lo que tantos testifican contra ti? (Mc 14, 60-61)* Tampoco a esta pregunta respondió Su Majestad, porque Caifás y los demás, no sólo estaban indispuestos para darle crédito, pero su duplicado intento era que respondiese el Señor alguna razón que le pudiesen calumniar, para satisfacer al pueblo en lo que intentaban contra el Señor y que no conociese le condenaban a muerte sin justa causa. Con este humilde silencio de Cristo nuestro Señor, que podía ablandar el corazón del mal sacerdote, enfurecióse mucho más, porque se le frustraba su malicia. Y Lucifer, que movía a Caifás y a todos los demás, estaba muy atento a todo lo que el Salvador del mundo obraba; aunque el intento de este Dragón era diferente que el del Pontífice, y sólo pretendía irritar la paciencia del Señor, o que hablase alguna palabra por donde pudiera conocer si era Dios verdadero.

1272. Con este intento Lucifer movió la imaginación de Caifás para que con grande saña e imperio hiciese a Cristo nuestro bien aquella nueva pregunta: *Yo te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito (Mt 26, 63)*. Esta pregunta de parte del Pontífice fue arrojada y llena de temeridad e insipiencia; porque en duda si Cristo era o no era Dios verdadero, tenerle preso como reo en su presencia, era formidable crimen y temeridad, pues aquel examen se debiera hacer por otro modo, conforme a razón y justicia.

Pero Cristo nuestro bien, oyéndose conjurar por Dios vivo, le adoró y reverenció, aunque pronunciado por tan sacrílega lengua. Y en virtud de esta reverencia respondió y dijo: *Tú lo dijiste, y yo lo soy. Pero yo os aseguro que desde ahora veréis al Hijo del Hombre, que soy yo, asentado a la diestra del mismo Dios y que vendrá en las nubes del cielo (Mt 26, 64)*. Con esta divina respuesta se turbaron los demonios y los hombres con diversos accidentes. Porque Lucifer y sus ministros no la pudieron sufrir, antes bien sintieron una fuerza en ella que los arrojó hasta el profundo, sintiendo gravísimo tormento de aquella verdad que los oprimía. Y no se atreviera a volver a la presencia de Cristo nuestro Salvador, si no dispusiera su altísima providencia que Lucifer volviera a dudar si aquel Hombre Cristo había dicho verdad o no la había dicho para librarse de los judíos. Y con esta duda se esforzaron de nuevo y salieron otra vez a la estacada, porque se reservaba para la cruz el último triunfo, que de ellos y de la muerte había de ganar el Salvador, como adelante veremos (Cf. infra n. 1423), y según la profecía de Habacuc (Hab 3, 2-5).

1273. Pero el pontífice Caifás, indignado con la respuesta del Señor, que debía ser su verdadero desengaño, se levantó otra vez y, rompiendo sus vestiduras en testimonio de que celaba la honra de Dios, dijo a voces: *Blasfemado ha, ¿qué necesidad hay de más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia que ha dicho? ¿Qué os parece de esto? (Mt 26, 65)* Esta osadía loca y abominable de Caifás fue verdaderamente blasfemia, porque negó a Cristo el ser Hijo de Dios, que por naturaleza le convenía, y le atribuyó el pecado, que por naturaleza repugnaba a su divina persona. Tal fue la estulticia de aquel inicuo sacerdote, a quien por oficio tocaba conocer la verdad católica y enseñarla, que se hizo execrable blasfemo, cuando dijo que blasfemaba el que era la misma santidad. Y habiendo profetizado poco

antes con instinto del Espíritu Santo, en virtud de su dignidad, que convenía muriese un hombre para que toda la gente no pereciese (Jn 11, 50), no mereció por sus pecados entender la misma verdad que profetizaba. Pero como el ejemplo y juicio de los Príncipes y Prelados es tan poderoso para mover a los inferiores y al pueblo, inclinado a la lisonja y adulación de los poderosos, todo aquel concilio de maldad se irritó contra el Salvador Jesús y respondiendo a Caifás dijeron en altas voces: *Digno es de muerte (Mt 26, 66)*; muera, muera. Y a un mismo tiempo irritados del demonio arremetieron contra el mansísimo Maestro y descargaron sobre él su furor diabólico: unos le dieron de bofetadas, otros le hirieron con puntillazos, otros le mesaron los cabellos, otros le escupieron en su venerable rostro, otros le daban golpes o pescozones en el cuello, que era un linaje de afrenta vil con que los judíos trataban a los hombres que reputaban por muy viles.

>>sigue parte 15>>